

DE LA ESCRITORA INTERNACIONAL

DIANA NIXON

CORAZÓN SERENO



CORAZÓN SERENO

Diana Nixon

Copyright @ 2020 por Diana Nixon

Este libro es una obra de ficción. Se prohíbe la reproducción de cualquier parte de este libro sin el permiso escrito de la autora. Fue publicado originalmente en inglés, en los Estados Unidos de América, en noviembre de 2017, con el título “Fragile”.

Traducción de Yaiza Barrio Parra

CORAZÓN SERENO

(Sinopsis)

Solía pensar que mi vida era la viva imagen de la perfección. Tenía todo con lo que una mujer de veinticinco años podía soñar: una familia afectuosa, amigos, un trabajo de ensueño y un prometido que me tenía en un pedestal.

Hasta el día en el que lo perdí todo... incluso la capacidad de ver. El accidente de coche no solo me quitó la vista, sino también una parte de mí que estaba segura de que nunca volvería a recuperar. Y entonces, le conocí... Stanley Burke. El tipo de hombre de los que pensaba que ya no quedaban: comprensivo, cariñoso, solidario y, en general, demasiado bueno para ser verdad.

Sin esfuerzo alguno insufló vida en mi corazón helado, haciendo que latiera incluso más rápido que antes. Se convirtió en la luz que mis ojos nunca volverían a ver. Me hizo sentir cosas que consideraba perdidas y olvidadas mucho tiempo atrás.

Pero no le podía dar lo que él se merecía. Porque en mi mundo de oscuridad no había lugar para el amor...

Nunca en la vida he tenido tanto miedo a perder a alguien... Pero lo cierto es que nunca he tenido a nadie a quien me importase tanto perder...

PRÓLOGO

Hace dos años

Ivy

—Emery Ryan, eres una pedazo de hermana. Lo sabes, ¿verdad?

Ella echó a reír.

—Yo también te quiero, Ivy. Pero ese vestido *te hace gorda*.

—¿Qué diantres te pasa hoy? —Me quedé mirando a mi hermana, sin saber muy bien si su malicia se debía al bebé que crecía en su vientre o a los genes de nuestra abuela. Esa mujer nunca dejaba pasar la oportunidad de demostrar el grano en el culo que era, y Emery había acabado pareciéndose mucho a ella.

—Quédate embarazada y sabrás la respuesta. ¿Te crees que es fácil estar hinchada, hambrienta día y noche, llorar por cualquier tontería, sentir que quieres echarte una siesta después de despertarte y, lo peor de lo peor, estar sobria durante nueve puñeteros meses?

—Dijo una madre de dos que esperaba su tercer hijo.

—Quiero a mis hijos, pero te juro que cuando haya visto a este dulce bebé —se acarició la tripa suavemente— voy a organizar una fiesta de pijamas y a beberme toda la sambuca que haya en casa. Por cierto, debería mandarle un mensaje al señor Ryan para que reabastezca el bar. —Cogió el móvil y empezó a escribirle otro mensaje a su marido mientras murmuraba—: solo quedan dos meses de espera. Puedo conseguirlo, ¿verdad?

Solté una risita.

—Aún no me puedo creer que Mike estuviera de acuerdo con lo de adoptar tu apellido. ¿Qué has hecho para conseguir que se lo cambie?

Ella bufó.

—¿Yo? Nada. Pero él es el mejor hombre del mundo, ¿no?

Puse los ojos en blanco y me quité el vestido que, según mi hermana, me hacía demasiado gorda. No es que estuviera de acuerdo, pero teniendo en cuenta su estado, discutir con ella era una causa perdida. Nada de lo que yo pudiera decir estaba bien. Todo podía tergiversarse, y *eso* es lo que ocurriría. Había visto embarazada a mi hermana dos veces, y sabía exactamente cómo era para todos los que la rodeaban. Se ofendía fácilmente por todo. Y me refiero a *todo*, incluso aunque la gente no estuviera hablando directamente con ella. Le parecía que era su deber echarles la bronca para después echar a llorar porque se le había caído el zumo o porque a Cenicienta se le había perdido el zapato en unos dibujos animados.

—Tú serías capaz de hacer que el diablo besara el suelo que pisas —dije—. Pero al contrario que el padre de Mike, que parecía como si su hijo acabara de confesar que es un unicornio, a mí no me sorprendió lo más mínimo cuando dijo que se iba a cambiar el apellido.

—¿En serio pensabas que iba a dar el “sí” para convertirme en la señora de Capullo?

—Su madre lo hizo en su día.

—Pobre mujer. No quiero ni imaginar cómo debió de sentirse cuando el cura le preguntó por el apellido iba a adoptar después de la boda.

Me puse otro vestido entre risas y me giré hacia Emery para ver qué opinaba.

—Jolín, Ivy, ponte unos vaqueros y una camiseta y ya está. Vas a una granja, no a una gala.

—¿Y qué? No quiero que los padres de Kean se piensen que no los respeto. Presentarme en vaqueros a una cena pre boda, incluso aunque sea en una granja, no tiene mucha clase.

—Qué más da. En serio. Te doy diez minutos para que te decidas con la ropa. Mientras, voy a hacerme un emparedado. El bebé y yo estamos muertos de hambre. ¿Tienes queso en la nevera?

—No tengo ni idea.

—¿Sabes, por lo menos, dónde está la cocina?

—Sí, pero no recuerdo cuando fue la última vez que estuve ahí. Ya sabes el poco tiempo que paso en casa.

Trabajaba de diseñadora gráfica para una de las empresas de Washington PR. Siempre me había gustado dibujar, y nunca soltaba el lapicero. Siempre que se me ocurría una idea nueva la plasmaba y le daba vida sobre el papel. De forma que cuando llegó el momento de elegir mi futura profesión no dudé ni por un segundo. El diseño gráfico se convirtió en mi vida.

Podía pasarme día y noche en mi oficina, trabajando en un nuevo proyecto. Todos los pequeños detalles importaban: líneas, formas, colores, luces, sombras. Si algo no me gustaba, permanecía en vela toda la noche y no me acordaba ni de comer o descansar hasta que estuviera satisfecha con mi trabajo. Mis colegas de trabajo me llamaban la loca del café, porque sin café era como un zombi, malhumorada y distraída por lo general. Nadie se sorprendía cuando me presentaba a trabajar en pijama. Inmediatamente lo achacaban a que me estaba quedando sin mi suministro de café.

Pero hoy no era el café lo que echaba de menos. Miré la fotografía enmarcada que había sobre mi mesita de noche y sonreí. Hoy le vería a *él*...

Kean y yo nos conocimos hace más o menos un año. Él buscaba una compañía de PR que le ayudara a promocionar su recientemente inaugurada agencia de talentos, y se suponía que yo debía diseñar unos cuantos anuncios para él. En aquel entonces pensé que era amor a primera vista. Me invitó a salir, y un par de meses después me encontré una cajita de terciopelo con un precioso anillo junto a mi portátil. Íbamos a casarnos en dos días y yo me sentía la mujer más feliz del mundo, lista para iniciar una nueva vida como la señora de Kean Ross.

Observé mi reflejo en el espejo e hice un gesto de aprobación con la cabeza. Me decidí por los pantalones azul claro y la blusa color crema de mangas tres cuartos. Ese año el final de junio estaba siendo sofocante en Washington.

La granja en la que vivían los padres de Kean estaba al norte de la ciudad, y a pesar de que se mudó justo después de graduarse en el instituto, le encantaba el lugar. Sus padres, Meggie y Sean, no se opusieron cuando decidimos que la ceremonia fuese en Washington, pero en cuanto a la cena previa a la boda, la ubicación era inamovible. Meggie prometió cocinar sus platos insignia y mi madre dijo que ella se encargaría del postre.

No había visto a Kean durante casi una semana, y le echaba muchísimo de menos. Se encontraba en Los Ángeles y yo tenía unas ganas locas de sumergirme en sus brazos. El mero pensamiento hacía que mi corazón diera un brinco.

—Estoy lista para marchar —dije al entrar en la cocina.

Emery estaba sentada en uno de los taburetes con un emparedado gigante en una mano y una

cuchara llena de helado de fresa en la otra. Estuve tentada de decir algo gracioso sobre sus hábitos alimenticios, pero quería seguir con vida.

—¿Qué? —preguntó con la boca llena—. El bebé es como su madre: nunca sabe lo que quiere.

—Ya veo. Bueno, espero que los dos os alegréis esta noche. Al fin y al cabo nunca se organiza una reunión familiar sin que haya un montón de comida de por medio.

Ella asintió con una sonrisa.

—Tienes razón. Hora de irse. —Dejó el emparedado a medio comer en un plato y puso el helado en el congelador. Después se giró y me echó una mirada de arriba abajo—. Bonitos pantalones. Aunque el primer vestido me gustaba más.

—¡Pero si has dicho que me hacía gorda!

—¿Ah, sí? Bueno, ya sabes lo a menudo que cambio de opinión últimamente. Anoche desperté a Mike en mitad de la noche porque quería un plátano y lo quería ya. Fue a una tienda y para cuando volvió, me había dado cuenta de que lo que quería era piña.

—Pobre Mike.

—Pobre yo. Este tercer embarazo me está matando.

—Dijiste lo mismo del primero y del segundo —dije mientras salíamos de la cocina—. No te preocupes, hermanita, ninguna mujer se queda embarazada para siempre.

—Menos mal. —Inspiró profundamente y se sentó en una silla en la entrada para ponerse los zapatos—. Espero que el vuelo de Kean no se retrase, si no voy a acabar matando a alguien antes de que empiece la cena. Ya sabes lo que odio esperar. Y esperar a que vosotros dos os unáis a la “fiesta” es un infierno. Mamá va a volver a darme un sermón sobre cómo cuidar de un recién nacido, como si fuera primeriza. Y no cabe duda de que Meggie sacará las fotos de cuando Kean era pequeño. Como si no hubiera oído aún lo mono que era su hijo cuando tenía dos años. ¿Qué pasó con su “adorable pequeñín”?

—Que conoció a mi hermana.

—Muy graciosa, Ivy. Las dos sabemos que la actitud de Kean no tiene nada que ver conmigo.

Mi hermana y mi futuro marido no se llevaban muy bien. Yo no lo entendía, pero cada vez que coincidían pasaba algo raro, como si alguien le diese al botón de “cabronazo” y empezasen a discutir por cualquier chorrada, aunque tuviesen la misma opinión sobre algo.

—Valentía, hermanita. La noche va a ser una pasada.

Hizo una mueca, cogió las llaves del coche y me dio un beso en la mejilla mientras decía:

—Espero que no se me vuelva a estropear el GPS, o igual acabo tirada en mitad de la carretera vete tú a saber dónde. —Cogió el móvil para mirar el mapa.

—Es la granja Blue Water Lake.

—Vale. —Halló el mapa que necesitaba y lo estudió en silencio durante un momento, tras lo cual asintió y dijo—: vale, luego nos vemos, muñeca.

Como siempre, el aeropuerto internacional Dulles estaba abarrotado. La gente iba y venía, dándose la bienvenida y despidiéndose. El lugar se asemejaba a una ruidosa colmena, pero no me importaba. Me encantaban los aeropuertos igual que me encantaba viajar. La promesa de nuevos y exóticos lugares era muy atractiva. Me encantaba volar, observar las vistas bajo el avión y las nubes que lo rodeaban cuando se elevaba a gran altura en el cielo. De alguna forma hacía que me sintiera como si estuviese en el Cielo. Siempre he tenido curiosidad por la gente a la que

transportaban aquí y ahora. ¿Quiénes eran? ¿En qué pensaban? ¿Tenían miedo a las alturas?

Pero hoy, la única pregunta que me rondaba a la cabeza era “¿cuánto tiempo va a tardar Kean en presentarse?”

Esperé pacientemente a que pasara por el control de pasaportes y sonreí de oreja a oreja cuando me saludó con la mano mientras se abría paso entre la multitud.

Avancé con intención de encontrarme con él a medio camino cuando, de repente, noté una mano en el hombro.

—Perdón, señorita, se le ha caído esto...

Miré al desconocido cuya hermosa voz me parecía la música más fascinante del mundo. Siempre había tenido debilidad por las voces como esa; esas voces que te hacían querer tocarlas, sentir su suavidad en la piel, zambullirte en sus profundidades para quedarte al menos un ratito en ella. Ni si quiera vi qué era lo que se me había caído para que ese hombre se me acercara, porque no podía apartar la vista de la mirada que sus ojos, de un profundo color avellana y miel, me regalaban. De cierta forma, eran un complemento perfecto a la voz de su dueño, magnética e intensa. Sus ojos brillaban como una piedra de sol pulida y guardaban un secreto que de pronto ansiaba revelar. Me atrajo con su misterio, y supe que abriría la puerta a otro mundo; un mundo en el que nunca antes había estado.

La conexión entre nosotros apenas duró una fracción de segundo, pero en ese breve periodo de tiempo ocurrió algo inexplicable, como si compartiéramos un estrecho vínculo de cuya existencia no hubiéramos sabido hasta ese preciso instante.

Entonces rompió el contacto visual y se aclaró la garganta para decir:

—El pasador. Pensaba que era tuyo. —El grave murmullo de su voz era como una nana que podía llevarte al universo en el que el sonido es poder y te obligaba a hacer cosas peligrosas. *¿De dónde ha salido ese pensamiento, Ivy?* Bajé la vista rápidamente y solo entonces reparé en el pequeño objeto que sostenía en una mano: un colorido pasador de pelo con forma de mariposa. Era un regalo de cumpleaños de mi abuela.

—Es mío. Gracias.

El desconocido sonrió con la comisura de los labios, pero no se dio prisa en devolverme el objeto perdido. Se me quedó mirando el pelo con aire pensativo y dijo:

—Parece rayos de sol líquidos... Déjalo así, suelto y largo.

La forma en la que lo dijo hizo que se me encendieran las mejillas. No es que estuviera cayendo en la trampa de su evidente atractivo, pero era muy difícil ignorarlo.

—Cielo, ¿va todo bien? —Kean se me acercó y me rodeó los hombros con el brazo de forma protectora, más conocida como “ella es mía”.

Tragué con dificultad.

—Sí. Se me ha caído el pasador y este hombre lo ha encontrado. —Una vez más, mis ojos se encontraron con esos de un deslumbrante brillo de color marrón con un atractivo tono dorado que lo rodeaba. Me pregunté si esos ojos se tornarían tenues y oscuros cuando el hombre se enfadaba o, bueno, se excitaba...

—Qué detalle —espetó Kean, rompiendo así el intenso silencio.

El desconocido debió de notar algo en las palabras de mi prometido que hizo que su sonrisa fuera más pronunciada.

—Que tenga buen día, señorita —dijo, ignorando la presencia de Kean. Me lanzó otra mirada pensativa y se volvió para alejarse con paso firme y confiado. Dejé escapar un suspiro de alivio. No sé por qué, pero su presencia hacía que se me pusieran los nervios en alerta máxima.

—Hola. —Me giré hacia Kean y le di un suave beso en los labios—. ¿Qué tal el vuelo?

—Largo y aburrido.

Solté una risita a sabiendas de lo mucho que detestaba los aviones.

—Por lo menos ahora que has vuelto podrás pensar en otras cosas más agradables que largos y aburridos vuelos.

Sus ojos seguían fijos en algo a mi espalda o, para ser exactos, en *alguien*. Conocía esa mirada. No era la primera vez que veía los celos hervir en sus ojos. Nunca me había importado. Un nivel sano de celos únicamente me hacía quererle más aún.

Se tomó su tiempo en lanzarle puñales invisibles a la espalda al desconocido, tras lo cual me miró por fin y me dijo:

—¿Qué decías?

—Da igual. Nuestras familias nos están esperando en la granja. ¿Vamos?

—Sí, claro. ¿Nos va a bendecir tu hermana con su incalculable presencia?

—Por supuesto. No se perdería la cena por nada del mundo.

—Espero que deje su descaro en casa, durante una cena aunque sea.

—Solo si tú haces lo mismo.

—No creo que sea posible. Ya sabes lo que le gusta hacer que me suba por las paredes.

—Agh, ¿por qué no me dais un respiro? *¿Durante una cena aunque sea?* —Caminamos hacia la salida. Kean me cogió de la mano y sentí que mi cuerpo se relajaba—. Os quiero a los dos, pero a veces hacéis que me arrepienta de tener una hermana y un prometido que se odian a muerte.

—Lo siento, cariño. Intentaré evitarla en la medida de lo posible.

Puse una mueca.

—No hace falta que la evites. Simplemente intenta ser más... paciente con ella. Ya sabes lo sensible que está ahora.

—Vale. Haré lo que pueda. —Se inclinó para darme un fugaz beso—. Y ahora dime, ¿estás lista para convertirte en la señora Ross?

—Creo que necesitaré algo de tiempo para acostumbrarme a mi nuevo apellido.

—Yo no voy a coger tu apellido, si es lo que insinúas. Me llamo Kean, no Mike, ¿recuerdas?

—Amo tu nombre y te amo a ti.

Sonrió con esa sonrisa que siempre me hacía sentir tan desarmada ante él.

—Yo también te quiero.

Nos detuvimos al llegar a mi coche y esperé a que Kean dejase la maleta en el maletero. Después me senté en el asiento del pasajero y dejé que condujera él.

Encendió la radio y aceleró para salir del aeropuerto, listo para enfrentarse a los obstáculos que la cena previa a la boda colocase en nuestro camino.

Siempre había sido fácil estar junto a Kean. Estaba segura de que era mi alma gemela, siempre preparado para apoyar y evaluar mis nuevos proyectos y nunca me decepcionaba. No me cabía duda de que sería el marido perfecto para mí. Cuando estaba con él, siempre me sentía tranquila y segura.

Volví la cabeza hacia la izquierda y le sonreí mientras le decía:

—¿Te puedes creer que el gran momento sea dentro de dos días?

Él también sonrió.

—Llevo meses esperando ese momento. Tengo unas ganas increíbles de ponerte el anillo en el dedo.

—Suena muy egoísta, señor Ross.

Me cogió la mano y me dio un beso en el dorso mientras decía:

—Quiero que seas mía para siempre.

—Yo también.

Nuestras miradas se clavaron durante no más de cinco segundos, pero fue más que suficiente para no reparar en el camión que venía directo hacia nuestro coche.

La distancia era crucial.

Kean pisó el freno y giró bruscamente hacia la derecha para tratar de evitar la colisión, pero la distancia entre ambos vehículos era demasiado corta como para finalizar la maniobra con éxito.

Las luces del camión rojo intenso eran cegadoras. Solté un grito ahogado y cerré con fuerza los ojos.

Recé.

Apenas tuve tiempo de gritar antes de que el *airbag* me aprisionase contra el asiento. Sentí que mis pulmones no tenían espacio suficiente para respirar.

Nuestro coche dio una vuelta de campana y se abrieron las puertas del infierno.

No recuerdo cuánto tiempo transcurrió antes de que el coche se detuviese completamente, pero cuando lo hizo, sentí mis huesos y mis músculos como si hubiesen estado encerrados en una diminuta caja.

Silencio... Me atemorizó incluso más que el dolor que sentía claramente por todo el cuerpo. Mi consciencia iba y venía, lo que no era bueno. Traté de girar la cabeza, intentando, probablemente, de comprobar si Kean se encontraba bien, pero me dolía muchísimo el cuello. Sentí las lágrimas correr por mis mejillas. El sabor de la sangre y las lágrimas me llenaron la boca; mi alrededor se tornó demasiado borroso como para ver nada.

Me entró el pánico.

Intenté volver a moverme, pero era como si todo mi cuerpo estuviera paralizado. Por el rabillo del ojo pude ver que el interior del coche se llenaba de vapor a través de las ventanillas rotas. Su olor era muy intenso. Empecé a toser.

Intenté gritar pidiendo ayuda.

Pero ningún sonido salió de mi boca.

Atrapada en una prisión de acero me encontraba indefensa. Mi visión siguió yendo y viniendo de la oscuridad a la luz cegadora, como si todo lo que estuviese ocurriendo a mi alrededor no fuera real; como si solo fuese parte del juego al que no supiese jugar, pero siguiese esperando alcanzar la victoria.

Pero la victoria resultó ser la pérdida más importante de mi vida...

CAPÍTULO UNO

Época actual

Stanley

Me quedé mirado el charco de agua que inundaba mi baño y maldije en voz alta. Se estaba poniendo seria la cosa...

Saqué el móvil de los pantalones calados hasta los tobillos, llamé a mi secretaria, que resultaba ser mi mano derecha, y le pedí que enviase a alguien a mi piso para arreglar la bomba de las narices. Lo último que necesitaba en esos momentos era tener que lidiar con mis cabreados vecinos de abajo.

Recogí la cuchilla que nadaba a mis pies y la coloqué junto al lavabo. Llegaba tarde al trabajo, pero no podía dejar que mi piso sufriese la misma suerte que el Titanic.

El chorro de agua que salía de la bomba rota se intensificó.

—Genial, coño.

Cogí una de las toallas e intenté meterla en el agujero que parecía que se estaba haciendo más y más grande con cada segundo que pasaba. Lo cierto es que no tenía ni idea de arreglar bombas, e incluso a pesar de ser cirujano plástico y de ver sangre y tejidos a diario, me ponía histérico cada vez que se rompía algo en el piso. No porque no supiese hacer la “o” con un canuto, sino más bien porque no tenía tiempo para arreglarlo. Empleaba casi todo mi tiempo en mi nuevo trabajo en Washington D.C.

A veces me daban ganas de mandarlo todo a la mierda y volverme a Pittsburgh, donde todo lo relacionado con mi existencia resultaba mucho más fácil. Entonces me acordaba de mi sueño de tener una clínica privada de cirugía plástica, me ponía las gafas y los guantes y sonreía al paciente que yacía sobre la mesa de operaciones, esperando a que ocurriese un milagro quirúrgico.

“Solo unos días más”, pensé. Necesitaba esperar solo unos días más para que mi sueño se hiciera realidad.

Hacía un par de años, un viejo amigo me había invitado a unirme al equipo de cirujanos de un hospital de Washington. Me lancé hacia la oportunidad, hice las maletas y dejé la ciudad que había sido mi hogar durante veintiocho años.

Para ser sincero, todavía me estaba acostumbrando a mi nueva vida. Y el piso en el que vivía no ayudaba. Puede que fuera una estúpida coincidencia, pero el lugar y la mala suerte eran sin duda muy buenos amigos. El apartamento era espacioso y estaba situado a pocas manzanas del trabajo, pero estaba claro que la suerte odiaba ese sitio, y yo también. Cada cierto tiempo pasaba algo.

Primero fue algo pequeño, como un agujero de ceniza en la camisa diez minutos antes de irme a trabajar. Inmediatamente me acordé de las palabras de mi hermana, que decía que mi ropero no sobreviviría el traslado a Washington, lejos de mamá, que siempre se encargaba de todo y ni una

sola vez me dijo que ya era mayorcito y que iba siendo hora de que aprendiera a usar una plancha. En lugar de eso, me aseguré de tener suficientes camisas para toda una vida.

Después le tocó el turno al hervidor eléctrico, que se estropeó temprano una mañana y me dejó sin el tan necesario café. Y qué decir que me olvidé del hervidor roto nada más salir del piso y la mañana siguiente se repitió la misma historia. Ni todas las palabrotas del mundo me ayudarían a arreglar el maldito aparato. Finalmente, Emery, mi secretaria, se dio cuenta de que me pasaba algo. Ladré como respuesta a todo lo que me decía y ni una sola vez me preocupé en disculparme. Me trajo dos hervidores nuevos, porque no era capaz de sostener un escalpelo y hacer lo que tenía que hacer medio dormido, o peor aún: borracho; o lo que era lo peor de lo peor: medio dormido y borracho.

Entonces, unos meses más tarde, estando en plena cita con una morenaza impresionante se me rompió la cama con un crujido enorme justo cuando estaba a punto de correrme, y juro que mi aparato y yo nunca habíamos experimentado tal conmoción. Estaba seguro de que nunca volvería a funcionar, pero gracias a dios mis temores no se confirmaron. Me compré una cama nueva *king-size* y dejé de traer chicas a casa.

Pero la verdadera “diversión” comenzó cuando mis vecinos de abajo empezaron a hacer obras en su apartamento. Para el quinto día estaba que saltaba ante el mero sonido del taladro contra la pared. Los taponos para los oídos no ayudaban una mierda. Al contrario, no me enteraba cuando me sonaba la alarma y acababa yendo dos horas tarde a trabajar. Por eso me di por vencido en intentar luchar contra el ruido, y durante las siguientes dos semanas me estuve despertando con la sensación de que alguien había intentado allanar mi apartamento, porque el puto ruido de abajo era como un grano en el culo.

El nuevo día no prometía problema alguno, pero sabiendo lo cabrón que podía ser el destino, cualquier cosa era posible. Y teniendo en cuenta la cantidad de agua que había en el suelo de mi baño, ese día no era mi día de suerte.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por unos fuertes golpes en la puerta, y me apresuré hacia la entrada esperando ver un fontanero tras la puerta. Una vez más recordé lo cabrón que era el destino...

—¡Señora Quin, qué alegría verla! ¿Qué puedo hacer por usted? —Sonreí lo más educadamente posible, pero a juzgar por el rostro de mi vecina, creo que le importaban una mierda mis buenos modales.

—Más le vale mandarme un cheque para cubrir las paredes estropeadas de mi baño.

Al parecer la fuga de agua había causado mucho más daño de lo que esperaba.

—¿Sabe lo que me ha costado reformarlo?

Resoplé.

—Ay, créame, puedo decirle el número exacto de horas que ha pasado reformándolo. He contado cada segundo. —Pensé que no tenía sentido seguir intentando mantener la conversación en un plano seguro.

Su rostro enrojeció.

—Le enviaré la factura, señor Burke. Que tenga un buen día.

—Igualmente, señora Quin. —Por un segundo pensé en dejar todos los grifos de casa abiertos y dejar que el agua se vengase por el ruidoso infierno que me había tocado vivir durante las últimas dos semanas, pero entonces, mi sentido común me detuvo. Al fin y al cabo no tenía otro sitio al que mudarme, por lo menos ahora mismo, así que mejor sería parar la factura de mierda.

Cerré la puerta tras mi airada vecina y suspiré. Era una pena que en los “buenos” días se

presentaran invitados indeseados en la fiesta de mi vida.

Tuve que esperar casi treinta minutos más para que se presentara el fontanero y arreglase la bomba. Le pagué por el trabajo y le pedí el número de teléfono por si tuviese otra fuga en casa. Después me puse unos vaqueros y una camisa y me fui a mi clínica a punto de inaugurarse.

El lugar estaba casi listo para recibir a su primer paciente. Solo hacían falta unas pocas cosas más antes de la gran inauguración del lunes.

—Stanley, tienes que llamar a tu hermana —dijo Emery al traerme una taza de café humeante. Si no tuviese marido y tres hijos, juro que me casaría con ella.

—Lo haré. En cuanto acabe el café. —Sonreí y cogí la taza de la bandeja.

—Parece que estás disfrutando de un breve descanso antes del gran día.

—*Lo habría hecho* si la mala suerte me diese un respiro.

—Hablando de mala suerte... Los padres de Mike vienen a vernos este fin de semana, así que lo más seguro es que tenga que quedarme en casa a jugar a ser la esposa perfecta. ¿Crees que podrás hacerte cargo de los últimos preparativos antes de la inauguración sin mí?

—Claro —dije con tanto entusiasmo como me fue posible.

—Ya... —Me lanzó una mirada de desconfianza—. Bueno, estaremos en contacto, así que si pasa cualquier cosa urgente, llámame, ¿vale?

Asentí en respuesta. Emery y yo sabíamos que sin ella era como un perro extraviado, sentado sobre la acera, viendo pasar a la gente con los ojos llenos de visible tristeza. Cuando estaba realizando una cirugía, era un profesional, pero cuando tenía que buscar un bolígrafo en mi propia oficina era tan inútil como mis intentos de aprender a usar una plancha.

Emery, al contrario, lo sabía todo de todo. Hasta de qué color eran las flores que le envié a mi último ligue. Bueno, técnicamente las envié *ella*, y yo ni me molesté en preguntar si eran rosas u otra cosa. No es que no me interesase por la chica con la que tan bien lo había pasado, pero el paciente sobre la mesa de operaciones iba a morir desangrado si contestaba a su llamada. Por eso le pedí a Emery que le enviase flores y una nota de disculpas por haberla ignorado.

Esperó pacientemente a que acabase el café, cogió la bandeja con la taza vacía y dijo:

—Y ahora coge un teléfono y llama a Crystal. Ha dicho que como no le hayas devuelto la llamada en una hora, nunca volverá a considerarte su hermano.

Sonreí. Era muy propio de ella.

Quería a mi hermana. Sabía que ella nunca malgastaría el aliento en amenazas vacías, y si quería hablar conmigo, lo mejor sería encontrar un momento para complacer su deseo. Enviar flores no me salvaría el culo por nada del mundo si osaba ignorarla.

Había estado felizmente casada durante casi un año con uno de mis mejores amigos, Liam. Y yo no podía estar más contento por ella. Se merecía ser feliz, y teniendo en cuenta que Liam era el único hombre que ella había deseado y necesitado en su vida, no tenía más opción que aceptarlo como cuñado.

Marqué el número de Crystal y esperé a que cogiera.

—¿Qué pasa, tío? —me dijo Liam por el auricular.

Miré el teléfono, comprobando que el número que había marcado era el correcto.

—¿Dónde está Crystal? —pregunté preocupado—. ¿Está bien? —No importaba lo mayor que se hiciera, nunca dejaba de preocuparme por ella. Ni siquiera el hecho de que ahora fuese una mujer casada podía cambiar el afán que sentía por protegerla.

Liam rio.

—Mejor que nunca. De hecho... tenemos noticias para ti.

Oí que Crystal decía algo de fondo.

—Buenas noticias, espero.

—Espera, voy a poner el manos-libres —contestó Liam.

—¡Vamos a tener un bebé! —gritó mi hermana.

—¿Un qué?

—Un bebé, hermanito, ¡UN BEBÉ! Una adorable criaturita que, la mayoría de las veces, hace que una mujer quiera llamarte justo después del parto porque está segura de que nunca volverá a ponerse un bikini sin ayuda quirúrgica.

Sabía lo que le encantaban los niños y lo obsesionada que estaba con la idea de tener su propio alborotadorcito.

Pero...

—¿La has dejado preñada? —pregunté, sabiendo que Liam aún podía oírme.

Él rio.

—Crystal y yo estamos casados, ¿recuerdas? ¿No es eso suficiente para que nos des permiso para tener un bebé?

—Dios, creo que necesito tiempo para hacerme a la idea de que mi hermana pequeña está casada con alguien a quién conozco tan bien.

Él rio aún más.

—Pensaba que te alegrabas por nosotros.

—Y me alegro, chicos. Estoy de broma. —No importaba cuánto supiera sobre el pasado de Liam y sobre sus numerosos romances; sabía que quería demasiado a mi hermana como para traicionar su confianza.

—Eso me parecía.

—¿Sabéis si es niño o niña?

—Aún no —dijo Crystal—. Tengo el primer ultrasonido en dos semanas. Espero que me digan que es una niña.

—Espero que te digan que es un niño —la corrigió Liam—. No tengo ni idea de cómo educar niñas.

Fue mi turno para echar a reír.

—Espero que tengas lo que *de verdad* te mereces, tío.

—Oye, ¿no se suponía que estabas de mi lado? —dijo ofendido.

—Nop. En este caso en particular estoy de parte de Crystal.

—Traidor.

—A ver, decidme, ¿vais a venir a la fiesta de inauguración de mi clínica? Ay, un momento, ¿puede Crystal subirse a un avión?

Ella volvió a hablar.

—Me encuentro perfectamente, y por nada del mundo me perdería ver cómo se hace realidad tu sueño. Así que sí, allí estaremos el lunes. Elizabeth, Kameron y Jeff también se vienen.

—Bien. Os he echado un montón de menos.

Fue el turno de Liam de reírse de mí.

—No me irás a decir que en Washington no hay pacientes bonitas que se mueran por pasar tiempo extra con el famoso doctor Stanley Burke.

—No, pero echo de menos a mi manada.

—Nosotros también te echamos de menos, hermanito —dijo Crystal—. Pero el lunes por la

noche le daremos una vuelta a tu penosa vida, te lo prometo.

Sonriendo, dije:

—Qué ganas.

Hablamos unos minutos más, y luego Emery dijo que tenía que firmar otra entrega, así que finalicé la llamada y volví a mis obligaciones.

La *Clinica de cirugía plástica de Stanley Burke* había sido mi sueño desde que tengo uso de razón. Estudié como loco y trabajé hasta reventar para que se hiciera realidad. Y ahora, caminando por el recibidor que llevaba a mi nueva y equipada sala de cirugías, no podía sino admitir que había merecido la pena.

La medicina era mi vida. Siempre supe lo que quería ser cuando fuese mayor, y nunca me arrepentí de mi elección. No era para hacer que las tetas de las mujeres fuesen más grandes. Era más para crear una nueva obra de arte. Cada uno de mis pacientes importaba. Respetaba su decisión de cambiar ciertas partes de su cuerpo, pero ni una sola vez accedí a realizar una operación solo porque a alguien no le gustase la forma de sus orejas. Estudiaba cada caso con precisión, pensando en cada pequeño detalle de la futura operación y en su resultado. No solo quería que mis pacientes estuvieran contentos con ella; quería que fuese perfecta en todo el sentido de la palabra, que tuviese buen aspecto y que pareciera lo más natural posible.

El resto del día fue ajetreado, pero sin incidencias. Emery y yo repasamos mi agenda para el fin de semana siguiente; había unas pocas operaciones que teníamos que planificar bien. Después me reuní con los empleados de mi clínica y les conté más sobre la inauguración. Ahora había unas veinte personas trabajando para mí y me sentía como un niño de preescolar, responsable de todo lo que iban a hacer mientras estaban en la clínica. A algunos les conocía del hospital en el que trabajaba antes de abrir mi propia clínica, y otros eran completos desconocidos, pero con buenas referencias. Esperaba que fuésemos el equipo perfecto.

Estaba a punto de irme a casa y pedir algo delicioso a mi restaurante italiano favorito, cuando Emery se presentó en mi oficina.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Nada interesante. ¿Por?

—He pensado que le podíamos dar a tu estómago un descanso de la comida a domicilio y mimarte con algo casero. ¿Qué te parece?

—Uy, qué bien me conoces. ¿De verdad crees que puedo decir que no a una invitación tan tentadora?

Sonrió.

—Llamaré a Mike para decirle que ponga un plato más en la mesa. Los niños se alegrarán de verte.

—¿Siguen enfadados por mi actuación de Santa Claus en Navidad?

Emery echó a reír.

—Puede que un poquito.

—Debería haberlo pensado bien antes de aceptar tu invitación.

La cantidad de trabajo que tenía no me permitía visitar a mi familia en Pittsburgh, así que tuve que quedarme en Washington. Emery dijo que de ninguna forma iba a pasar la Navidad solo, así que acabé haciendo de Santa en su casa. A veces me sentía como si fuese su cuarto hijo, el que no

podía encontrar un calcetín sin su ayuda. Ella me llevaba solo unos pocos años, y técnicamente no podría ser mi madre, pero apreciaba su preocupación. En especial en lo que se refería a mi alimentación.

—No digas tonterías. Hiciste un gran trabajo —dijo.

—Sí, hasta que Jesse me tiró de la barba postiza y Paul y Kelly empezaron a llorar porque Santa Claus era tan falso como mi barba.

—Espero que lo hagas mejor la próxima vez.

—¿La próxima vez? Dios no lo quiera. He jurado no participar en más juegos de rol, ¿recuerdas?

—Nada de juegos de rol esta noche, te lo prometo.

—Entonces vale.

—Solo una advertencia... Mi hermana va a pasar el fin de semana con nosotros. Y es... Bueno, da igual. Seguro que os llevaréis bien.

No sabía mucho sobre la hermana de Emery. Por alguna inexplicable razón, no le gustaba hablar de ella. O porque su relación dejaba mucho que desear, o porque había algo que no quería decirme sobre ella. Lo único que sabía sobre Ivy Ryan era que le encantaba dibujar.

Emery y yo llegamos a su casa sobre las siete de la tarde. Vivía en una casa de campo en Petworth que me recordaba al barrio en el que mis padres y yo vivíamos antes de que se mudasen a la casa del lago, cerca de Pittsburgh, y yo a Washington. Crystal odiaba la idea de vivir sola en una casa grande, pero la presencia de Liam mejoraba significativamente su humor. Ahora los dos vivían allí.

—Hola, Doc. —dijo el hijo mayor de Emery.

Su madre le lanzó una mirada de desaprobación.

—Para ti es el señor Burke.

—Cierto, se me había olvidado. Hola, señor Doc.

Sonreí y le choqué los cinco. Tenía diez años, pero juro que a veces siento que podría asistirme durante mis operaciones, teniendo en cuenta la cantidad de libros que había leído sobre diferentes tipos de cirugías. Su madre no aprobaba la elección de sus lecturas, pero le dije que le diese un respiro. Cuando yo tenía su edad, podía pasar horas sentado en una biblioteca, leyendo diccionarios médicos y libros de texto.

—¡Tío Stan! —Kelly vino corriendo y saltó a mis brazos abiertos. Al ser la hija mediana pensaba que nadie nunca prestaba atención a lo que hacía, porque sus padres estaban muy ocupados sermoneando a Jesse sobre su comportamiento (que no es que hiciera caso de ellos), o cuidando de su hermano pequeño Paul.

—Hola, princesa. ¿Qué tal estás?

—Te hecho una tarta de lilas. ¿Quieres verla?

—Mmm, ¿una tarta de lilas? Tiene que estar riquísima.

—Yo también quiero —dijo Paul. Tenía dos años y se parecía muchísimo a su madre: enormes ojos azules que contrastaban con su pelo marrón oscuro. Jesse y Kelly, por el contrario, habían cogido la mayoría de los rasgos de su padre. Sus ojos eran de un tono marrón claro, combinados con una mata de pelo arenoso.

—Niños, dad un respiro a Stanley —dijo Mike, mientras venía a saludarme.

—Está bien, puedo con ellos.

Mike soltó una risita.

—No lo digas muy alto. Si creen que puedes con ellos, harán lo posible para demostrarte que

te habías sobreestimado.

Kelly volvió a decir:

—He prometido darle un trozo de mi tarta de lilas.

—Ah, es verdad. —La dejé en el suelo; me cogió de la mano y tiró de mí hacia el piso de arriba.

—No comas mucho de esa tarta de lilas, Stan. Deja sitio en tu estómago para la lasaña de Emery —dijo Mike—. Será mejor que vaya a ayudarla con la preparación.

Así que Kelly consiguió toda mi atención. Jesse y Paul se quedaron en el salón viendo dibujos animados.

La niña y yo fuimos a uno de los dormitorios, y me dijo que esperase mientras “calentaba” la tarta. Desapareció detrás de la puerta.

Lancé una mirada por la habitación y vi una pequeña maleta junto a la cama. Por un momento había pensado...

Mierda, el dormitorio en el que Kelly me había dicho que esperase debía de ser el de Ivy.

Me levanté y estaba a punto de salir, esperando que la propietaria no se enfadase por mi inesperado “allanamiento”, cuando la puerta del dormitorio se abrió y entró una chica de veintitantos. Caminó hacia el espejo demasiado rápido y no tuve ocasión de verle el rostro. Como si no se hubiera percatado de mi presencia, cogió un cepillo y comenzó a peinarse su larga y rubia melena. Aunque no estaba seguro del color, porque lo tenía mojado tras haber estado en la ducha.

Sin embargo, era su cuerpo de lo que no podía apartar la mirada.

Llevaba un conjunto de lencería que dejaba muy poco a la imaginación. Sentí que todo el aire abandonaba mis pulmones de golpe. Mediría alrededor de uno sesenta, y no tendría las medidas estándar de los ángeles de *Victoria's Secret*, pero lo que veía frente a mí tenía incluso mejor pinta, con la cantidad justa de curvas en los lugares correctos como para volver loco a cualquier hombre cuerdo. Las gotas de agua brillaban en su espalda, y de pronto sentí la necesidad de acercarme, secárselas con la palma de mis manos y dejar que estas descansaran sobre su piel de marfil un poco más de lo necesario. Un montón de pensamientos inapropiados empezaron a inundarme la mente, haciendo que soñara despierto con todas las travesuras que podríamos hacer en esa misma habitación.

De repente, preguntó:

—¿Qué edad tienes, doctor Burke?

Tenía una voz cremosa que me recordaba a una pluma rozándote la piel con su suavidad.

—Eh... treinta y uno. ¿Por?

—Bueno, imagino que a tu edad ya habrás visto suficientes mujeres desnudas como para quedarte mirándolas como si fuese la primera vez que ves el cuerpo de una mujer con nada más que la ropa interior. Y teniendo en cuenta cómo te ganas la vida, la ropa interior rara vez se interpone entre una buena vista y tú.

Seguía de espaldas a mí, y no vi su rostro, pero sabía que en ese momento estaba sonriendo. Era una pena que desde donde estaba no pudiese ver su reflejo en el espejo.

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunté, demasiado sorprendido aún como para pensar con claridad. Mis ojos se tomaron su tiempo en recorrer sus piernas, tras lo cual se detuvieron en su culo de formas perfectas. Ni siquiera me sentía un pelín avergonzado de quedarme mirándolo tan abiertamente. Después de todo, era cirujano plástico. Siempre podía utilizar mi interés profesional como excusa.

—No necesitaba que te presentases para saber que eras tú. —Dejó el cepillo sobre el tocador

y cogió la bata que estaba colgada en una silla cercana. Se la puso e inmediatamente lamenté el cambio de las vistas—. Tu colonia —dijo, aún de cara al espejo—. Siento sus notas cada vez que mi hermana vuelve del trabajo. Ligeras y acuosa, con unas notas de cítricos y lima. —Hizo una pausa e inhaló profundamente—. Me gusta la combinación.

—¿Eres perfumista?

—No, pero tengo buen sentido del olfato. Y ahora, si me disculpas, me gustaría cambiarme para la cena.

—Claro. —La miré una vez más y salí de la habitación, un poco decepcionado por no haber visto su rostro. Pero iba a unirse a nosotros para la cena, y tenía muchísimas ganas de que empezara.

CAPÍTULO DOS

Ivy

Hace dos años

Parpadeé, pero no pude abrir los ojos, como si algo estuviese evitando que lo hiciera. ¿Qué hora era? Me sentía terriblemente somnolienta, pero no podía empezar tarde a mi jornada laboral. Intenté alcanzar el reloj que siempre estaba sobre mi mesita de noche, pero no encontré nada. La palma de mi mano se movió por la superficie lisa sin hallar nada a su paso. ¿Alguien había quitado mis cosas? ¿Por qué?

Aunque mi cabeza aún descansaba sobre la almohada, me dolía mucho, como si alguien me hubiera golpeado con un martillo.

¿Qué leches...?

El sonido de unas sirenas llenó mi mente, haciendo que el dolor de cabeza alcanzara niveles máximos.

Frío... ¿Por qué sentía tanto frío? Notaba que una manta me cubría el cuerpo, pero estaba temblando.

Fiebre... Tenía fiebre.

Me tiene que estar pasando algo serio, pensé.

Traté de incorporarme, pero no lo conseguí. Dolor. Por todas partes.

¿Por qué estaba tan dolorida? Entonces, un recuerdo titiló en mi mente: el camión rojo, las cegadoras luces, el chirrido de los frenos y el coche dando más y más vueltas de campana... Después, su completa detención y oscuridad.

Un accidente... Había tenido un accidente de coche. Pero, un momento, ¿no había estado sola!

Kean. ¿Dónde estaba Kean? ¿Estaba bien?

Sentí que se me encharcaban los ojos. El pánico se apoderó de mí.

Intenté decir algo, pero no me obedecían los labios.

La agonía me inundaba cuerpo y mente.

¿Dónde me encontraba? ¿En un hospital? ¿Quién había llamado a la ambulancia? ¿Alguien de mi familia sabía lo del accidente?

Mis pensamientos volvieron a Kean. Necesitaba verlo. Necesitaba saber que estaba bien.

Oí pasos, y momentos después, la puerta se abrió y alguien entró en la habitación. Oí cómo él o ella encendía la luz, pero ninguna luz llegó a mis ojos. Ahora me daba cuenta de que algo me los cubría. ¿Una venda?

—Señorita Ryan, ¿me oye? —preguntó una voz de hombre.

—Sí —dije con voz quebrada. No reconocía mi propia voz. Era como si perteneciese a una desconocida.

—Soy el doctor Cornell. Soy oftalmólogo. Voy a quitarle la venda de los ojos para poder

examinarlos. No se mueva, ¿vale?

Asentí con brevedad, esperando ansiosa a que me liberase los ojos del vendaje.

Pero cuando lo hizo, nada cambió. La oscuridad aún me tenía presa.

—¿Puede ver algo? —preguntó el doctor Cornell.

—No. —Quería preguntarle si eso era normal, teniendo en cuenta que había tenido un accidente.

Pero él habló primero.

—Se golpeó la cabeza contra la columna lateral del coche. Con bastante fuerza. Debió de ocurrir cuando el coche dio las vueltas de campana y chocó contra el árbol.

Ah... Así qué ese era el motivo de mi terrible dolor de cabeza.

—Se hirió los ojos con cristales rotos. Pero no se preocupe, las heridas no eran muy graves. Aparte de eso, tiene una contusión. Y necesitamos que se quede unos días más en el hospital para monitorizar cambios en su estado.

—Vale.

Había algo en mi interior que no me permitía calmarme. Era como si alguien me hubiese puesto un vaso de agua caliente en el pecho y lo hubiese llenado de un nerviosismo que no me dejaba marchar. Una gota más y sentiría el calor del miedo derramándose sobre mí otra vez. Las malas noticias estaban por llegar, lo sabía. Podía sentirlo en cada fibra de mi cuerpo y de mi mente.

Finalmente, conseguí preguntar:

—¿Por qué no puedo ver nada? —Si él había dicho que las heridas no eran muy graves, debería de haber podido ver algo, aunque no fuese con mucha claridad.

—Es una de las consecuencias de la contusión.

—¿Cuánto va a durar?

—No estoy seguro, señorita. Este tipo de cosas cambian dependiendo del caso.

—Pero es temporal, ¿no?

—Esperemos a los resultados, ¿vale?

No me gustó su respuesta, pero la acepté.

—Mi prometido, Kean... Él conducía el coche. ¿Está bien?

—Está esperando fuera y está bien. Estaba inconsciente cuando llegó la ambulancia, pero era a causa de la conmoción. Físicamente estaba fuera de peligro, porque la parte que sufrió más daños fue la del lado del pasajero. —Hizo una pausa, como si no estuviera seguro de qué más decir—. ¿Quiere que llame a su prometido?

—Sí, por favor.

—Muy bien, pero necesito volver a ponerle la venda en los ojos. Pueden estar muy sensibles a los cambios de luz.

Volví a asentir y esperé a que el médico hiciera su trabajo.

Había algo que me molestaba de toda esa situación. No era solo la presencia del vendaje sobre mis ojos. Había algo más... El miedo de no saber cómo librarme de él. Crecía a cada latido de mi corazón, como si ya supiera que mi mundo nunca más volvería a brillar con tanta intensidad como antes.

Unos momentos después, Kean entró en la habitación y se sentó en el borde de mi cama. Sabía que era él aunque no pudiera verle.

—Hola —dije, alzando una mano instintivamente para tocarle.

Me la cogió y la acarició con suavidad.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó. Había algo raro en su voz.

—Estoy viva. Es lo que importa.

—Sí... —Suspiró—. Lo siento, Ivy... Lo siento mucho... Tenía que haber visto el puto camión... Tenía...

—Para. No ha sido tu culpa. Yo también estaba ahí, ¿recuerdas? No había forma de escapar el choque. —Unos momentos después, dijo—: vaya susto me has dado.

—Perdona, no era mi intención.

—Cuando abrí los ojos y vi que te llevaban en ambulancia... —Su voz se tornó en susurro—. Pensé que iba a perder la cabeza; no sabía nada sobre tu estado, me pensé lo peor...

—Ya se ha acabado. Los dos estamos bien. Bueno, todo lo bien que podemos estar teniendo en cuenta las circunstancias.

Le siguió otra pausa. No sabía en qué estaba pensando Kean. Lo único en lo que yo podía pensar era en que él estaba bien. No me importaba ser la única víctima del accidente. Me moriría de pena si algo horrible le pasara a Kean. Le quería demasiado como para perderlo.

¿Qué dicen sobre el amor? *El amor es cuando la felicidad de la otra persona es más importante que la tuya.* No recordaba al autor de esas palabras, pero eran la descripción exacta de lo que sentía por Kean. Si él era feliz, yo también lo era.

—He hablado con tu médico —dijo Kean—. Dice que necesitas quedarte unos días. ¿Quieres que tu madre o yo nos quedemos aquí contigo?

—Estaré bien, no os preocupéis. ¿Cómo se ha tomado todo el mundo la noticia del accidente? ¿Ha avisado alguien a Emery? —Esperaba que el bebé y ella estuvieran bien. Las preocupaciones no les vendrían nada bien.

—Mike le contó lo del accidente. Pero pensábamos que sería mejor no hablarle de tu estado. Cree que estás en casa, recuperándote de la locura de viaje.

La sensación de que Kean actuaba raro aumentaba con cada palabra que decía. Incluso su tacto, que siempre me resultaba tan cálido, se me hacía algo frío.

—¿Te ha dicho algo malo el médico? —pregunté.

Él dudó antes de responder.

—¿Kean? Sea lo que sea dime la verdad. Por favor.

—Todo va a ir bien, cielo. Ahora intenta dormir. Necesitas descansar.

No se lo discutí. Todavía me sentía demasiado débil como para hacer otra cosa que descansar.

—Vale.

Me dio un beso en la mano y se levantó mientras decía:

—Vendré más tarde a verte.

—Te quiero, Kean,

—Yo también te quiero, Ivy.

Si alguien me hubiera dicho que esas palabras de amor estaban tan vacías como un lago en un desierto, habría dicho que estaba loco. Nunca habría creído que el hombre a quien amaba con todo mi corazón lo rompería con tanta facilidad. Pero cuando mi mundo pasó a ser una interminable noche, no tenía sentido intentar encontrar las piezas de mi corazón roto. Permaneció enterrado junto a las cicatrices invisibles que, estaba segura, sangrarían durante toda mi vida...

Época actual

No recuerdo la última vez que estuve tan nerviosa. Por alguna razón desconocida, la inminente cena hacía que quisiera encerrarme en mi habitación y no volver a salir hasta que hubiese acabado. O puede que fuera a causa del inesperado invitado cuya presencia en mi dormitorio había hecho que todos mis instintos se pusieran en alerta.

A lo largo de los años, me acostumbré a que la gente fuera cautelosa conmigo. Sobre todo cuando oían mi historia. No quería que nadie sintiera pena por mí. Después de todo, tenía suerte de estar viva. Incluso al comienzo de mi viaje a ciegas, lo que más quería era morirme.

Durante meses, había intentado hacerme a la idea de ser ciega. Todavía sentía que ni todo el tiempo del mundo sería suficiente para aceptarlo. Buenas noticias: ya no quería morir. Al contrario: quería coger todo lo que la vida guardase para mí en su pequeño bolsillo oculto. Incluso volví a dibujar. No podía ver mis dibujos, y la mayoría de ellos eran abstractos ahora, pero seguía siendo mejor que sentarse en una esquina, a sentir pena de mí misma y a llorar por todo lo que había perdido que sabía que nunca recuperaría.

Kean fue una de las cosas que perdí. De hecho, encabeza la lista. Sabía que sería duro para él aceptar que nunca volvería a ver, pero nunca esperé que me dejase justo después de salir del hospital y volver a casa. Ni siquiera se despidió. Simplemente se fue, como si nunca hubiera existido.

En los catorce días que fueron las dos semanas más largas de mi vida, esta cambió de estar viviendo un sueño a un infierno. Cada vez que me tropezaba con un mueble, me entraban ganas de destrozar todos los que había en mi apartamento. Entonces soltaba *muchas* palabrotas, y llamaba a mi hermana, que siempre acudía al rescate.

Llorábamos durante horas: yo lloraba porque mi vida nunca volvería a ser la misma; ella, porque a pesar de lo optimista que parecía cuando me trajo a casa del hospital, sentía pena por mí y sufría conmigo. Cuando tras dos semanas de llamadas perdidas entró en mi habitación de hospital, sabía que entendería que todo el mundo le había estado mintiendo. No culpó a nadie. Lo único que dijo fue “espero ser la primera en enterarme la próxima vez que alguien te de una paliza”.

Ella era la única persona que se permitía oficialmente sentir pena por mí, e incluso reírse de mí. Daba igual lo mucho que a otros les pareciera de mal gusto. Fue lo que le dije que hiciera cada vez que presenciase un nuevo fracaso mío. Era lo que odiaba hacer, pero sabía que necesitaba que fuese cruel conmigo. Era como una patada en el culo que me obligaba a calmarme y a superar mi dolor, tanto físico como mental. Porque a pesar de lo mucho que sabía de mi sufrimiento, no tenía ni idea de lo que era ser ciega...

Tenía que volver a aprender a vivir mi vida, y Emery prometió que haría lo que pudiera por ayudarme. Se quedó conmigo durante semanas, ignorando a su trabajo y a su familia. Hasta el día en que dio a luz a Paul, estuvo cuidando de mí, hablándome, apoyándome y entrenándome.

Yo me negaba a andar con un bastón en las manos, así que me compró un navegador que me ayudaba a orientarme cuando estaba fuera de la seguridad de mi apartamento, donde sabía dónde estaba cada cosa por pequeña que fuera. Con el tiempo, me acostumbré a vivir sola y a hacer todo por mi cuenta. Incluyendo la mezcla de colores de mis nuevos cuadros. Cada uno de ellos tenía una etiqueta especial pegada a la parte de atrás del tubo, y con ayuda de mi vívida imaginación y las habilidades que había estado desarrollando durante años, volví a hacer lo que más amaba: crear nuevas pinturas. También aprendí a leer y escribir en *braille* y, gracias a dios, los dispositivos de Apple tenían todas las opciones necesarias para hacer mi vida más sencilla cuando los utilizaba.

Sentí que mi vida estaba volviendo a la normalidad o, bueno, todo lo normal que podía ser teniendo en cuenta que nunca volvería a ser “normal”. Pero esta noche sentía que ni siquiera la presencia de Emery me ayudaría a sobrevivir a la cena.

No me parecía que estuviese en control de la situación, y eso me asustaba más que nada en el mundo.

Hacía dos años, lo más importante habían sido los sonidos, los sabores y la velocidad a la que el aire me rozaba la piel con cada pequeño movimiento que hacía. Me caí muchas veces, pero aprendí a llevar moratones en la piel como si fuesen medallas de oro. Aprendí a levantarme y a seguir caminando, sin importar lo mucho que doliera el fracaso. Les pedí a mis padres y a Emery que dejaran todo en mi casa de la forma en la que estaba antes del accidente. Cada mañana me despertaba con un único pensamiento: *tengo que vivir mi vida como si nada hubiera pasado. No voy a decepcionarme a mí misma. Sobreviviré. Volveré a ser feliz.*

No puedo afirmar que consiguiera mantener todas esas promesas hechas a mi vieja yo. Pero sí que logré mantener una de ellas: nunca me decepcioné.

Respiré profundamente, me volví hacia la maleta y saqué un sencillo vestido azul oscuro que mi hermana y yo habíamos ido a comprar unos días antes de mi fracasada boda. No tenía tirantes y llegaba justo por encima de la rodilla. Incapaz de ver nada, no podía comprarme ropa sin ayuda de Emery. Como ya he dicho, era la única persona a quien permitía presenciar mis múltiples momentos de debilidad. Así que en lo que se refería a ir de compras, ella era mi permanente y única compañía. Odiaba ir de compras conmigo, pero ¿qué remedio tenía? Al fin y al cabo, yo era su única hermana y me quería. Sabía lo que me gustaba y lo que no, y, sinceramente, no sé qué habría hecho sin ella. Nadie sería capaz de aguantar a mi nueva yo mejor que ella. Ni siquiera mis padres aceptaban el hecho de que su hija ahora era, en cierto modo, diferente. Sabía lo mucho que les dolía verme así, a pesar de lo no-ciega que actuaba en su presencia. Nunca les pedí ayuda con la comida, con la ropa, ni con nada de lo que fuese más difícil sin la vista. E incluso aunque no podía ver el rostro de mis padres, sabía cuándo las lágrimas les inundaban los ojos.

Pasé la mano por la suave tela del vestido y sonreí. Ni siquiera sabía lo que había metido en la maleta. Nunca me ponía vestidos elegantes para cenar en casa de mi hermana. Prefería vaqueros y camisetas o sudaderas, pero nunca un vestido.

Bajé la cremallera del vestido y me lo pasé sobre la cabeza. Aún tenía el pelo húmedo después de la ducha, así que cogí un secador que Emery había dejado sobre mi tocador y me lo sequé, dejando que me cayera sobre los hombros y la espalda. El maquillaje era una de las cosas que todavía tenía que aprender a hacer bien. Pero esta noche decidí ir con un brillo de labios que cualquier chica sabía cómo aplicarse con los ojos cerrados o incluso en un coche en movimiento y con una mano al volante.

Dios, cómo echaba de menos conducir mi coche. De todas las cosas de mi vida “vidente”, echaba de menos el rugido de un motor que el rostro de Ian Somerhalder en *Crónicas Vampíricas*. Mi coche seguía aparcado en el garaje, así que de cuando en cuando bajaba, me sentaba al volante e imaginaba que iba veloz por la carretera a algún sitio en el que encontrase otro hermoso paisaje que plasmar sobre el papel.

Una parte de mí aún creía que un día, vería mis cuadros en la realidad, y no solo en mi mundo imaginario. La esperanza era minúscula; cabría en la mano de un recién nacido. Pero era mía, y nadie podía arrebatármela.

Suspiré, me coloqué un par de zapatos con poco tacón que había junto a la cama, donde los había dejado antes de irme a la ducha, y me dirigí al comedor. Al igual que mi apartamento, había

memorizado un mapa de giros, esquinas y puertas en el de Emery. Podía moverme fácilmente por él. Justo antes de abandonar mi habitación, cogí las gafas de sol que había sobre mi mesita de noche, porque a juzgar por la reacción del doctor Burke ante mi presencia, prefería que la cosa siguiese así.

De cierta forma, su voz me sonaba. Era como una música de ricas tonalidades con el punto justo de gravedad y suavidad; era complicado no reaccionar ante ella. Siempre me habían gustado las voces que me hacían querer ver a quién pertenecían.

Entré en el salón en el que podía oír a Jesse hablando sobre un dibujo animado que había estado viendo. Intentaba hacer creer al pequeño Paul que el conejo con el hacha en las manos no era malvado. ¿Se lo creería? Yo nunca.

—¿No crees que es injusto utilizar su edad en su contra? —le pregunté a Jesse.

—¿No crees que eres un poco mayor para jugar a James Bond? —me preguntó a modo de respuesta. Rara vez me veía llevar gafas de sol para esconder mi ceguera. Si me las ponía era por costumbre o para combinarlas con la ropa que llevase puesta.

Reí por lo bajo.

—Nadie es demasiado mayor para jugar a James Bond.

Jesse no dijo nada durante un largo minuto. Pero cuando volvió a hablar, me sorprendieron sus palabras.

—Es médico, ¿sabes? Podrías preguntarle si sabe algo de... bueno... casos como el tuyo.

Jesse nunca creyó que mi ceguera fuese una sentencia. Ojalá tuviera razón. Pero por muy seductora que fuera la idea de recuperar la vista, nunca dejaba que me rondase la cabeza. De lo contrario, no volvería a salir de mi dormitorio en la vida.

—Vamos a dejar esta charla para otro día, ¿vale?

—Vale —dijo un poco decepcionado—. ¿Quieres que te acompañe al comedor? Ya sé que no necesitas ayuda y bla bla bla, pero como esta noche estás jugando a James Bond, creo que un poco de compañía no te vendría mal.

Juro que este niño me leía como un libro abierto.

—Me encantaría —dije.

Jesse era demasiado sabio para su edad. Incluso después de que Emery le hubiera dicho lo del accidente, nunca me trató de forma diferente. Me pedía que jugara con él, o que viéramos películas, como si realmente pudiera ver lo que pasaba en ellas. Hasta cocinábamos juntos. Él hacía la mayoría del trabajo, pero siempre hacía que pareciera que había sido yo con un poco de ayuda de él.

Se acercó y me cogió de la mano mientras le decía a Paul:

—Ven con nosotros, hermanito. Créeme, no te quieres perder el espectáculo del año.

Oí cómo Paul saltaba del sofá y se venía corriendo.

—¿Lista? —preguntó Jesse.

Asentí con brevedad.

—Dios, ¡si solo es un tío! ¿Por qué te esmeras tanto en impresionarle?

—No estoy intentando impresionar a nadie.

O ¿sí?

—Ya.

—Es que no quiero que sienta...

—Pena por ti, ya sé. Ya he oído esa historia antes. Pero ¿gafas de sol? ¿En serio?

No había nada en mi apariencia que dejara ver que era ciega. O por lo menos, era lo que

decían todos. Mis ojos eran del mismo color que antes del accidente y practicaba mucho para no hacer sentir incómoda a la gente en mi presencia. Parpadeaba y bajaba la vista, o miraba a un lado para les fuese más fácil evitar establecer contacto visual conmigo. Incluso cuando dolía saber que era diferente, nadie podía ver mi dolor. Era una maldición, pero la vida era una bendición y no iba a abandonar toda esperanza en ella.

Supe el momento exacto en el que entramos en el comedor. El silencio llenó la habitación.

—Señores y señoras, la señora James Bond —dijo Jesse ceremonioso—. Deje que la acompañe a su asiento, señora.

Sonreí mentalmente ante su astucia. Tan listo como era, seguro que sabía que estaba un poco nerviosa y que necesitaba ayuda, que en la mayoría de casos me negaba a aceptar.

Movió la silla y espero a que me sentara.

—Gracias, joven —dije, sonriéndole. Notaba que seguía de pie junto a la silla.

—¿Qué pasa, cielo? —preguntó Emery, girándose hacia Jesse.

—¿Puedo cambiarle el sitio a Kelly?

—¡No! —protestó la niña. Estaba sentada a mi derecha.

Emery captó el mensaje silencioso de Jesse y dijo:

—Kelly, ¿quieres ponerte en mi sitio?

La niña dijo “sí” como loca por ponerse en la cabecera de la mesa.

Oí cómo Jesse dejaba escapar un suspiro de alivio.

Emery habló con el doctor Burke.

—Lo siento, Stan. Es complicado complacer a tres niños a la vez.

—No tenías por qué hacerlo —le susurré a Jesse cuando se hubo sentado.

Él ignoró mis palabras.

—¿Qué le gustaría beber, señora Bond?

Oí a Mike reírse a mi izquierda.

—Agua —dije, preguntándome si el doctor Burke sabría de qué iba lo del cambio de sitio y, bueno, mi extraño aspecto.

Por primera vez en lo que había parecido una eternidad, me moría de ganas por “abrir” los ojos y verle el rostro. ¿Qué aspecto tendría? ¿Era alto? ¿De qué color eran sus ojos?

No podía hallar la respuesta a esas preguntas o, al menos, no hasta que se hubiese ido. Pero al menos podía disfrutar otra vez del sonido de su preciosa voz.

—¿Vives en Washington, doctor Burke? —Esperaba que mi voz no dejara entrever mi nerviosismo. No sabía por qué, pero su presencia, invisible ante mis ojos, me parecía estimulante, como si estuviese ahí para ponerme a prueba. Y yo no estaba preparada para revelar las cosas que prefería que permanecieran ocultas.

—Para ser sincero, no he tenido tiempo para pensar en eso.

Sonreí.

—¿Mucho trabajo?

—Exacto.

—Emery me ha hablado de tu clínica. Enhorabuena. Seguro que estás orgulloso de lo que has conseguido en tu profesión.

—Lo estoy. Pero el orgullo nunca me ha parecido que sea el principal reconocimiento por mi trabajo.

—Lo que significa que estás verdaderamente dedicado a lo que haces.

—Podría decir lo mismo de ti, Ivy... Quiero decir, señora Bond.

Jesse soltó una risita por la forma en la que me había llamado.

—He visto tus cuadros en el salón. Son impresionantes.

Creo que nunca había estado más orgullosa de mis cuadros. Esos eran mis cuadros “a ciegas”. Nunca los había visto.

—Tendré que confiar en tu palabra, doctor Burke. Nunca miro mis cuadros una vez los he acabado.

—¿Y por qué no?

Medité un segundo antes de responder:

—No quiero ver las imperfecciones. Es como escribir un libro, ¿sabes? No importa la cantidad de veces que lo revises, siempre encuentras una línea que te gustaría reescribir.

—No sé nada de escribir libros, pero lo que he visto en el salón no necesita ser revisado ni reescrito. Tus cuadros son perfectos tal como son.

CAPÍTULO TRES

Stanley

Son tan perfectos como su creadora, añadí mentalmente.

Cuando Ivy entró en el comedor, no pude contener una sonrisa. Las gafas de sol; un pequeño detalle que ocultaba tanto misterio que era, sin duda, lo último que esperaba ver. Al contrario que su precioso vestido, que enseñaba lo justo para demostrar su feminidad. Tenía razón en lo del color de pelo. Le caía sobre un hombro, dejando el otro al descubierto. Su piel de marfil contrastaba con el tono oscuro de su vestido, dándole un aire frágil e irresistible.

Caminó con gracia hasta su silla y se sentó justo frente a mí. Inmediatamente lamenté no poder verle los ojos. Con las pocas opciones que tenía, me centré en sus labios. Eran de una pálida tonalidad rosa que me recordaba a un capullo de rosa con los pétalos aterciopelados abriéndose a la luz del día. Me recorrió una oleada de excitación ante la idea de tocárselos. El labio superior era más fino que el inferior, que era grueso y relucía suavemente ante la luz de la lámpara que colgaba sobre la mesa. Me preguntó algo sobre mi vida en Washington, y me hicieron falta unos segundos para repetir la pregunta en mi mente y pensar en la respuesta. Volví a mirarle las gafas de sol, preguntándome qué pensamientos le rondarían la cabeza. ¿Cuánto sabía sobre mí? Aparte del perfume que usaba.

Ella sonrió ante mi breve respuesta y durante una fracción de segundo, la curvatura de sus lustrosos labios hizo que la habitación que me rodeaba se comprimiase hasta el tamaño de un centavo, haciendo que fuese más difícil respirar. Solo estaban ella y la forma en la que su presencia me afectaba.

Algo irradió desde sus profundidades de su misteriosa y amortajada imagen. No conseguía saber qué era. No era solo la forma en la que nos habíamos conocido en su dormitorio. Todo en la forma en la que actuaba y su aspecto esta noche parecían un poco surrealistas. Como si no fuese la verdadera “ella” con quien estaba hablando. Puede que eso fuese justamente lo que me tenía tan cautivado.

—¿Con qué frecuencia vienes a visitar a tu hermana? —le pregunté a Ivy, mientras Emery y Mike se encontraban en la cocina preparando el postre. Kelly y Paul abandonaron la mesa en cuanto acabaron el plato principal. Pero Jesse se quedó. Llegué a pensar que se quedaba por Ivy. Era como si no quisiese dejarla a solas conmigo.

—No muy a menudo —contestó ella con una risita.

—¿Y eso?

Jesse respondió en su lugar.

—Vivió con nosotros hace tiempo. Era una medida desesperada y mamá no dejaba de seguirla a todas partes. Después, juró no volver a quedarse a pasar la noche. Hoy es la primera vez que decide hacer una excepción. No te imaginas el esfuerzo que ha tenido que hacer mamá para conseguir que se quede por lo menos un día.

—Lo que significa que estoy presenciando una reunión familiar.

—Más o menos —dijo Ivy con una pequeña sonrisa.

Las palabras de Jesse hicieron que quisiera hacer más preguntas sobre por qué Ivy tuvo que vivir con Emery y su familia, pero entonces pensé que no sería educado meter las narices en asuntos de familia.

—¿A qué te dedicas, Ivy? —pregunté en cambio.

Ella dudó un instante antes de decir:

—Era diseñadora gráfica...

—¿Eras? ¿Lo que quiere decir que ahora te dedicas a otra cosa?

Jesse le lanzó una mirada extraña que no supe interpretar. Como si temiese que ella fuese a decir algo malo.

—Trabajo con niños discapacitados —dijo Ivy—. Les enseño a sentirse normales en un mundo lleno de juicios injustos.

—¿Así que eres psicóloga?

—No tengo ni diploma ni título. Pero tengo conocimientos que pueden serles útiles a otras personas.

Eso hizo que se me ocurrieran más preguntas aún, pero una vez más, decidí guardármelas.

Emery y Mike volvieron poco después, y la conversación cambió a otros temas, uno de los cuales fue la fiesta de inauguración de la clínica.

Miré a Ivy, que estaba ocupada hablando con Jesse. No oía lo que decían porque estaban hablando a susurros, pero a juzgar por la expresión preocupada del niño, no le gustaba.

—¿Qué planes tienes para el lunes por la noche? —le pregunté de repente, sorprendido de mi inexplicable deseo de que Ivy se uniese a la fiesta.

—Pues... no tengo planes. ¿Por qué? —Parecía algo tensa, como si ya supiera lo que le iba a pedir y no supiera cómo decir que no a mi invitación sin ofenderme con su negativa.

—Me alegraría de que vinieras a la fiesta de inauguración.

Parecía que mi pregunta había hecho que todos los comensales se pusieran tensos. Emery y Mike intercambiaron una mirada, mientras que Jesse tenía un aspecto que parecía que esperase que una bomba explotara en algún lugar de la habitación.

Ivy tragó saliva y bajó la cabeza.

—Pues acabo de acordarme de que tengo una reunión el lunes por la noche... Pero gracias por la invitación. —Me miró, o al menos eso pensé, teniendo en cuenta que seguía con las gafas de sol y no podía ver nada más allá de su negrura. Después se excusó y estuvo a punto de marcharse del comedor, diciendo que quería descansar después de una larga semana de trabajo.

Yo no quería que se fuese tan pronto.

—¿Por qué no te tomas una taza de té con nosotros? Solo una taza... No llevará mucho tiempo. —No sé por qué sentí de pronto que le debía una disculpa por pedirle que viniese a la fiesta. Parecía como si mi pregunta hubiese sido la razón por la que quería escapar.

Se detuvo en la puerta y se volvió hacia mí. Por millonésima vez esa noche, lamenté no poder verle los ojos.

Emery fue al rescate.

—Te puedo traer una taza al salón si quieres —le dijo a Ivy.

—Vale. Gracias.

—¿Te importa si me tomo el té en el salón contigo? Me gustaría hacerte unas preguntas sobre tus cuadros.

Vaya excusa más mala... Ahora es probable que piense que soy un acosador o un idiota. O ambos. Sencillamente genial.

Para mi sorpresa, dijo:

—Estaré encantada de contestar a tus preguntas, doctor Burke.

Salí del comedor detrás de Ivy con dos tazas de té: una para ella y otra para mí.

Las luces del salón estaban apagadas, pero ella no se molestó en encenderlas. Caminó hasta una de las sillas y se sentó. La luz que venía de la entrada era suficiente para iluminar la mayor parte de la estancia, así que pensé dejarlo como estaba.

—Tu té —dije mientras le ofrecía la taza humeante.

Ella me la cogió cuidadosamente de las manos, se la llevó a la nariz e inspiró profundamente.

—Mmm... Me encanta el té de rosas. ¿A ti?

Me encogí de hombros.

—Yo soy más cafeadicto. Puedo beberlo a cualquier hora del día, todos los días de la semana. Puedo sobrevivir sin comida, pero sin café... nunca.

—Entonces estás completamente loco. Ya veo... Sin ánimo de ofender, yo también soy adicta al café. Lo que significa que estamos los dos un poco locos.

Me reí.

—Nunca me había visto desde ese punto de vista. —Me senté en el sofá y la observé.

—¿Alguna vez has oído de algún loco que haya admitido que estaba loco? Yo tampoco.

Sonriendo aún, dije:

—Supongo que he fracasado dos veces en causarte una buena impresión. Primero, has pensado que era un cirujano loco por las curvas que se colaba en el dormitorio de una chica para verla desnuda, y ahora crees que estoy loco en general. Parece que tu opinión de mí va mejorando con cada cosita que digo o hago.

—Incluso aunque no hicieras ni dijeras nada, sería capaz de tener mucho que decir sobre ti.

—¿En serio? ¿Podrías compartir conmigo algunos de los resultados de tus observaciones?

—Claro. Para empezar, eres un devoto del aspecto físico. Dejemos de lado el hecho de que te gusta observar a mujeres semidesnudas recién salidas de la ducha.

Eso hizo que mi sonrisa se ensanchara.

—Segundo —procedió—, te gusta la libertad, estar al aire libre, la natación y correr por las mañanas.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por tu colonia, por supuesto. ¿No sabías que los perfumes dicen mucho de quienes los llevan?

—¿De verdad? Nunca lo había pensado. —De pronto, quería acercarme a donde estaba sentada y enterrar la nariz en la curva de su cuello. Si no estaba equivocado, se había puesto una fragancia que me recordaba a una colada limpia y fresca. Tomé una nota mental para googlear su significado.

Ella tomó un sorbo de su té y continuó.

—Tercero, por la forma en la que andas. Tienes un paso firme y confiado, lo que quiere decir que sabes cómo hacer las cosas, que eres lógico y, probablemente, inteligente. En especial teniendo en cuenta lo mucho que a mi hermana le gusta alabarte.

—¿Que le gusta alabarme? Eso es nuevo. Criticarme; eso es lo que pensaba que era lo que más le gustaba hacer.

—Te gusta que la gente te admire. Lo que no está mal si es que hay una razón para ello. Según

lo que dice mi hermana, eres todo un genio, así que es natural que la gente te admire. Pero como norma, también significa que hay quienes te encuentran frío.

—Interesante... No recuerdo que nadie haya dicho que soy frío. Un chico caliente sí, pero frío... nunca.

Fue su turno de echarse a reír.

—Y eres muy seguro de ti mismo, claro.

Dios, me moría por verle los ojos. ¿Por qué llevaba esas malditas gafas de sol? Me daba la sensación de que estaba jugando a un juego en el que ella era una profesional, y yo... un completo perdedor. Tampoco es que me importase perder una o dos rondas contra ella.

—Está bastante oscuro aquí... Si tienes miedo de mirarme a la cara puedo darme la vuelta. — Se suponía que tenía que sonar a broma. Pero su sonrisa se desvaneció de repente. Estuvo en silencio, al menos, un largo minuto.

—Ya sé que está oscuro. Mi hermana nunca deja las luces encendidas si no hay nadie en la habitación. Y ni tú ni yo le hemos dado al interruptor cuando hemos entrado. A mí la oscuridad me parece bien. ¿Te molesta?

—No, para nada. Es que... Quería probar a ver algo en tus ojos que me dijera algo más sobre ti. Dado que evidentemente eres más observadora que yo. Me lees como un libro abierto.

Le siguió otra pausa silenciosa.

—¿Cuál de mis cuadros es el que más te ha gustado? —dijo, poniéndose de pie.

Caminó lentamente hasta la pared decorada con cuadros de diferentes formas y tamaños. La seguí y me detuve junto a ella.

—Me gusta este. —Di unos golpecitos sobre el marco metálico de un cuadro de un amanecer reflejado en un océano morado, con tonos de ámbar y oro líquido danzando en las olas.

—Fue una de mis primeras obras —dijo. Acercó una mano y pasó los dedos por el marco metálico que yo acababa de tocar.

Era el único cuadro que mostraba algo concreto. El resto eran abstractos.

—Te encanta jugar con los colores —dije, mirando otro cuadro que había captado mi atención —. ¿Por qué hay tanto blanco? ¿Te gusta el blanco?

—Solía odiarlo... Hasta el día en que me enamoré de él. Simboliza el inicio de algo nuevo. Una nueva página, una nueva historia, una nueva vida...

—Ah, ya veo. —La miré pensativo, preguntándome sobre el día en el que se enamoró del blanco. ¿Había algo que quiso dejar en el pasado y comenzar de nuevo? ¿Puede que una relación?

—Hasta donde yo recuerdo a James Bond le gustaba el negro.

Sonrió.

—El negro es lo opuesto al blanco. A veces está bien ser otra persona. ¿No crees?

Reflexioné un momento.

—Supongo... que depende de por qué no quieres ser tú misma.

Se dio la vuelta y volvió a la silla. Cogió una libreta y un lapicero que había sobre la mesita de café y dijo:

—¿Alguna vez has querido ser otra persona?

—Supongo que todo el mundo quiere ser diferente de vez en cuando.

—Eso es porque nadie es perfecto. Todos queremos lo que no tenemos, sin importar lo mucho que tengamos. Tú deberías saberlo mejor que nadie. La gente acude a ti para cambiar su aspecto. Algunos quieren ser más confiados, y otros... simplemente bellos. Pero todos ellos quieren cambiar. Porque no están satisfechos con lo que tienen o con su aspecto.

—¿Y tú, Ivy? ¿Quién eres esta noche?

Mi pregunta no le sorprendió. Ambos sabíamos que detrás de esas gafas de sol había mucho más que el simple deseo de jugar al escondite conmigo.

—La señora James Bond, evidentemente.

—¿Y qué ha pasado con Ivy Ryan?

—Buena pregunta... pero me temo que no tiene respuesta, doctor Burke.

—Puedes llamarme Stanley si quieres. Siempre parece más auténtico llamarnos por el nombre.

—¿Siempre eliges lo auténtico, *Stanley*? —inquirió en voz baja.

Me encantó la forma en la que su lengua pronunciaba mi nombre.

—No. Pero esta noche quiero ser auténtico. —Hice una pausa—. También me gustaría conocer a la verdadera Ivy Ryan.

—Puede que un día. —A su respuesta le siguió el sonido de un lapicero arañando el papel. Me acerqué y vi lo que había dibujado. Era una letra “S” escrita de forma intrincada y rodeada de sombras grises.

—La “S” es una de mis letras favoritas —dijo—. Toma. —Me dio el boceto—. Puedes añadirle todo el color que quieras.

—Me temo que echaría a perder tu bonita obra. Mejor la dejo en blanco y negro.

—Como quieras. —Se levantó y se encaminó hacia la entrada.

—¡Espera! —La cogí de la mano y dije—: dime que no tienes planes para el lunes por la noche. Quiero que vengas a la fiesta. —Estaba a un paso de suplicarle. Nunca había querido oír el “sí” de una mujer tanto como ahora.

—¿Por qué? —Se dio la vuelta y, una vez más, lo único que pudieron ver mis ojos fueron sus malditas gafas.

—Quiero que conozcas al doctor Stanley Burke.

—Pensaba que ya le había conocido esta noche.

—Como bien has dicho, todos tenemos diferentes facetas. Tengo curiosidad de ver lo que piensas sobre otra de mis facetas, Ivy.

Ella no respondió. Y yo empecé a temer que nunca diría el sagrado “sí”.

—¿Puedo tocarte la cara? —preguntó tras lo que pareció una eternidad.

La pregunta me sorprendió.

Sin esperar a mi respuesta, alzó una mano y me cubrió la mejilla con la palma. Su tacto era apenas tangible. Pero algo de ese momento parecía íntimo; creo que se me olvidó hasta que necesitaba respirar.

—Pómulos altos —dijo en un susurro—. Frente amplia. Seguro que el pelo te cae sobre ella todo el rato.

La escuché y me di cuenta de que no podía apartar los ojos de ella, como si estuviese leyendo un libro de hechizos y me tuviese más hechizado con cada palabra.

—Labios carnosos —prosiguió, pasándome ahora la punta del dedo por el labio inferior—. Suficientemente firmes y suaves para dar besos sensuales... ¿De qué color tienes los ojos?

—Avellana.

—Avellana... —repitió como si de un eco se tratase—. Siempre quise que los míos fueran avellana.

Ahora sí que me moría por verle los ojos. Un momento, ¿por qué me preguntaba por el color de mis ojos? Estaba seguro de que a pesar de estar con las gafas de sol, podía ver si no los tenía verdes o azules. O puede que debido a la falta de luz en la sala, simplemente quisiera asegurarse

de que había visto bien.

Pero entonces...

Bajó la mano y dijo:

—Ojalá pudiera ver al auténtico tú, Stanley. Pero me temo que solo me está permitido conocer al resultado de mi imaginación.

Algo hizo clic en mi cabeza. Como si los engranajes se hubieran puesto en marcha de repente y lo viera todo con otra luz. Puse la última pieza en el rompecabezas que había estado intentando completar.

Ivy no estaba interpretando papeles, no fingía ser otra persona. Ni siquiera las gafas de sol eran parte del espectáculo, no exactamente. Eran una parte esencial de su vida. Una vida muy diferente a la mía...

—Iré a la fiesta —dijo—. Si la invitación sigue en pie, claro.

—Sigue en pie —dije maravillado.

—No te habías dado cuenta de que no puedo ver nada, ¿no?

—Has hecho un gran trabajo en engañarme, señora Bond.

Sonrió. Fue apenas una sonrisa, pero me alegraba de que las causantes hubiesen sido mis palabras.

—Me lo tomaré como un piropo.

Cientos de preguntas revoloteaban en mi cabeza. Pero parecía incapaz de hacer ninguna. Seguí tan absorto en la oscuridad de sus gafas que de pronto parecían las profundidades más profundas que habían existido nunca.

—Te veo el lunes, Stanley.

Esta vez no intenté detenerla. Se dio la vuelta y se alejó, dejándome a solas en el salón.

Bajé la mirada al boceto que aún sostenía en la mano y se me cayó el alma a los pies.

¿Cómo?... ¿Qué le había pasado?... ¿Cuándo había pasado?... ¿Tenía cura?...

La voz de Emery me devolvió al aquí y ahora.

—Ya hace dos años desde la última vez que vio algo... —Se acercó hasta mí y, en silencio, me cogió el boceto de la mano—. Sigo sin entender cómo se las arregla para hacer cosas como esta. He visto como aprendía todo desde el principio, pero aún me maravilla con la facilidad con la que puede dibujar algo tan bello con los ojos cerrados a todo salvo a la oscuridad. Siempre tenemos una libreta sobre la mesita de café por si le apetece dibujar algo. Siempre que necesita una distracción empieza a dibujar. Siempre ha sido así. Ni siquiera la ceguera ha podido cambiarlo.

Una lágrima solitaria cayó por la mejilla de Emery, pero ella se la secó rápidamente con una sonrisa.

—Te lo ha hecho pasar mal esta noche, ¿eh? Espero que no añadas esta cena a la lista de razones para mantenerte alejado de este lugar.

Reí por lo bajo.

—No. La añadiré a la lista de razones por las que no puedo mantenerme alejado de aquí.

CAPÍTULO CUATRO

Ivy

Apreté el botón de mi reloj de alarma y la voz del objeto metálico me dijo que eran las tres de la madrugada. Completamente despierta, estaba sentada en mi cama, perdida en mis pensamientos sobre la cena de anoche. Recordaba mis primeros meses tras el accidente, cuando demostrar mis emociones tenía como resultado que algo se rompiera en mi apartamento. Emery dijo que estaba bien, que era mejor romperlo todo a mi paso que decirle adiós a la vida, lo que, supongo, era su principal preocupación en aquel entonces. Me seguía a todas partes y ni siquiera me podía dar una ducha sin que mi hermana estuviese sentada en una banqueta junto a la bañera, demasiado temerosa de dejarme sola para luego de encontrarme ahogada en un charco de mi propia sangre. Para ser sincera, había muchas veces en las que había pensado una en acabar con mi vida. Y si no hubiera sido por mi hermana, es probable que ya lo hubiera hecho.

Tras darme cuenta de que Kean nunca volvería a llamar a mi puerta, me cerré de todo lo que me recordaba a las cosas que sentía cuando estaba enamorada de él. Me obligué a dejar de echarle de menos, de echarnos de menos a *nosotros*. Los sentimientos ya no eran bienvenidos en mi corazón. Pero anoche sentí algo que no había sentido en mucho tiempo: la vibración que siempre te provoca la atracción que, por alguna desconocida razón, tira de ti hacia alguien a quien apenas conoces o, como en mi caso, a alguien a quien ni siquiera ves.

No sabía qué era tan especial del doctor Burke, *Stanley*, como él me dijo que le llamara. Sus palabras reptaban bajo mi piel e iban hasta las profundidades de mi alma, que había estado años encerrada, como si su voz tuviera el poder de revelar todos y cada uno de los pequeños secretos que guardaba. Era el imán hacia el que gravitaba, al igual que la luz del sol te hace querer cerrar los ojos e inclinarte hacia su calidez, dejándote expuesto a la mayor estrella del universo.

Sé cuál es el momento exacto en el que se dio cuenta de que estaba ciega. Se quedó sin respiración, porque el silencio en la habitación se volvió pétreo. Juro que podía oír los latidos de su corazón. De pronto volví a sentirme muy pequeña, como si tuviese miedo de decepcionarle. O puede que simplemente supiera que sentiría pena por mí, que era una de esas cosas que nunca cambiaría por mucho que lo intentase.

Hasta ese mismo instante, estaba segura de que nada en el mundo me haría aceptar su invitación a la fiesta. Pero de pronto, quería hacer algo que estuviese fuera de mi zona de confort y, por primera vez en meses, hacer algo que echaba muchísimo de menos: volver a sentirme normal.

Unos leves golpes en la puerta interrumpieron mis pensamientos.

—¿Aún sigues despierta? —preguntó Emery, entrando en la habitación.

—Tú también.

La oí suspirar. Se acercó, se sentó en el borde de la cama y dijo:

—Mi cerebro idiota no se quería apagar.

Reí.

—Me pasa igual. Está claro que somos hermanas. Dios nunca dejaría que sufriésemos de insomnio a solas.

Siempre había sido así. Emery podía sentir todo lo que me ocurría y viceversa. La eché mucho de menos cuando se casó y se mudó fuera de la casa de mis padres. Yo tampoco vivía ahí ya, y no había nadie con quien pudiera hablar en mitad de la noche simplemente porque el sueño no quería bendecirme con su magia.

Ella se quedó en silencio, así que hablé primero.

—Dime una cosa, hermanita... ¿Por qué aceptaste trabajar para Stanley cuando te dijo que dejaba el hospital para abrir una clínica privada?

—No había nada entre lo que elegir. Siempre me ha gustado trabajar con él.

—¿Pero por qué él? Nunca has tenido ningún problema en llevarte bien con otros médicos.

—Ya sabes, cuando nos conocimos por primera vez estaba a punto de dar a luz a Paul. Le dije que necesitaría al menos tres meses de baja. Él dijo que no tenía ningún problema con organizarse la agenda y el resto de cosas que se suponía que le tenía que hacer. Pero cuando me vio entrar en la oficina tres meses después, parecía un niño que acabase de recibir el mejor regalo del mundo. Fue el momento en el que me di cuenta de que lo pasaría mal sin mí.

—¿Por qué no pidió otra secretaria?

—Porque el hospital estaba bajo de personal; necesitaban más médicos y enfermeras, por no mencionar secretarias. Y él era nuevo ahí, no quería parecerles demasiado engreído como para pedir ayuda cuando todos los del hospital tenían ya bastante con su propio trabajo.

—Ya veo.

—¿Por qué me preguntas por él?

—Le he dicho que iría a la fiesta el lunes, así que...

—¿Vas a venir a la fiesta? —Evidentemente, mi hermana no se esperaba que dijese eso.

—¿Crees que es mala idea?

—¡Es una idea estupenda! La mejor que se te ha ocurrido en mucho tiempo.

—Vaya, gracias. Y yo que pensaba que tenías mejor opinión de mí.

—No te ofendas, Ivy, pero has hecho todo lo posible por volver a tu vida normal salvo una pequeña cosa: nunca se te pasa por la cabeza divertirse.

—Pero va a ser un sitio nuevo para mí. Ya sabes lo que odio los sitios nuevos.

—Yo también voy a estar ahí, ¿recuerdas? Te enseñaré el lugar. Todo va a ir bien. —Se acercó y me pasó una mano sobre los hombros a la vez que decía—: me alegro mucho de que hayas decidido venir a la fiesta.

Sabía que no mentía. El entusiasmo en su voz era demasiado evidente como para no oírlo.

—Y ahora dime, ¿qué ha hecho Stanley para que aceptes su invitación?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. La verdad. Me apetecía ceder.

—Bien, muy bien, Ivy. —Me frotó la espalda con suavidad—. Ahora intenta dormir. Mañana va a ser un largo día.

—¿Por qué?

—Tenemos que buscarte un vestido para la fiesta.

—¡Oh, no! —refunfuñé.

—¡Oh, sí, querida hermanita! ¡Nos vamos de compras! Dios, es la primera vez que me entusiasma ir de compras contigo.

Eso fue lo peor que pudo haberme dicho esa noche. Ir a comprar ropa de diario era una cosa. Pero elegir un vestido elegante era algo que no había hecho desde la locura de semana previa a la boda, que era uno de los recuerdos que prefería que nunca más volvieran a mi mente.

Esto va a ser un desastre, pensé para mí antes de arrojarme con la manta hasta la barbilla y cerrar los párpados, esperando dormir al menos un poco antes de que comenzase mi tortura de compras.

—Emery, ¿qué leches llevo puesto?

Ella soltó una risita a mi espalda.

—El vestido más bonito que te he visto nunca.

—Es demasiado corto. Y me da la sensación de que las tetas están a punto de salirse del maldito corsé. No quiero dar el espectáculo, ¿sabes? Seguro que no les permiten la entrada a estríperes.

—El vestido te llega hasta un poco por encima de la rodilla. Tampoco es que vayas a enseñar el culo o algo así. Tiene falda con vuelo, que es algo que siempre te ha encantado. Y el color es impresionante: el esmeralda siempre ha sido uno de tus favoritos.

—Dios, debería habérmelo pensado dos veces antes de aceptar la invitación. Voy a arrepentirme de ir a la fiesta, lo sé.

—No seas boba. Todo va a ir bien. —Puso las manos sobre mis hombros desnudos y añadió —: en especial, si te pones este vestido.

—En especial si se rompen los tirantes y todo el mundo me ve las tetas.

Emery volvió a reír.

—Tienes unas tetas maravillosas, ¿por qué no ibas a enseñarlas?

—Uf, no estás ayudando. —Me senté sobre un taburete que había cerca y me pasé las manos por el pelo—. No puedo hacerlo. No estoy preparada.

—Ay, no, cielo, no puedes dar plantón al encantador doctor Burke. ¡Tiene muchas ganas de que vayas!

—¿Cómo lo sabes?

—Créeme, ya sé de lo que hablo.

—No sé, Emery... Me he despertado esta mañana y me he dado cuenta de que la simple idea de ir a la fiesta me aterroriza. ¿Crees que debería volver a ponerme las gafas?

—¿Qué? ¡Pues claro que no! Has estado haciendo muy buen trabajo fingiendo ser una chica que ve. Así que, por favor, sigue así y deja de ponerte histérica.

—Es más fácil decirlo que hacerlo... ¿Qué pasa si me tropiezo y me caigo sobre las rodillas? Todo el mundo se va a reír.

—Llevas usando tacones desde que tengo uso de razón y no me digas que no te los has vuelto a poner desde aquel estúpido accidente. Conociéndote, no me extrañaría enterarme de que te los pones cada vez que me voy de tu apartamento solo para asegurarte de que todavía puedes, incluso sin vista. Y te vas a comprar ese vestido, te lo vas a poner, vas a añadir un par de tacones de aguja bonitos, pero no escojas unos que tengan la altura del Everest, vas a ponerte tu mejor sonrisa y vas a ir a pasártelo bien. Ya me ocuparé yo del maquillaje.

—Parece el peor plan del mundo, para empezar, por la idea de los tacones de aguja.

—Nunca pensé que eras una cobarde, hermanita.

—No lo soy.

—Bien. Pues quítate el vestido y ya te lo llevo a la caja.

Me puse de pie y volví a pasar las manos sobre la suave tela. Era agradable volver a llevar algo así. Y si no fuese por mis miedos estúpidos, podría llevar puesto ese vestido hasta casa. Porque a pesar de que no lo veía, sabía que me quedaba como un guante.

—Vale —dije al fin—. Vamos allá.

Stanley

Llegó el día con el que llevaba soñando durante años y estaba más nervioso que nunca. No podía dejar de estar paranoico por todo lo que podía salir mal; pensar hoy con la cabeza fría parecía una misión imposible. Puse sal en mi café mañanero en lugar de azúcar, y ni siquiera me di cuenta hasta que vacié la taza y me di cuenta de que el café sabía raro. Metí el móvil en el bolsillo de mi esmoquin, se me olvidó y luego me entró el pánico cuando no podía encontrarlo. Casi salgo de mi bloque sin zapatos, y solo me di cuenta de que no los llevaba puestos cuando entré en el ascensor y uno de mis vecinos me lanzó una mirada inquisidora a los pies. Caminé con autopiloto hasta el edificio de mi clínica, sin prestar atención a nada de lo que me rodeaba. Ni siquiera se me ocurrió coger un taxi o conducir mi propio coche, simplemente porque hoy caminar parecía menos peligroso, teniendo en cuenta que apenas recordaba mi propio nombre.

En cuanto crucé el umbral de mi sala de espera, todo cobró sentido en mi cabeza.

Porque *ella* estaba allí...

Hasta ese mismo instante, no me había percatado de que no tenía miedo de que la fiesta saliera mal, sino de pensar que ella no estuviera allí.

De pie frente a la puerta de mi despacho, Ivy palpaba la placa con mi nombre.

—Doctor Stanley Burke —leyó en voz baja. Las letras de mi nombre estaban escritas en 3D, de forma que pudo leerlas fácilmente con los dedos.

Me tomé mi tiempo en apreciar por detrás lo que llevaba puesto. Parecía una muñeca de porcelana con ese vestido esmeralda con una falda que bailaba con cada uno de sus movimientos. No veía la parte frontal de su vestido, pero no pude evitar fijarme en los zapatos de tacón de terciopelo que conjuntaban a la perfección con el vestido. Mentalmente, le choqué los cinco por la elección de los zapatos. Llevaba el pelo rizado y le caía por la espalda. Me pregunté si llevaría gafas de sol otra vez.

—Me alegro de que hayas venido —dije al acercarme.

Dio un salto al oír mi voz y se dio la vuelta, riendo por lo bajo.

—No te he oído entrar.

Esta vez, no había gafas tapándole los ojos.

Di otro paso hacia ella y me detuve atónito. Lo único que vi fueron sus ojos. Eran como un lago cristalino perdido en un bosque salvaje. Si los mirabas de cerca, podías ver el reflejo de las hojas de un verde oscuro y del sol que las atravesaba. Eran ojos de un verde pálido que hasta con una cortina negra que ocultase su visión podían hacer que se me acelerase el corazón.

Cambió el peso de pierna y bajó la cabeza. Inmediatamente empecé a echar de menos mirarla a

los ojos.

—Tengo ganas de huir y no volver nunca —dijo con un rubor rosa claro en las mejillas.

Sonreí. Sabía que estaba nerviosa. Lo podía ver. Sujetaba un pequeño bolso en las manos como si fuese la única cosa sólida a la que pudiera aferrarse.

—¿Cómo has llegado? —le pregunté, acercándome aún más.

—Emery me ha enseñado el camino. Me ha dicho que me quedase aquí mientras ella recibía a los invitados.

—Ven conmigo, quiero enseñarte una cosa. —Tomé su mano en la mía y la llevé a mi despacho. Fuimos hasta una de las paredes y coloqué su mano sobre un marco de madera que colgaba de ella.

—¿Qué es? —preguntó.

—Tu regalo. Me lo diste el sábado por la noche, ¿te acuerdas?

—El boceto, ¿verdad?

—Mm-hm.

Giró la cabeza como si quisiera mirarme y me puso una mano en la mejilla, como había hecho la otra noche.

—Tienes los músculos de la cara tensos. Estás nervioso, ¿no?

—No te haces una idea.

Me regaló otra hermosa sonrisa.

—Es normal. Es tu gran día. ¿Va a venir alguien de tu familia a la fiesta?

—Sí. Mi hermana y su marido, y también mis amigos: Kameron con su mujer Elizabeth y Jeff, que hemos sido amigos desde que éramos niños. Ahora vive en Nueva York, así que casi nunca nos vemos.

—¿Y tus padres?

—Eh... Ojalá estuvieran hoy aquí, pero mi padre no se encuentra bien. Ha estado quince meses en cama. Ha sido duro para todos.

—Siento oír eso. ¿Puede andar ahora?

—Sí, pero solo con bastón. Va una enfermera a verle dos veces a la semana. Hacen ejercicios para entrenar sus músculos. Y si te crees lo que dice mi madre, dentro de poco empezará a correr maratones.

—Tiene que estar desesperado por volver a andar sin bastón. —Escuché una nota de tristeza en su voz. Ella, de todas las personas, sabía lo duro que era vivir con limitaciones.

—Ha estado haciendo lo posible para librarse de él cuanto antes.

—Ya me lo imagino... —Bajó los ojos un instante; sus negras y largas pestañas se agitaron como alas de mariposa.

—¿Puedo pedirte un favor? —dije—. ¿Puedes estar a mi lado cuando dé el discurso de bienvenida?

—¿Cómo?

—De los dos, yo soy el que tiene más miedo de la fiesta. Pero si tú estuvieses cerca, sentiría que no estoy solo en mi temerosa desesperación. Odio hablar en público, ¿sabes?

Ella echó a reír.

—Si fuera tú, es probable que me quedase encerrada en el despacho hasta que la fiesta hubiese acabado y todo el mundo se hubiera ido.

Me reí.

—Lo gracioso es que es lo primero que me ha cruzado la mente esta mañana.

—¿En serio? —Ella también rio—. ¿Quién se habría pensado que eres un cobarde, doctor Burke?

—En realidad no lo soy.

—Eso es exactamente lo que le dije a mi hermana cuando me acusó de ser una cobarde. ¿Has oído alguna vez que los cobardes admitan serlo? Correcto. Yo tampoco. Pero dado que aquí estamos, y parece que no tenemos otra opción que saltar del precipicio directos hacia la multitud de tus invitados, hagámoslo juntos.

Me gustó la forma en la que lo dijo. Había mucha valentía en sus palabras. Después de todo, Google no mentía: a las chicas que huelen a ropa de cama (que ahora sabía que era el olor favorito de Ivy), les gusta poner su resistencia a prueba, les gustan los retos y ponerse nuevos objetivos. Ivy era una de ellas: una luchadora hasta la médula que no dejaba que la vida la quebrase.

—Gracias por estar aquí esta noche —dije—. Significa mucho más de lo que piensas.

Sus mejillas se sonrojaron aún más. Qué pena que no pudiera verse ahora. Quitaba el aliento. Era como si las estrellas hubieran caído del cielo para yacer bajo su piel, haciendo que brillase desde dentro.

Su presencia me alentaba como ninguna otra cosa, haciendo que todos mis temores se desvaneciesen en comparación con cómo me hacía sentir.

—¿Quieres echarte unas risas? —le pregunté.

Asintió con la comisura de los labios ligeramente alzada.

—Esta noche ha sido una pesadilla para mí. No he dormido ni una pizca. Incluso aunque hubiese estado toda la noche corriendo por la ciudad o reventándome en el gimnasio, no habría cambiado cómo me sentía esta mañana. Para cuando tenía que levantarme, tenía las sábanas hechas un nudo alrededor de las piernas. Pero cuando he intentado liberarlos, me he caído de la cama y me he dado un golpe en la cabeza. Un dolor de cabeza no ha hecho más que empeorarlo todo.

Como esperaba, la habitación se llenó con su suave risa.

—No tienes remedio, doctor Burke. ¿Cómo leches te las has arreglado para ganarte el renombre de ser uno de los mejores cirujanos plásticos de la ciudad?

—No tengo ni idea.

—¿Quieres que te cuente mi infierno de mañana?

—Claro.

—Ha empezado con mi hermana haciendo un tatuaje a golpes en la puerta de mi apartamento, aunque tengo timbre, y lo sabe.

—Pensaba que te quedabas en su casa.

—Volví a mi casa anoche. Odio levantarme en una cama que no es la mía. Esa es una de las razones por las que odio quedarme donde Emery. Ella quería asegurarse de que tenía tiempo suficiente para conseguir un aspecto presentable, así que ha pensado que despertarme a las siete de la mañana cuando teníamos que venir aquí a las cuatro era una buena idea. Ni qué decir tiene que no compartía su entusiasmo.

Solté una risita.

—Eso es muy propio de ella. Sé que nunca me perderé una cita si Emery está aquí para organizarme la agenda. Se siente responsable de todo lo que la rodea, tanto en el trabajo como fuera.

—Exacto. Pero tienes suerte de no tenerla como hermana. Puede ser un verdadero grano en el

culo.

—Ay, de hecho, ya tengo una hermana grano-en-el-culo. Y créeme, Emery no es la peor opción. Ambos reímos.

—Vale. —Me miré el reloj—. Creo que es hora de ir. Los invitados están esperando.

Ivy se pasó una mano por el vestido, como si quisiese alisar el tejido.

—Estás espectacular esta noche —dije sin exagerar ni un poco.

Por unos segundos, pareció desconcertada, como si un piropo fuese lo último que esperaba oírme. Fue un momento extraño cuando sus ojos se perdieron y delataron su falta de vista. Sentí un dolor en el corazón por lo mucho que quería hacer algo al respecto, cualquier cosa para ayudar a que la recuperase.

Tengo que estudiar su caso, pensé. Es probable que Emery pueda ayudarme.

—¿Sabes qué mataría por ver ahora mismo? —preguntó Ivy.

—No.

—Tus ojos. Me gustaría verlos algún día.

No había ironía en sus palabras. Era honesta en cada una de ellas.

—Al menos ahora ya sabes cómo me sentí el sábado cuando llevabas las gafas de sol.

Su rostro pensativo se iluminó con una sonrisa.

—La venganza es un arma de doble filo. Ya lo sabía yo.

Entre risas, tomé su mano en la mía y dije:

—¿Estás lista para ir?

—No, pero ¿qué opción tengo?

Y así, caminamos hacia la puerta y después salimos de la protección de mi despacho.

Me recorrió una oleada de nervios al oír las voces que llegaban del final del pasillo. Los invitados ya estaban aquí; docenas de personas que habían venido a felicitar me por mi éxito. Había estado soñando con este momento durante mucho tiempo. Pero de repente, me di cuenta de que lo único que realmente importaba sobre esta noche era la chica que tenía a mi lado...

CAPÍTULO CINCO

Ivy

Odiaba los lugares abarrotados de gente. El solo hecho de entrar en una habitación llena de desconocidos hacía que se me acelerase la respiración; el corazón me latía ruidosamente en el pecho; la sangre me bombeaba en las sienes. Para mí, las multitudes eran como colmenas: cada una tenía vida por sí misma. Charlas, miradas, sonrisas. Juro que cada centímetro de mi ser podía sentir las vibraciones en el aire que me rodeaba.

Sentí que estaba a punto de desmayarme, y si no hubiese sido por la mano de Stanley aferrada a la mía, es probable que no hubiese llegado a atravesar la puerta que daba al salón en el que todos los invitados esperaban a que hiciese su aparición.

—Tranquila —me dijo al oído—. No querrás que nadie vea que estás temblando, ¿no?

—Es broma, ¿verdad? —Aunque sí que notaba que todas las partes del cuerpo me temblaban, prefería pensar que era interno y que nadie podía verlo.

Su risita hizo que quisiera darle un puñetazo.

—Créeme, si no fuese por ti, es probable que me tropezase y me muriese de vergüenza, incluso antes de que los invitados se dieran cuenta de que era yo el que estaba bocabajo en la alfombra.

—Ese sería un comienzo perfecto para tu discurso.

—Sin duda. Y ahora vamos con la parte más aterradora.

Me empujó más hacia las profundidades de la multitud, y no tuve la oportunidad de protestar ni de pedirle que me dejase en la puerta, o de correr antes de que nadie se diese cuenta de que me pasaba algo terrible.

Cuando nos detuvimos, Stanley me pasó un brazo por la cintura y me acercó más a él. Podía sentir las miradas de sorpresa de todos puestas en nosotros. Aunque no leía las mentes, sabía que estaban ocupados tratando de adivinar el nivel de relación que compartíamos Stanley y yo.

—Odio hablar en público —dijo por el micrófono. El sonido de su voz llenó la estancia, y los invitados dejaron de hablar—. Pero esta noche parece que no me queda otra que tragarme mis miedos y hacer que todos os fijéis en mi corbata negra que supongo que parece que me la he estado intentando atar unas cien veces y ni una menos.

La gente se echó a reír.

—Sin embargo, aquí estoy, con una nueva amiga a mi lado para asegurarse de que no me acobardo y salgo corriendo a esconderme en el despacho.

Le siguieron más risas.

—Me alegro de veros a todos aquí esta noche. Significa mucho para mí que mis amigos más cercanos, mi familia y mis colegas hayáis venido a celebrar conmigo la apertura de mi clínica. Muchos sabéis las ganas que tenía de que esto se hiciese realidad... —Hizo una pausa, y puede que yo me estuviese imaginando cosas, pero sentí que su abrazo se estrechaba. Respiró profundamente y prosiguió—. Espero no decepcionaros ni a vosotros ni a mis futuros clientes. Al

fin y al cabo, todo lo que hago, lo hago por la belleza. Así que alcemos las copas a lo que os hace bellos, ya sea una sonrisa en el rostro o una buena cantidad de Botox bajo la piel.

—¡Salud! —dijo alguien entre la multitud, y entonces todo el mundo repitió la palabra y oí el chocar de copas unas con otras.

—Ahora ya podemos dejar de aguantar la respiración y pasárnoslo bien —me dijo Stanley.

Sacudí la cabeza.

—Dejaré de aguantar la respiración cuando vuelva a casa y me quite los zapatos. Me están matando.

—Antes de que te los quites, ¿qué tal un baile?

—No bailo.

—Pero yo sí.

Y sin más palabra, me cogió de la mano mientras colocaba la otra en mi espalda.

No, no, no... Esto no está pasando...

No recordaba la última vez que había bailado, por no mencionar bailar con otra persona. Bueno, en realidad sí, pero había sido hacía mucho tiempo y no recordaba cómo se hacía.

El sonido de la música giraba a nuestro alrededor y, de pronto, me di cuenta de que me estaba gustando bailar. Me sorprendió lo fácil que estaba siendo volver a bailar. Con Stanley, no necesitaba recordar los pasos, él llevaba el ritmo, y yo lo seguía.

La gravedad ya no existía. Era como si la música me alzase y me llevase lejos de allí y de ese momento, a un lugar del que no sabía su existencia. Allí me sentía en calma, tranquila incluso. Y si no fuese por el veloz y rapaz sonido de mi corazón, hubiera pensado que estaba en el cielo. Podía oír mis tacones contra el suelo de mármol. En mi mente, recé para no pisarle el pie a Stanley. Sería vergonzoso, aunque él supiera con quién estaba bailando. Pero como siempre, no quería que mi torpeza hiciese destacar las diferencias entre nosotros.

Es cierto lo que dicen, que no importa si eres buen o mal bailarín. Lo que importa es con quién bailes. Y, en mi caso, el compañero era perfecto.

Antes me encantaba bailar así, sintiendo la seguridad del momento, con el hombre al que amaba locamente estrechándome entre sus brazos, diciéndome lo mucho que me quería. Ahora todo eso parecía tan lejano que los recuerdos ya habían dejado de ser dolorosos; las cosas que me recordaban del tiempo en el que fui increíblemente feliz no significaban ya lo mismo. O puede que fuera porque mi corazón era ya tan frío, que no podía sentir.

Pero los corazones fríos no palpitan tan rápido ante el roce de alguien a quien apenas conoces...

Tragué saliva al sentir que otra oleada de miedo me recorría la espalda. Tras el accidente, nunca había dejado que ningún hombre se me acercase tanto. Ni qué decir tiene que mi vida amorosa era inexistente. Pero siempre he sabido cuándo un hombre estaba interesado en más que limitarse a hablar conmigo. Nunca respondí a esas invitaciones invisibles. Por motivos evidentes, hace mucho que dejé de creer en ellas.

Pero esta noche... Esta noche me sentía como si nunca hubiese creído en nadie como creía en ese hombre con el que estaba bailando. Me hacía sentir segura. Y para alguien como yo, era casi como enamorarse, solo que sin amor de verdad de por medio.

—¿En qué piensas? —me dijo Stanley al oído. La forma en la que su respiración acariciaba mi oreja hizo que sintiese cosas raras en la tripa. Era como si las mariposas que llevaban años dormidas hubiesen vuelto a despertar. Lo que no era posible, ¿o sí?

—Estoy intentando decidir si me gusta o no esto de volver a bailar.

—¿Y?

Lo medité un instante.

—Creo que es lo más emocionante que he hecho en dos años.

Pude escuchar una sonrisa en sus palabras.

—Me alegro de haberme convertido en el motivo de tu entusiasmo. ¿Quieres saber en qué llevo pensando todo el tiempo que he estado bailando contigo?

—Me muero por saberlo.

—No creo que nunca me haya estado permitido tocar nada tan hermoso como tú.

El calor me subió a las mejillas.

No es que hubiera dejado de recibir piropos tras quedarme ciega. Pero hasta esta noche, nunca había sentido que quisiera oírlos. Cuando, por otra parte, el pánico se disparó. Por muy estoica que fuera, y por muy fastidiosamente segura de mí misma que fuera según mi hermana, me había olvidado de sentir ciertas cosas. Las eliminé de mi vida y juré no volver a dejar que me afectasen.

Obviamente, mis batallas interiores no significaban nada en lo que se refería a resistirse al doctor Stanley Burke. Él tenía la llave de la puerta que, estaba segura, permanecía cerrada y olvidada desde hacía mucho.

Esa noche la puerta se vino abajo, como si hubiese estado hecha de cristal que se rompió en minúsculos pedazos y me hubiese dejado desnuda ante los ojos de todos. En cualquier otra situación, me sentiría incómoda, y es probable que me muriese de ganas por envolverme en una manta y tapar lo que prefiriese mantener oculto. Cosa rara, ahora no necesitaba una manta. De hecho, lo que más quería era que todos mis secretos fueran revelados...

Stanley

El rubor abrasó sus mejillas, recordándome a una flor en primavera, tan excepcional que solo pudiera encontrarse en las montañas, donde permaneciese oculta de la vista de todos durante la mayor parte del año, y solo de vez en cuando agraciase al mundo con su delicada belleza.

Daría cualquier cosa por hacer que el tiempo se detuviese, para disfrutar de lo que estábamos compartiendo ahora durante algo más que una sola canción. Era complicado hallar las palabras adecuadas para describirlo, pero sabía que había algo entre nosotros. Aunque ninguno de los dos estuviese preparado para afrontarlo o admitirlo.

El baile casi había acabado, y yo ya echaba de menos sostenerla entre mis brazos. Sabía que no estaba siendo del todo sincero con ella cuando dije que necesitaba que estuviera a mi lado porque tenía mucho miedo de hablar en público. Había razones puramente egoístas para mantenerla cerca. No tenía ni idea de cómo explicar lo que me estaba pasando, pero no podía evitarlo, y lo que era más raro aún: me gustaba mucho más de lo que hubiera imaginado.

Cuando la canción hubo acabado, la solté, pero permaneció cerca. Sabía que ella lo necesitaba, y era totalmente comprensible. Yo odiaba cuando alguien me sacaba de mi zona de confort, pero en el caso de Ivy, venir a la fiesta no solo era salirse de su zona de confort. Era casi como escalar la torre Eiffel en menos de diez segundos. Un segundo puedes sentir el suelo bajo los pies, y diez segundos después, estás en lo más alto de la torre, donde todo en lo que crees parece nuevo y un poco surrealista. No sabía lo que era para ella estar aquí esta noche, pero de

una cosa estaba seguro: su presencia me había alegrado la noche, y lo único que quería era hacer que durase para siempre.

Cuando oí que mi hermana me llamaba, de repente me arrepentí de haberla invitado a la fiesta. No me malinterpretes, quería que estuviese aquí y me alegraba de volver a verla. Pero algo me decía que no dejaría pasar lo del baile con Ivy así como así.

Me acerqué a Ivy una vez más y la rodeé con el brazo, sintiendo que tenía que protegerla de la mirada penetrante de Crystal, que si tuviera el poder del fuego, habría dejado un agujero en la espalda de Ivy.

—Pensaba que habías dicho que nos echabas de menos —dijo, echándole una mirada significativa a la mano que tenía en la cintura de Ivy—. Pero ya veo que nuestra presencia aquí es del todo innecesaria.

Puse los ojos en blanco y le di dos besos en las mejillas.

—Sabes que no. Tenía muchas ganas de veros a ti y a tu barriga en crecimiento. —Se la toqué con cuidado a través de la tela de su vestido color caramelo—. Aún no me creo que vaya a ser tío.

Sonrió.

—Yo tampoco.

Entonces me volví hacia Ivy, que parecía algo perdida y de repente me preocupé.

Espero que Crystal no diga nada que haga que se arrepienta de haber venido a la fiesta. Mantente neutral, hermana. Por favor, pórtate bien.

—Esta es Ivy Ryan —dije—. Es la hermana de Emery. —No es que mis palabras apaciguasen la evidente curiosidad de mi hermana, ni explicasen por qué no podía mantener las manos alejadas de Ivy.

—Es un placer conocerte. Soy Crystal, la hermana de Stanley. Y este es Liam, mi marido.

Eso es, hermana. Educada y con buenas formas. Esos son tus apellidos, ¿verdad?

—El placer es mío. —Ivy sonrió, yendo de donde se encontraba Crystal a donde estaba Liam. Si no la conociera, no me creería que era ciega.

Mi hermana volvió a hablar.

—¿Y cuánto tiempo lleváis... bailando?

A la mierda sus buenas formas. Es mejor que seas la sabionda de siempre, ¿a que sí?

Las cejas de Ivy se arquearon en un silencioso “¿perdona?”.

—Olvidalo —dije, abrazándola con más fuerza. Para cambiar de tema, eché un vistazo por la habitación y pregunté—: ¿Dónde están Kameron y Elizabeth?

—Allí —dijo Liam, señalando hacia una de las mesas—. Hablando con Jeff. Nos acaba de contar lo de su inminente boda.

—¿Su qué? —pregunté, anonadado.

—Hemos tenido la misma reacción ante la noticia —dijo Crystal—. Jeffrey se casa. ¿Te lo puedes creer?

—¿Por qué es tan difícil de entender? —preguntó Ivy. Volvió la cabeza hacia mí, indecisa, probablemente, de a quién dirigirle la pregunta. Estaba haciendo su papel a la perfección esta noche. Me pregunté cuánto tardarían todos, incluida mi hermana, en darse cuenta de que no podía verlos.

—Hace mucho que Jeffrey juró no casarse nunca —contesté—. Una vez dijo que ponerle un anillo en el dedo a una chica sería lo último que hiciera en la vida.

—La boda es en un mes —dijo Crystal—. O su prometida está embarazada, o tu querido amigo está perdidamente enamorado de ella, lo que es casi increíble. —Después se giró hacia Ivy y dijo

—: venga, muñeca, te voy a presentar a Liz y Kameron. Algo me dice que se están muriendo de ganas por saber más sobre ti.

Igual que tú, pensé.

—No te preocupes, yo te acompaño —le dije a Ivy en voz baja.

Ella se relajó visiblemente y asintió. Entrelacé los dedos con los suyos y seguimos juntos a Crystal y a Liam hasta donde estaban sentados mis amigos.

—Parece que tu boda es el notición de la noche —le dijo mi hermana a Jeffrey, tras lo cual asintió en mi dirección.

Respondí con una mirada significativa que ella ignoró, como de costumbre.

Jeff sonrió con complicidad y echó a Ivy mirada de arriba abajo que me alegré de que no pudiera ver. Después asintió de forma aprobatoria, al igual que Kameron, que se levantó para presentarse.

—Enhorabuena por la boda —dijo Ivy, evidentemente, pensando que era Jeff quien se acercaba.

Kameron soltó una risita.

—Eh, gracias, pero no creo que a mi mujer le pareciesen bien mis intenciones de casarme con otra.

Ivy se puso tensa.

—Este es Kameron —dije—. Kameron, esta es Ivy.

—No esperaba que Stanley nos presentase a su novia esta noche, pero me alegro de no habérmelo perdido.

—Stanley y yo solo somos amigos —dijo Ivy, con una sonrisa tensa. No cabía duda de que lo único que quería hacer ahora mismo era salir corriendo. Movié los ojos como si quisiera mirar a cualquier otra parte salvo a mis amigos. Ahora que sabía cómo funcionaba su “técnica de fingir”, me daba cuenta de cada trquito.

—Dadles un respiro, chicos —dijo Elizabeth. Se acercó y me besó en las mejillas—. Enhorabuena, Stan. Has hecho un gran trabajo con la clínica.

—Gracias. Por lo menos hay alguien que se acuerda de cuál es el verdadero motivo de este evento.

Crystal sacudió la cabeza y sonrió a sabiendas de que esas palabras básicamente iban dirigidas a ella.

Me volví hacia Jeff.

—¿Y cuándo es el gran día exactamente? ¿Estamos invitados a presenciarlo?

En ningún momento dejé de observar a Ivy por el rabillo del ojo. Su mirada verde volvía a estar perdida. ¿En qué pensaría esta vez? Esperaba que sus pensamientos no tuvieran nada que ver con algo de lo que se hubiese arrepentido. No quería que tuviera nada de lo que arrepentirse esta noche.

Jeff dijo algo sobre mandar las invitaciones. Asentí distraído, porque mis pensamientos seguían con Ivy. Si ella fuese un libro, con gusto devoraría las páginas, todas y cada una de sus líneas, independientemente de lo que contasen sus palabras. En momentos como este, pienso que ojalá pudiera pasar una página y llevarme toda la oscuridad que ensombrecía sus delicados rasgos. Ay, si pudiera hacer algo para ayudarla...

Suspiré, y ella lo oyó enseguida.

—¿Va todo bien? —preguntó—. ¿He hecho algo mal?

Involuntariamente, la arrimé hacia mi pecho y le besé el pelo.

—No, no has hecho nada mal. Es que... De repente me he dado cuenta de que me gustaría estar en otro sitio ahora mismo.

—¿Dónde exactamente?

—En alguna parte donde no nos hiciera falta fingir...

Crystal me miró pensativa. A pesar de no poder oír de lo que Ivy y yo estábamos hablando, sabía que era demasiado delicado como para compartirlo con nadie. La comisura de sus labios se alzó al comprender en silencio. Ella y yo habíamos estado muy unidos. Sabía que podía contarme cualquier cosa, al igual que yo sabía que podía compartir con ella todos mis secretos y nunca serían revelados. Aunque algunas cosas, como lo que hubiera entre Ivy y yo, prefería no compartirlas con nadie. Esta noche era la segunda que nos veíamos, pero a mí me parecía como si la conociese desde hacía mucho. No quería ponerle nombre a lo que nos unía, pero sabía que había algo fuerte e invisible que tiraba del uno hacia el otro y, para ser sincero, no tenía la voluntad necesaria para resistirme. Al contrario: quería que me tragase entero. ¿Era una locura? No sabía la respuesta. Lo único que sabía era que dos días con Ivy Ryan habían sido más que suficientes para hacer que quisiera pasar mucho más tiempo con ella.

Charlamos y reímos, y más de una vez me percaté de que me estaba ahogando en ella: en su belleza, en su voz, en la forma en la que reaccionaba ante mi cercanía. Apuesto a que si todo el mundo desapareciese y nos quedásemos solos, no notaría la diferencia. Ella seguiría siendo lo único hermoso de lo que no podía apartar los ojos.

La fiesta se alargó. Yo seguía mirando el reloj, preguntándome si sería de mala educación marcharme antes que los invitados. Ivy había dicho que se quería ir, así que no tuve otra elección que avisar a Emery y acompañar a ambas a la puerta. Yo también quería irme. No porque estuviese cansado de que los invitados me hicieran preguntas sobre mi trabajo, o por los constantes chistes de mis amigos al respecto; no podía dejar de pensar en la forma en la que Ivy me había mirado antes de marcharse. Puede que ella no lo supiera, pero sus ojos tenían el poder de hablar. Y me decían mucho. Puede que más de lo que estaba preparado para oír...

Ninguno de mis amigos ni Crystal dijeron nada sobre Ivy. Cuando los invitados comenzaron a irse y fui a mi despacho a coger algunas cosas antes de irme a casa, mi hermana llamó a la puerta y entró.

—Hola, jefazo. ¿Cómo estás? ¿Te lo has pasado bien?

—Y tanto. ¿Y tú?

—La fiesta ha sido genial, seguro que le ha encantado a todo el mundo. Excepto a una persona... —Se acercó a mi mesa y se apoyó sobre ella de brazos cruzados—. ¿Cómo lo hace?

—¿Perdona? —pregunté, anonadado.

—¿Cómo hace lo de no parecer ciega? Nadie se ha dado cuenta de que no podía ver.

Me levanté de la silla y sonreí levemente.

—Pero tú sí te has dado cuenta.

—Soy muy observadora, ¿sabes?

—Lo sé. Pero no tengo ni idea de cómo responder a tu pregunta. Hoy ha sido la segunda vez que Ivy y yo nos vemos, y solo ha habido unas pocas veces en las que he notado signos de ceguera asomando en su “espectáculo” perfectamente planeado.

—Ha hecho un gran trabajo en ocultar su pequeña imperfección. Estoy muy impresionada, de verdad. ¿Es ciega de nacimiento?

—No. La ceguera fue el resultado de un accidente de coche.

—Pobre chica... Ni me imagino cómo tiene que ser estar en su lugar. Pero ¿sabes qué? Es imposible no admirar la forma en la que lo lleva, ¿verdad? Me refiero a que su aspecto y la forma en la que habla y actúa son como si nada hubiese pasado. ¡Y lleva tacones! ¿Cómo es posible?

—Lo único que sé es que ha tenido que trabajar muy duro para ser quien es ahora.

Crystal asintió.

—Me lo imagino. —Me pasó una mano por la cintura y añadió—: te gusta, ¿verdad? No respondas, ya sé que sí. Y no me refiero a compasión. No has hablado con nadie ni has mirado a nadie excepto a ella. En cualquier otra situación me sentiría ofendida, pero... Nunca te he visto mirar a una chica como la miras a ella.

Sonreí, recordando el momento en el que había visto a Ivy ese día en mi despacho. Si pudiera retroceder en el tiempo y congelarlo en ese instante, lo haría.

—Es especial —dije en voz baja—. Todo en ella es especial. Supongo que eso es lo que me atrae de ella. Es diferente y me gusta. Nunca he conocido a nadie como ella. No te imaginas las ganas que tenía de que ella estuviera aquí esta noche. No sé por qué. Simplemente sabía que el que ella estuviera aquí significaría mucho para mí. Me ha alegrado la noche. No te ofendas. Me ha encantado veros, pero cuando he entrado en la sala de espera y la he visto ahí, me he sentido muy feliz. ¿Es raro? ¿Crees que me estoy volviendo loco?

Crystal echó a reír y me dio unas palmaditas en la espalda.

—Y tanto que sí. Tú intenta no pensar en ella cuando estés haciendo otra operación de cirugía plástica. Si no, todo el mundo acabará pareciéndose a Ivy Ryan. Y conociendo tus talentos, las copias se parecerán mucho a la original. Por cierto, Liam y yo nos vamos a quedar en Washington una semana más. Liz quiere que le busque telas para su nueva colección, y Liam no me puede dejar aquí sola. Así que he pensado... ¿Qué te parece cenar con nosotros un día de estos? Puedes invitar a Ivy si quieres.

—No creo que sea buena idea. No me conoce tanto como para fiarse de mí con cenas familiares.

—Si no se fiase de ti, no habría venido aquí esta noche.

CAPÍTULO SEIS

La semana se alargó: trabajo, casa, trabajo, casa y más trabajo. *Mucho* más trabajo.

Para cuando llegó el viernes, me daba la sensación de que no había trabajado tanto... nunca. Emery entró en mi despacho con una taza de té en las manos y la colocó junto a mi portátil sin decir palabra. Mis ojos apenas veían nada, teniendo en cuenta que había pasado cinco horas mirando a la pantalla, leyendo todas las historias que había encontrado sobre gente que había recuperado la vista tras perderla.

—¿Qué haces? —preguntó con curiosidad.

—¿Me podrías traer el historial médico de Ivy? —le pregunté a modo de respuesta.

—¿Para qué?

—Necesito saber los detalles.

Emery se sentó delante de mí.

—No tiene sentido ni intentarlo.

—¿A qué te refieres? —Alcé la vista y me la quedé mirando desde el otro lado de la mesa.

—No quiere que nadie vuelva a sacar el tema. Ninguno de los médicos con los que hablamos hallaron razones físicas para su ceguera. Decían que un día recuperaría la vista. Pero como ya sabes, el milagro nunca ocurrió. Escondió los documentos con su historial médico, o puede que los quemase, no lo sé. Dijo que no necesitaba más citas médicas para volver a oír lo mismo una y otra vez.

—Ah... Pero ¿crees que podrías intentar buscarme esos documentos? Me gustaría leerlos.

—Stanley... —Bajó la mirada a las manos—. Nunca te he contado nada de Ivy. Pero hay una cosa que deberías saber sobre ella: odia que la gente meta las narices en su vida. Incluso aunque parezca que está bien cuando habla de cómo consiguió dejar atrás el pasado, odia recordarlo. Aunque sea solo un recuerdo. Por no hablar de debatir sobre su diagnóstico.

Me recliné en mi silla y me crucé de brazos.

—No voy a *meter las narices* en su vida. Quiero ayudarla. O, por lo menos, intentar ayudarla.

Emery sacudió la cabeza y se levantó del asiento, dando a entender que la conversación se había acabado.

—Olvidalo, Stanley. No te lo va a permitir.

—¿Puedes decirme cómo ponerme en contacto con ella? Prometo no mencionar el accidente ni sus consecuencias.

Ella dudó un momento, pensando probablemente en todas las posibles consecuencias de ese pequeño favor. Finalmente, dijo:

—Ivy me va a matar. —Después cogió su teléfono y me mandó un mensaje con el número de su hermana.

—Gracias.

—No hagas que me arrepienta —dijo a modo de advertencia.

Sonreí.

—Seré bueno, te lo prometo.

No iba a dejar de lado la idea de ayudar a Ivy. Tenía que saber más sobre su caso, y pretendía conseguir la información que necesitaba, si no era a través de Emery lo sería a través de alguien que supiera dónde estaba. Y no es que fuese a mencionarle el plan a mi secretaria.

Había otra razón por la que quería volver a ver a Ivy. No puedo decir que fuese totalmente inocente, pero... no hacía falta que su hermana se enterase. Una parte de mí echaba de menos a la chica a la que apenas conocía, y tenía que arreglarlo. Ahora mismo.

Esperé a que Emery saliese de mi despacho y marqué el número de Ivy. No esperaba que cogiese justo después del primer tono.

—¿Hola? —dijo por el teléfono.

Dios, su voz... Me provocaba sensaciones raras. Era radiante como una puesta de sol, podría estar todo el día escuchándola.

—Hola —dije, sin saber bien cómo empezar la conversación. De repente me sentía como si se me hubiera olvidado todo lo que iba a decir.

—¿Stanley?

Me sorprendió ver que me había reconocido tras una única y corta palabra.

—Sí, soy yo...

—¿Cómo has conseguido mi número?

—¿Importa?

Hizo una pausa.

—No...

Bajé la vista hacia mi reloj, preguntándome que estaría haciendo ahora.

—¿Has cenado ya? —pregunté por el auricular. Estaba muerto de hambre y el exigente sonido que hizo mi estómago cuando mencioné la comida lo confirmó.

—No he tenido tiempo de pensar en comida. He estado ocupada trabajando.

—¿En qué?

—Una empresa para la que trabajaba me suele pedir ayuda a veces. Ya no puedo diseñar para ellos, pero puedo ayudarles con buenas ideas.

—¿Y qué se te ha ocurrido esta vez?

De pronto, quería saberlo todo sobre su día, empezando por cómo amaba su café, hasta lo que se ponía para ir a la cama. Tenía particular curiosidad por lo último.

—Ese es el problema. No se me han ocurrido ideas.

Sonreí.

—No me puedo creer que me estés diciendo que te falta imaginación.

—Ni yo —dijo, algo decepcionada—. Nunca me había pasado. Pero ya se me ocurrirá algo luego. Seguro. Y dime, ¿qué tal tu semana?

—Agitada.

—Me lo imagino. Seguro que tienes la agenda llena para los próximos cinco años o así.

—Emery se está encargando de eso. Pero no me hace falta mirar la agenda para saber que no tengo más trabajo hoy. Así que... ¿Qué te parece cenar conmigo?

No hubo respuesta.

—¿Ivy?

—Sí. Estoy aquí. Es que... No sé qué decir.

—Di "sí". —Y al igual que la noche en la que la invité a la fiesta, estaba listo para suplicar por su "sí".

Se rio.

—Vale... Sí... ¿Por qué no?

Me sentía como si fuera el rey del mundo. ¿Por qué me afectaba tanto todo lo relacionado con ella? ¿Cuándo había sido la última vez en la que había disfrutado tanto hablando con una chica?

—¿Cuál es tu dirección? Te recojo en una hora.

Dictó su dirección y mis ojos se abrieron como platos mientras miraba el papel que tenía en la mano.

—Somos vecinos, ¿sabes?

—¿A qué te refieres? Conozco a todos los que viven en mi portal y estoy segura de que no eres uno de ellos.

—Me refiero a que vivo a solo unas manzanas de ti. ¿Cómo puede ser que nunca nos hayamos conocido?

—Probablemente porque vivimos en Washington y es raro que la gente aquí le preste atención a quien se le cruza. Además, soy muy casera. Rara vez dejo mi guarida.

—Al menos ahora ya sé dónde vives y puedo hacer que la abandones más a menudo.

—Las probabilidades de que no lo consigas son muy altas.

—Pero esta noche no me ha costado que vengas a cenar conmigo.

—Estoy muerta de hambre y tengo la nevera vacía, así que estoy un poco desesperada.

—Así que has accedido a salir conmigo por desesperación... Genial.

Soltó una risita.

—Seguro que no es a lo que estás acostumbrado. Las chicas tienen que estar bombardeándote el teléfono con invitaciones explícitas.

—¿Por qué lo dices?

—Emery me ha contado alguna que otra cosa sobre ti... doctor Burke.

—Ay, no... ¿Cómo ha podido? Me voy a morir de vergüenza.

—No te preocupes, en realidad solo me ha contado una historia.

—Pero te ha hecho creer que soy un cerdo con “C” mayúscula. Emery debe de haber elegido la peor historia para contarte. ¿Qué tipo de amiga es?

—Ya vale de hablar. Espero que me encuentres algo de comer antes de que muera de inanición y pierdas la oportunidad de hacer que cambie mi opinión sobre ti.

—Pensaba que con la fiesta del lunes habría sido suficiente para eso... Al parecer no debería haber sacado conclusiones precipitadas. Ya voy —dije antes de finalizar la llamada.

Habían pasado cuatro días desde la última vez que había visto a Ivy, y no podía dejar de pensar en ella. Por aquí, por allí, siempre veía algo que me recordaba ella. Y cada vez que entraba en mi sala de espera mi mirada se detenía en la placa con mi nombre que había en la puerta de mi despacho, no podía sino recordar el momento en el que la había visto leyéndola. Todavía me quedaba sin respiración ante el recuerdo de esa escena. Me sentía atraído hacia ella con un seductor trance que me elevaba sin esfuerzo. Cuando estaba con ella, todo parecía desvanecerse en comparación con lo que veía en ella. A veces, me preguntaba si eso significaba mucho más que a lo que estaba dispuesto. No dejaba que ese pensamiento penetrara muy profundamente en mi piel. Aquí y ahora, lo que quería era disfrutar de mi tiempo con ella.

Unos cuarenta minutos después, aparqué el coche en el garaje de mi bloque, con idea de caminar hasta donde vivía Ivy. Había un pequeño restaurante a la vuelta de la esquina, así que pensé en llevarla allí. Pero ella tenía una idea mejor...

“¿Qué tal espaguetis con salsa de setas?”, me preguntó por mensaje.

“¡Me parece fenomenal!” ¿Sabía que me encantaba la comida italiana?

Hallé la respuesta a mi pregunta cuando llegué a la puerta de su apartamento y vi que un repartidor dejaba unas bolsas junto a ella. Estaba a punto de tocar el timbre cuando le detuve.

—¡Espera! —dije—. ¿Cuánto te debo?

—¿Vives aquí? —Señaló la puerta de Ivy.

Asentí como respuesta.

El chico comprobó el pedido y me dijo el total. Le pagué por la comida y se fue.

Respiré profundamente y toqué el timbre. Me sentía incluso más nervioso que antes de la fiesta del lunes, lo que era raro porque, bueno, no era una cita, y aunque lo pareciera, y mucho, nunca me había puesto nervioso antes de una cita.

¡Crece ya, tío! Por Dios, que no tienes quince años.

Ivy abrió la puerta y frunció el ceño.

—¿Stanley? Pensaba que sería el repartidor.

—¿Cómo sabes que soy yo?

—Por tu colonia. —Sonrió.

—Claro.

—Y has traído mi pedido.

Miré las bolsas que tenía en las manos.

—Supongo que estoy haciendo doble turno esta noche: de invitado y de repartidor.

—Si sacas la comida y la calientas, serás el mejor del mundo para mí.

Me encantó la forma en la que lo dijo. Hizo que un placentero calor se asentase en mi corazón.

Entré en el apartamento e, inclinándome hacia su rostro, dije:

—Quién iba a decir que complacerte iba a ser tan fácil. Después de lo que tu hermana me había dicho de ti...

Se puso las manos en las caderas y dijo:

—¿Y qué es exactamente lo que te había dicho de mí?

—No voy a soltar palabra. Al fin y al cabo, tienes toda la noche para hacer que cambie mi opinión de ti.

Ella sacudió la cabeza con una sonrisa más radiante que nunca.

—Dudo que lo que sea que Emery te ha dicho se pueda borrar con una sola noche.

—¿Y quién ha dicho que solo vaya a ser una noche?

Ella no podía verme, pero lo que yo vi en sus ojos me hizo querer dejar las malditas bolsas y abrazarla. Llevaba unos vaqueros extra grandes, con desgarros aquí y allá, y una sencilla camiseta con cuello en V. Tenía el pelo recogido en una coleta despeinada, y sus labios brillaban con un apenas visible brillo de labios rosa pálido que hacía que su color de labios fuera un poco más intenso que su color natural.

—Deja de ligar conmigo, doctor Burke. Si has escuchado atentamente a mi hermana, deberías saber que soy dura de roer.

—Ya, bueno, ya me ha dado tiempo a darme cuenta de eso por mí mismo. Los hombres no tienen ninguna oportunidad en impresionarte, señorita Ryan. —Suspiré—. Quién sabe, puede que sea el hombre adecuado para cambiar eso.

Ella echó a reír.

—Estás aquí para alimentarme, no para impresionarme.

Ni te imaginas...

—La cocina está aquí. —Señaló a una de las puertas a mi derecha—. Siéntete como en tu casa. Tengo que hacer una llamada. Tengo una idea para el proyecto con el que mi jefe necesita ayuda.

Así que voy a dejarte un rato a solas en la cocina.

—Vale. Tómate tu tiempo.

Eché un vistazo por su espacioso salón, que daba a la terraza. Seguro que desde ahí fuera se veían las ventanas de mi propio apartamento. Los edificios en los que vivíamos estaban a lados opuestos de la carretera.

Al ir a la cocina me sorprendió la cantidad de libros de cocina que tenía. ¿Le había encantado cocinar? No me sorprendería.

Dejé las bolsas en la mesa y empecé a sacarlas. Dentro había una botella de vino tinto, dos porciones de espaguetis con salsa de setas, filetes de pollo y helado de chocolate. Se me hizo la boca agua. Juro que esta chica sabía todos mis secretos, desde mi personalidad, que podía conocer por la fragancia que usaba, hasta mis preferencias culinarias sobre las que no le había dicho ni una palabra.

Había una luz roja parpadeando en un pequeño lector de CD que había sobre la mesa. Estaba en *pause*. Con curiosidad, le di al *play* y resultó ser un audiolibro. Por lo que pude oír antes de que Ivy entrase en la cocina, era una de las historias de James Bond.

—No me puedo creer que la adicción sea tan grande —dije con una sonrisa.

—¿Te puedes creer que es la primera historia de James Bond que oigo?

—No.

—Vale. Me has pillado. Me encanta James Bond y tienes razón, la adicción es incurable.

Mi adicción estaba empeorando con cada segundo que pasaba, y me pregunté si algún día sería capaz de hallar la cura...

—¿Le han gustado tus ideas a tu jefe? —le pregunté para distraerme de los pensamientos que llevaban atormentándome toda la semana.

—Siempre le gustan mis sugerencias.

—Seguro que está secretamente enamorado de ti.

Rio.

—Lo dudo. Lleva felizmente casado treinta años ya.

—¿Y qué? Los hombres no tienen remedio en lo que se refiere a mujeres hermosas.

—Dijo un cirujano plástico.

—Que lo sabe todo sobre mujeres hermosas —añadí.

—¿Ah, sí? —Se puso pensativa—. ¿Y qué es lo que te parece hermoso, doctor Burke?

Dudé un instante, mirándola con cuidado.

—La hermosura no es algo que se pueda describir con simples palabras. Si algo te parece hermoso, te enamoras de ello, sin quererlo. Lo miras y no puedes apartar la vista. La belleza te desarma. Es magnética. Tira de ti hacia un vórtice de su radiante magia. No puedes verla, pero sientes que no amarás nada como amas a ese que ves aquí y ahora...

El silencio llenó la cocina.

Para mí, la hermosura era ella, y ella era la hermosura. Una pura obra de arte de suaves y perfectas líneas que la hacían tan especial. Podía quedarme mirándola para siempre.

—¿Sigues teniendo hambre? —pregunté en voz baja, con miedo a romper ese instante inexplicablemente íntimo.

Mientras hablaba, sus ojos estaban clavados en mí. Me atrapaban en su mundo oculto en el que todo era muy diferente a lo que estaba acostumbrado a ver y a sentir.

Se aclaró la garganta y dijo:

—Sí. De hecho, me parece que me voy a desmayar si no hincó el diente en algo rico. Ya.

Sonriendo, dije:

—Vale. Vamos a alimentarte. ¿Dónde tienes los platos?

Llevamos la comida al salón y pusimos todo sobre la mesita de café que había junto al sofá. No podía sino admitir que aún me sorprendía ver con la facilidad con la que Ivy se movía por su casa. Había un montón de muebles, vamos a llamarlos “peligrosos”, en su apartamento. Pero ella actuaba como si pudiera verlo todo muy claramente, e incluso se ofreció a ayudarme con las copas, dijo que sabía dónde ponerlas.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —dije con cautela.

Me dedicó una sonrisa burlona.

—Has tardado casi cuarenta minutos en formular tu primera pregunta bien elaborada.

—¿Cómo sabes que han pasado cuarenta minutos desde que llegué?

—Por el reloj que hay en la pared. Probablemente ni te hayas dado cuenta de que es un reloj de voz. He bajado el volumen para que apenas se escuche. Cuando estás ciego, puedes oír cosas que otros no. Jesse dice que tengo un tercer oído en la espalda, porque cada vez que los niños rompen algo soy la primera persona en oírlo. Vale, y ahora tu pregunta. Y no te preocupes, da igual lo que Emery te haya contado de mí, no te voy a matar con un tenedor si no me gusta tu pregunta.

—Vale. —Dejé escapar el aire con sonoridad a propósito—. Acabas de simplificarme la vida.

Entre suaves risas, dijo:

—Como norma, suelo evitar las preguntas personales, pero contigo se me hace fácil hablar de mi estado y el resto... es nuevo para mí. Nunca dejo entrar a nadie salvo a mi hermana en mi mundo ciego de experiencias.

—Puede que sea porque soy médico, pero no uno de esos que dijeron que no podían curarte.

—Puede ser...

—De hecho, tengo muchas preguntas que me gustaría hacerte, pero no sé por dónde empezar.

—Empieza con algo simple.

No había preguntas simples en mi cabeza. Sabía que cualquiera de las cosas que estaba a punto de preguntar le haría acordarse del pasado. Y no quería molestarla.

—Háblame de tus sueños —dije—. ¿Cómo son?

—Mis sueños están... llenos de colores y de rostros que ya no puedo ver. Me encanta soñar. Es lo único que sigue pareciendo más o menos real sobre mis días y noches de ceguera. Pero ¿sabes qué es lo mejor de ellos? Ya no son pesadillas. Y en mi caso, es un gran alivio.

—¿Y las emociones que sientes cuando estás profundamente dormida?

—El contenido emocional de mis sueños varía. Cuando sueño, puedo sentir enfado, felicidad, incluso excitación. De hecho, los sueños son la única parte de mi vida que no ha cambiado con el tiempo. En mis sueños, puedo ver y sentir todo de la forma en la que lo hacía antes del accidente. A veces tengo muchas ganas de ir a la cama para tener uno o dos sueños. Sobre todo después de los días en los que pasan muchas cosas. Todo lo que siento durante el día se transforma en un sueño. Me encanta. Es como ver una película basada en tu día. Lo revives otra vez, con la única diferencia de que en un sueño tus ojos están bien abiertos y puedes ver todo lo que te rodea.

Sin pensarlo, le hice la primera pregunta que me vino a la mente.

—¿Has soñado conmigo?

CAPÍTULO SIETE

Ivy

Si pudiera retroceder en el tiempo y quedarme en la fiesta de Stanley un poco más, lo habría hecho sin dudarlo. Sin importar lo incómoda que me hacía sentir todo lo demás esa noche. Al menos tendría la oportunidad de pasar más tiempo con él... Era como si nunca estuviese satisfecha de las sensaciones que me atravesaban, demasiado asustada para sofocarme con su cantidad y no volver a sentir nada nunca más.

Mentir no tenía sentido, así que dije:

—He estado soñando contigo desde que nos conocimos donde Emery. —Hice una pausa, sin estar muy segura de cómo interpretar su silencio—. Anoche quería llamar a mi hermana y pedirle tu número para poder llamarte y decirte que dejaras de aparecer en mis sueños, porque por alguna tonta razón, lo único que mi mente me enseña es la imagen borrosa de un tío con traje oscuro cuyo olor me recuerda al océano. ¿Crees que es raro?

—No —respondió en voz baja. Notaba que estaba sentado bastante cerca de mí, y al igual que cuando nos conocimos, su cercanía me provocaba sensaciones extrañas en el cuerpo y en la mente.

Me sentía como si estuviese en constante huida, girándome constantemente y esperando ver que me seguía. Incluso ahora, no tenía ni idea de qué hacía en mi apartamento, excepto por el evidente motivo de que íbamos a cenar. No sabía qué le había llevado a llamarme o qué me había hecho invitarle a mi casa. Lo había hecho sin pensar. Y yo nunca hacía nada sin pensar.

—¿Qué es lo que más echas de menos de tu otra vida? —preguntó.

Mi respuesta era obvia:

—Conducir mi coche.

—Me lo debería haber imaginado —dijo con una sonrisa en sus palabras—. ¿Qué más?

—El sol. No solo la luz artificial, pero ver el sol poniéndose con estrellas o franjas rosas en el cielo. Solía salir a la azotea y quedarme horas sentada, pensando en los nuevos cuadros que podría pintar. Mentes creativas. Están un poco locas, ¿sabes? Nos gusta la tranquilidad, el silencio y todo lo que a otros les podría parecer una locura. La soledad no nos asusta. Nos gusta hablar con nosotros mismos, discutir incluso. Pero al final, siempre andamos buscando algo o alguien que nos inspire. Nos podemos quedar todo el día mirando una hoja en blanco, pensando en las palabras, en los dibujos o en la música que podríamos poner ahí. Después tirarlo a la basura, decir “a la mierda” e ir a por una hamburguesa doble y un refresco de cola.

Hice que estallara en carcajadas.

—Lo recordaré.

—Pero existe una ventaja de ser legalmente ciega: puedo hallar objetos perdidos mucho más rápido que cualquier persona vidente.

—¿De verdad?

—Pregúntaselo a mi hermana.

—Bueno, yo soy un pierde-cosas sin remedio. Nunca sé dónde tengo el móvil, por no hablar de las llaves del coche, que suelo dejar en sitios en los que a nadie nunca se le ocurriría buscar. Una vez las puse en la nevera. Si me preguntas que qué me hizo ponerlas ahí, no seré capaz de responderte.

—Pero en lo que se refiere a tu trabajo lo sabes todo y puedes responder cualquier pregunta, ¿no?

—Es lo que hace de alguien como yo un profesional. Me encanta mi trabajo. Si algo va mal en mi vida, el trabajo se convierte en mi cura. Hago felices a otros y eso me hace feliz a mí también.

—Lo entiendo. Me pasa lo mismo cuando trabajo con los niños. Sustituyen la ausencia de pintura en mis manos con el sonido de sus risas o sus palabras de gratitud. Algunos de ellos son como yo: perdieron la vista y están intentando acostumbrarse a sus nuevas vidas. No es fácil, lo sé por experiencia. Pero no tiran la toalla. Al contrario que yo, no han dicho ni una vez que no quieren vivir la vida así...

Noté que Stanley se acercaba y me cogió las manos entre las suyas, entrelazando nuestros dedos; sus hombros me rozaron.

—¿Qué se siente cuando alguien te coge de la mano? —preguntó.

—¿Te lo creerías si te dijera que rara vez me toca alguien?

—¿Por qué?

—Porque no hay mucha gente en quien confíe. Quedarme ciega me ha vuelto muy cautelosa. Cuando alguien me toca, pienso en todas las cosas malas que eso podría acarrear.

—¿Y yo? No es la primera vez que te toco, pero sigues aquí, sentada en el sofá conmigo, y no has huido de mí.

—Eres diferente... No te tengo miedo, me fío de ti. Haces que me sienta segura.

—Entonces ¿está bien que cuando te toco piense en todas las cosas “malas” que podríamos hacer?

Me reí.

—Depende de lo malas que sean. Solía ir a clases de defensa personal, ¿sabes?

—¿Es una advertencia?

—No. Es información que podría ser útil. Una amiga que fue a esas clases conmigo hizo un chiste una vez diciendo que su novio nunca se pelea con ella porque puede lanzarle por encima del hombro antes de lo que tarda en bajarse los pantalones.

El sonido de su risa vibró sobre mi piel, y su respiración me rozó el cuello. ¿Cómo de cerca estaban sus labios de mi piel? ¿Y si intentaba besarme? ¿Intentaría pararlo?

Seguramente no...

—Quiero intentar una cosa... Ponte de pie. —Se levantó del sofá y tiró de mi mano.

—¿Qué haces?

—Has dicho que te fiabas de mí, ¿verdad?

—¿Puedo retirar lo dicho?

—Demasiado tarde —me dijo al oído.

Entonces me dio la vuelta de forma que quedé de espaldas a él. Se alejó unos pasos de mí y dijo:

—Déjate caer.

—¿Cómo?

—Déjate caer. No es una tarea difícil, ¿no?

Dudé, recordando mis palabras sobre la confianza. Siempre había pensado que llegaría con el

tiempo; solo al conocer a alguien suficientemente bien podías confiar en él. Pero con Stanley, nunca se me ocurrió pensar en el poco tiempo que hacía que le conocía. Había algo en la forma en la que me trataba que hacía que le confiase mi vida.

Cerré los ojos, aunque no cambiaba nada, y me dejé caer hacia atrás.

En dos fracciones de segundo, sentí un torrente de emociones, como el miedo a hacerme daño en la espalda y la libertad de caer en lo desconocido.

Pero cuando los fuertes brazos de Stanley se cerraron alrededor de mí, me di cuenta de algo completamente diferente...

Me levantó con un brazo alrededor de las rodillas y el otro, por la cintura. Alcé las manos y las puse alrededor de su cuello.

—¿Podemos repetir? —pregunté, excitada por la forma en la que me estaba tocando y sintiéndome más tonta que nunca.

—Ya sabía yo que te iba a encantar.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque algo me dice que hace mucho tiempo que no te lo pasas bien de verdad. ¿Cuándo ha sido la última vez que has estado en un parque de atracciones? ¿O que has saltado a una fuente en mitad de un parque con docenas de personas mirándote?

—Ay, Dios, nunca he hecho eso. Y lo del parque de atracciones, supongo que la última vez fue hace unos diez años.

—Vale. Te llevaré un día. ¿Te gusta el algodón de azúcar?

—Me encanta.

—A mí también. —Se quedó callado, e inmediatamente me sentí un poco intranquila.

—Puedes bajarme —dije, sin estar segura de querer dejar la calidez de su abrazo. Resultaba tanto calmante como embriagador. Como si nunca me hubiera sentido tan bien como ahora, con él.

—El problema es... No se me ocurre nada más para dejarte en mis brazos un poco más.

Gracias a dios que no podía ver nada, o es probable que me hubiera perdido en la mirada de esos ojos que sabía que estaban clavados en mí; podía sentir su mirada estudiándome. Intenté acordarme de la última vez que me había sentido tan cohibida, pero no lo conseguí. Ni si quiera cuando besando a mi flechazo del instituto me sentí como pez fuera del agua.

—¿Sabes siquiera lo preciosa que estás ahora mismo?

Eh... Acababa de intensificar mi vergüenza al máximo.

Tras el accidente, hay muchas cosas que cambiaron para mí, incluida la forma en la que me sentía conmigo misma. Antes era valiente, fuerte y audaz. Me lanzaba a cualquier cosa que trajese nuevas emociones. Hice planes sobre mi futuro, soñé con los ojos abiertos de par en par. Y ni una sola vez dudé sobre mi siguiente paso.

Pero ahora mismo, incluso respirar parecía lo más difícil del mundo. El corazón me iba a cien por hora en el pecho y cada pequeña parte de mí vibraba en respuesta a las palabras de Stanley.

Como si quisiese comprobar lo lejos que podía llegar con sus palabras, siguió diciendo:

—Te miro, y el mundo a mi alrededor deja de girar, como si me estuviera dando tiempo para memorizarte, cada una de las perfectas líneas de tus labios, tus ojos, el suave rubor de tus mejillas. Estoy tentado a hacerte hacer cosas que nunca hayas hecho con nadie, hacerte sentir cosas que nunca hayas sentido, hacerte decir las palabras que nunca pensaste que le dirías a nadie, y hacerte soñar los sueños que hagan que quieras llamarme en mitad de la noche para pedirme que venga y me quede contigo hasta que salga el sol. No sé lo que me está pasando, Ivy... No quiero definirlo. Lo único que quiero es sumergirme en ello, dejar que me llene y me lleve. ¿Crees que

eso significa que me pasa algo malo? O a lo mejor es algo que nunca había experimentado antes de conocerte. No lo sé... Sea lo que sea, lo quiero compartir contigo.

—Stanley...

—Y antes de que digas algo, quiero que sepas que no me importa lo poco que puedas ver. — Me dejó en el suelo y cogió mi rostro entre sus manos—. Te lo enseñaré todo con mis palabras, con mi tacto, con mis besos...

Sabía que se aproximaba algo inevitable, pero nunca pensé que fuese tan sumamente perfecto.

Sus labios rozaron los míos, como si estuvieran pidiendo permiso y dándome la oportunidad de pararle.

Se me paró el corazón. Mi cuerpo se quedó inmóvil.

Unos cálidos labios se apretaron contra los míos, firmes y suaves. Mis párpados se cerraron, haciendo que unas maravillosas luces explotaran en mitad de mi interminable oscuridad. Podía saborear el vino en su beso; me dejó ebria y drogada en cero coma cinco segundos. La realidad se evaporó, y lo único en lo que pude concentrarme fue en sus labios moviéndose sobre los míos.

Tenía las manos posadas a ambos lados de él, y demasiado miedo como para moverlas un centímetro arriba o abajo.

Era casi tan bueno como el primer beso con un chico: algo tímido, pero muy tentador, que podía hacer caer las estrellas. Se me había olvidado lo que era estar envuelta en sensaciones que te hacían sentirte a la vez más débil y fuerte que nunca. Se me había olvidado lo que era que me besasen así. No, tacha eso; “así” no lo habían hecho nunca.

El beso de Stanley fue diferente a cualquier otro beso que me hubieran dado a lo largo de mi vida. Profundo y extraordinario, como un volcán que rezumara un líquido humeante sobre mí, quemándolo todo a su paso.

En aquel entonces, no podía ni imaginar lo mucho que ese beso cambiaría. Cambió mis noches, mis mañanas y mi vida en general. Me cambió a mí.

Como si persiguiese cada una de las pequeñas sensaciones que tenía en ese momento, hizo que cada una de ellas se intensificase. Sus labios devoraron los míos, lentamente, inexorablemente. No había lugar para el pensamiento, ni oportunidad de escapar. Solo estaba él, retando mi inseguridad, mis miedos, haciendo que las chispas se convirtieran en fuegos artificiales y un simple beso en algo mucho mayor, más grande que la propia vida.

Sin aliento, rompí el beso para tomar aire.

Con su frente apoyada contra la mía, me acarició el labio inferior con el dedo, como si no creyese lo que acabábamos de compartir y quisiera asegurarse de que era verdad.

—Espléndido —me susurró en la boca—. No esperaba menos.

No sabía qué decir, aún en trance después de aquel beso. Los pensamientos se arremolinaban salvajes en mi cabeza.

—Quiero más —dijo sin aliento—. Mucho más que esto.

Se me hicieron nudos de excitación en el estómago. Cada centímetro de mí se puso tenso.

—Esto es una locura... —Fue lo único que logré decir en voz alta.

El pánico se revolvía en mi interior. Él podía insistir solo un poco más y yo me daría por vencida y dejaría que hiciera conmigo lo que quisiera. Las semillas de tentación que había plantado eran realmente difíciles de ignorar. Mi resistencia comenzó a hacerse añicos.

—No me alejes, Ivy —dijo, aún cerca de mí. Una mano bajó por mi costado y descansó sobre la parte baja de mi espalda, mientras la otra me acariciaba la mejilla para después deslizarse por mi nuca.

Podía sentir el subir y bajar de su pecho; su respiración agitada me acariciaba los labios.

—Incluso aunque quisiera, no creo que pudiese apartarte de mí. Por lo que noto, eres tres veces más grande que yo, y unas diez veces más fuerte.

Sus labios sonrieron contra los míos, y estrechó su abrazo.

—Lo digo en serio, Ivy... No quiero que esto se quede en un solo beso.

—¿Y cuántos besos me quieres robar?

—Todos. Quiero que todos tus besos sean míos.

—Qué egoísta.

—No me siento culpable.

—No puedo prometer nada, Stanley...

—Pero puedes prometerme al menos que pensarás en ello. ¿Verdad?

—Estoy segura al cien por cien de que no voy a poder dejar de pensar en ti, sobre todo después del beso que acabas de darme... Lo que es un recuerdo muy *tentador* que puedo repetir en mi memoria.

Aunque no podía verle la cara, sabía que le había gustado mi respuesta.

—Lo que significa que he hecho un buen trabajo, ¿no?

—Pero qué... —Le di un pequeño puñetazo en el pecho—. Con lo seguro de ti mismo que eres, dudo que alguna vez minimices la importancia de tus trucos de seducción.

—Bueno, soy genial besando. No es un crimen, ¿no?

—No quiero ni pensar en la cantidad de mujeres a las que habrás besado para perfeccionar tus habilidades.

En un susurro, preguntó:

—¿Estás celosa?

—¿Qué? —Resoplé como si fuera la cosa más ridícula del mundo.

—No estás celosa. Vale.

—Parece como si estuvieras decepcionado de oír eso. Pero no voy a postrarme a tus pies por un fenomenal beso que nos hayamos dado.

—Por lo menos admites que ha sido fenomenal. El próximo será mejor.

—¿El próximo? —Me reí—. No tan rápido, doctor. No he decidido nada sobre una próxima vez.

—Aún.

Sacudí la cabeza y me mordí el labio inferior, luchando contra el deseo de iniciar otro beso.

—Lo digo en serio, Stanley. No quiero ir deprisa. Apenas nos conocemos. Y...

—¿Qué?

—Venga, pregúntame lo que quieras sobre mí.

—Vale... ¿Color favorito?

—Tengo dos: verde y ámbar.

—¿Canción favorita?

—*King of Wishful Thinking*.

—¡No fastidies! No me digas que *Pretty Woman* es tu película favorita.

—No. Es *Star Wars*.

—¿Tu estación favorita?

—Otoño.

—¿Algo que nunca harías?

—Dejar a alguien en la estacada.

—¿Tu forma favorita de relajarte?

Se rio por lo bajo.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Vale, déjalo. Siguiendo pregunta...

—Espera. ¿Tengo derecho a hacer algunas preguntas a cambio?

—Luego. ¿Tu postre favorito?

—La respuesta sería la misma que la de la relajación. ¿Quieres oírla?

—Por dios, ¿nunca dejas de pensar en sexo?

—Yo no he dicho que fuera sexo. Lo has dicho tú.

—Cierto. Porque sé que tu respuesta sería la misma.

—Eso no es verdad.

—Ah, ¿en serio? Vale. ¿Cuál es tu forma favorita de relajarte?

—Desde el sábado pasado, eres tú. Lo único que necesito y que quiero hacer, lo quiero hacer contigo. Incluido el relajarme, o cosas que impliquen muchos besos. Y la última parte no tiene por qué acabar en sexo, ¿sabes?

—Ya —dije con toda la duda que podía comunicar en una sola palabra—. Soy lo suficientemente mayor como para saber a lo que pueden dar pie muchos besos.

—Vale, mejor hablamos de otra cosa, porque con la forma en la que reaccionas a lo que estoy diciendo sobre besos, es posible que mis intenciones puras dejen de serlo muy deprisa.

—¿Ves? Los hombres nunca dejan de pensar en sexo. —Retrocedí un paso y me senté en el sofá. Stanley se sentó a mi derecha. Había dejado de tocarme, lo que supongo que era a propósito, pero el calor de su abrazo de hacía un momento aún me mantenía cálida.

—¿Hay algo más que te gustaría saber sobre mí a excepción de lo rápido que nuestros besos podrían convertirse en una obsesión? —preguntó con aire seductor.

Había algo en sus palabras que se extendía con mucho ímpetu, como si sus palabras fueran seducción líquida que corriese por mi piel y dejara todos mis argumentos desarmados; como si fuese incapaz de defenderme de la magia que su voz provocaba en mi interior.

—¿Has estado enamorado alguna vez? —pregunté, tratando de entender qué era lo que me hacía preguntarle eso. No es que quisiera que me contase cosas sobre sus exnovias o las dolorosas historias que hubiera compartido con ellas. Supongo que parte de mí simplemente quería saber si la gente que no buscaba el amor podía sentirlo. Yo también era una de ellos, puede que demasiado sobreprotectora en lo que se refería a mi corazón, pero aún tenía la esperanza de, aunque no fuese intencional, encontrar a la persona capaz de derretir el hielo que lo recubría.

—Muchas veces, de hecho —dijo Stanley—. Pero nunca he querido a nadie tanto como para pasar toda la vida con esa persona. Creo que enamorarse y querer a una persona son cosas diferentes. Espero ser capaz un día de notar esa diferencia.

Me recliné contra el respaldo del sofá y suspiré.

—Hubo un tiempo en el que pensé que mi amor hacia un hombre era lo más fuerte que podría sentir en la vida. Pero hay armas con el poder suficiente como para destruir a alguien sin derramar sangre. Destruyen corazones y almas y los dejan reducidos a nada...

Stanley se quedó quieto durante mucho tiempo. Yo tampoco dije nada.

Nunca le había contado a nadie lo mucho que había dolido la traición de Kurt. Como si perder la vista no hubiera sido suficiente tragedia para mí, se fue sin decir palabra. Como si ya no significase nada para él. Como si yo ya no existiese.

—Tras el accidente sentí como si este infierno de oscuridad no fuese a acabar nunca... — Hablé en voz baja, sin saber bien por qué de repente quería compartir mis recuerdos con Stanley

—. A veces, los sueños eran muy vívidos. Cuando me despertaba, me llevaba unos minutos darme cuenta de que solo eran sueños. En momentos como ese, no quería vivir. Lo único que quería era hundirme en la tierra y no volver a respirar. Más tarde me daba cuenta de que mi única enemiga era la debilidad. Necesitaba hallar la fuerza para combatirla, y lo conseguí.

Acercándose, Stanley tiró de mí hacia su pecho y dijo:

—Lo que hiciste merece admiración. No todo el mundo puede hallar la fuerza para matar a sus demonios interiores.

Sonreí con tristeza.

—Desafortunadamente, no todos los demonios están muertos.

—¿Cómo se siente al... no poder ver ni a la gente ni nada?

—Tiene sus ventajas. Puedo notar todo mucho mejor que aquellos cuyos ojos están sanos. No sé cómo explicarlo, pero cuando alguien nuevo se me acerca, empiezo a “escanearlo”. Su voz, su aroma, la forma en la que me hace sentir. No tengo otra opción que fiarme de la forma en la que me siento hacia ellos. Tanto si estoy cómoda en su presencia como si no. Una cosa que me encanta de estar ciega es lo intensamente que puedes llegar a sentir todo lo que pasa a tu alrededor. Puede que no sea capaz de ver el cielo, pero siempre sé si va a llover.

—¿De verdad? —rió—. La próxima vez en vez de ver el parte del tiempo te llamaré.

—Es el aire el que me ayuda a vaticinar los cambios. La temperatura y las fragancias que puedo oler con tanta claridad allá donde voy. A veces me pregunto si todas esas sensaciones tan fuertes se debilitarían si me volviese la vista.

—Y hablando del tema... ¿Te parece bien si te hago unas preguntas profesionales sobre tu estado?

Me recorrió una oleada de un familiar pánico. Odiaba hablar de la parte médica de mi estado.

—Es incurable, si eso es lo que quieres saber.

—¿Cómo lo sabes? ¿Con cuántos médicos has hablado?

—Con los suficientes como para saber que mi vista está tan perdida como un agradable sueño con los primeros rayos del alba.

—¿Te importa si... le echo un vistazo a tu historial médico? —Hizo una pausa y esperó mi respuesta. Algo me decía que se había sentido temeroso de pedirme el historial médico. En cualquier otra situación, mi respuesta inmediata habría sido “sí, me importa”.

Pero a Stanley le contesté:

—Solo si prometes no hacer promesas. Estoy harta de que los médicos me digan que van a intentar ayudarme y que luego me digan que ha sido en vano.

—Vale. Te lo prometo. Lo leeré y si veo que no hay nada que pueda hacer para ayudarte, me olvidaré de esta conversación como si nunca hubiera ocurrido. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

CAPÍTULO OCHO

Stanley

—Yo también pensaba que Ivy estaría aquí —dijo Crystal al entrar en mi salón.

—Ya te he dicho que nunca me había parecido bien la idea de una cena conjunta.

Liam rio por lo bajo.

—Es ciega, no estúpida. Si quisiese comer, se iría a algún sitio en el que no se sintiese interrogada sobre cómo se las ha arreglado para seducir a tu “inocente” hermano.

Crystal hizo una mueca.

—Dadme un respiro. —Me acerqué a la barra y serví dos vasos de *whisky* escocés, uno para mí y otro para Liam—. Nos acabamos de conocer y no quiero ir muy deprisa. Además, no es una chica cualquiera con la que quiera pasar la noche.

Liam se cruzó de brazos y me miró con detenimiento.

—Hay algo que no nos estás contando, Stan.

—Ya sabéis más de lo que me gustaría.

Crystal y él intercambiaron una mirada.

—Quieres ayudarla, ¿no? —preguntó mi hermana.

Ah, qué bien me conocía.

—No creo que sea posible —dije, dándole un sorbo a mi bebida.

—¿Qué pone en su historial médico? —preguntó Liam.

—Que he sido un tonto al esperar que tuviese cura.

Justo al volver a casa la noche anterior, había abierto los archivos de Ivy y había empezado a leerlos, página por página. Para cuando llegué a la última página eran casi las cuatro de la mañana y me sentía completamente inútil. Volví a leer los archivos, y después, una vez más. Pero no me dieron ni la más mínima esperanza para dar a Ivy algo a lo que agarrarse.

Al fin y al cabo tenía razón, no había nada que pudiera hacer para ayudarla a recuperar la vista.

Crystal se sentó en una silla a mi lado y me acarició la espalda.

—No puedes salvar a todo el mundo, Stan.

—Ya lo sé, pero la esperanza es lo último que se pierde.

—Hay cosas para las que puede que no estés cualificado para cambiar —dijo Liam—. No eres oftalmólogo.

—Quiero enseñarle sus informes a uno de los médicos con los que trabajaba en el hospital. Hizo varias operaciones exitosas en la esfera. Es posible que pueda decirme algo que no haya leído ya en internet. Y creedme, he leído todas las malditas páginas web que describen un caso similar al suyo.

—Cada caso es diferente —dijo Liam—. Tú, de entre todos, deberías saberlo ya.

—Y es por eso precisamente por lo que sigo con esperanzas.

—Si necesitas mi ayuda aquí me tienes.

—Gracias, tío. Aún no tengo ni idea de cómo ayudarla, pero si existe una pequeña posibilidad de hacerlo, no dejaré que se me escapé entre los dedos.

Justo en ese instante, me sonó el móvil.

—¿Hola? —dije por el aparato.

—¿Señor Burke? Soy Fiona, ¿se acuerda?

—Cómo iba a no acordarme. —Sonreí al escuchar la voz de la señora Sparks. Era la vecina de Ivy de abajo, a la que había conocido la noche anterior. Su hija tenía un apartamento justo al lado del de Ivy y, por lo que sabía por la conversación que había oído sin querer mientras estábamos en el ascensor, iba a venderlo.

Fiona volvió a hablar.

—Millie le ha dado una vuelta a su oferta y está lista para cerrar el trato.

—¿De verdad? ¡Qué buena noticia! —Me levanté y empecé a andar de un lado a otro con impaciencia—. ¿Cuándo podemos firmar los documentos?

—¿Qué tal el martes por la mañana?

—Perfecto. Mi abogado y yo estaremos ahí a las diez de la mañana. ¿Le parece bien?

—Sí, claro. Gracias, señor Burke. Hasta la semana que viene.

—Adiós. —Colgué el teléfono y sonreí a mi hermana—. ¡Me mudo!

—¿Cómo?

—He encontrado otro apartamento y estoy deseando mudarme.

—Espera. ¿Por qué tanta prisa? Pensaba que te gustaba tu casa.

Hice una mueca de dolor.

—La verdad es que nunca me ha gustado. Pero ya no importa. Espero que los nuevos propietarios tengan más suerte que yo cuando vivan aquí. Y ahora tengo que empezar a hacer las maletas.

—¿Ahora mismo? —preguntó Liam.

—Sí. ¿Me ayudáis?

—Conmigo no cuentas —dijo Crystal mientras se frotaba su barriga en crecimiento—. Lo único que puedo hacer es escribir en las cajas. ¿Tienes cajas para ir metiendo tus cosas?

—Mierda... No.

—Entonces supongo que lo de hacer las maletas no va a ocurrir hoy.

Maldije en voz alta.

—Tienes razón. Habrá que esperar a mañana.

—¿Y cuándo te las has arreglado para buscar un nuevo apartamento? Pensaba que estabas ocupado con la clínica.

—Ha sido una decisión espontánea. Bueno, había estado pensando en buscar otro sitio, pero anoche, cuando me estaba marchando de casa de Ivy...

—Espera, ¿estuviste donde Ivy anoche? —preguntó Liam con una evidente curiosidad en cada palabra—. ¿Qué hacías ahí?

—Comer. Pero lo que iba a decir es que oí a sus vecinas hablando de vender uno de los apartamentos del bloque, así que fui a verlo y me encantó.

—¿Te encantó el apartamento o el hecho de que esté en el mismo bloque que el de Ivy? —preguntó Liam con una sonrisita.

—Ambos. —Sonreí.

—Ay, señor... —Crystal sacudió la cabeza—. Estás perdiendo la cabeza por esa chica.

—No. Ha sido solo una fortuita coincidencia que su vecina quisiese vender el apartamento y que yo lo necesitase tanto.

—Ya... —La duda era evidente en los ojos de mi hermana—. ¿Entonces qué es lo que vas a hacer ahora? ¿Seguir todos sus pasos?

—No soy un acosador, si eso es lo que insinúas. Solo quiero... saber más de ella y de su vida. Solo eso. Y no vuelvas a decir “ya”. Sé que no os creéis una palabra de lo que os estoy diciendo. Pero estoy siendo sincero con vosotros. Sois las personas más cercanas que tengo en el mundo. ¿Por qué iba a mentirosos?

Una vez más, intercambiaron una mirada significativa.

Puse los ojos en blanco.

—Da igual. En serio. Pensad lo que os dé la gana.

—Bueno, gracias por el permiso —dijo Crystal—. Solo una cosa más, Stanley... No hagas nada que pueda herir sus sentimientos. Ya sabes a lo que me refiero. Ya ha sufrido bastante en la vida. Puede que no se esté dando cuenta de lo peligroso que es el juego al que estáis jugando. Pero en este caso en particular, tú serás responsable de cómo acabe. Piénsatelo dos veces antes de dejarla entrar en tu mundo. Puede que acabe siendo un poco diferente de lo que crees.

—Sé lo que hago, Crystal. No voy a hacerle daño. Lo único que quiero es pasar un poco más de tiempo con ella.

—¿Incluso aunque tu tiempo con ella esté limitado? —preguntó Liam.

No quería hablar de límites. Parte de mí sabía que Crystal podía tener razón y que Ivy no se diese cuenta de que dejarme entrar en su mundo tendría consecuencias desconocidas. Por mi parte, no tenía ni idea de que no iba a poder mantenerme alejado de ella, apartarme y dejarla seguir con su vida, sin mí. Lo único que sabía era que en aquel momento no había nada en el mundo que pudiese mantenerme alejado de ella.

—¿Qué tal si hablamos de otra cosa? —Pensé que sería bueno cambiar de tema, teniendo en cuenta que cuanto más hablásemos sobre Ivy, más ganas me entraban de estar con ella inmediatamente—. ¿Qué han dicho mamá y papá sobre el bebé en camino?

—Papá ha dicho que él se va a pasar todo el verano con ellos, en la casa del lago.

—¿Así que está seguro de que va a ser un niño?

Liam sonrió.

—Por lo menos hay un miembro de tu familia que está de mi parte.

Crystal dijo:

—Pero mamá está segura de que va a ser niña. No sé cómo lo sabe. Dice que tengo la misma pinta que ella cuando estaba embarazada de mí. Lo único que sé yo es que tengo muchísimas ganas de tener el bebé en brazos. Y no me importa que sea niño o niña.

Liam se acercó a ella y le dio un breve beso en los labios.

—A mí tampoco.

Sonreí con maldad.

—Mentiroso.

La noche se alargó, y mi hermana me habló del diseño que se les había ocurrido a ella y a Elizabeth para la habitación del bebé. Liam dijo que se había mantenido al margen para seguir con vida. Los dos parecían felices y entusiasmados por ver las primeras fotos de la prueba de ultrasonido que se iba a hacer ella.

Cuando la cena familiar hubo acabado, los acompañé hasta el aparcamiento y les deseé un feliz vuelo de vuelta a casa. Crystal parecía un poco preocupada, y aunque intentó que no se le notase,

yo sabía que su preocupación tenía algo que ver conmigo. Me pregunté si todavía opinaba que no debería dejar que las cosas con Ivy fueran demasiado lejos.

Al volver a mi apartamento eché un vistazo al reloj de la pared y bostecé. Era casi medianoche, pero el día siguiente era mi primer día libre oficial desde lo que se me hacía una eternidad, e iba a aprovecharlo al máximo.

Recordé que Ivy había mencionado algunas cosas que echaba de menos de su pasado, y pensé que podría intentar volver a traer alguna de esas cosas a su vida.

Por la mañana temprano busqué en Google las tiendas de bicicletas más cercanas y llamé a una de ellas para hacer un pedido. No creía recordar la última vez que había andado en bici, supongo que sería cuando iba al instituto. Y ni siquiera entonces había montado en una que tuviera dos asientos.

En cuanto recibí mi nuevo medio de transporte, le mandé un mensaje a Ivy.

“¿Tienes planes para hoy? Tengo algo que te iba a gustar...”

“¿Es por el lector de voz, o es que tu mensaje suena tan sucio como lo acaba de leer mi teléfono?”

Me reí.

“Puede que tengas que elegir otra voz que te lea los mensajes.”

“Puede... No tengo planes para hoy, por cierto.”

“Perfecto. Estate lista en media hora.”

“¿Lista para qué?”

“Para cualquiera de las cosas sucias que tu lector de voz tiene en su mente inexistente.”

Ivy

Treinta minutos después de haber leído el mensaje de Stanley, seguía de pie con el teléfono en las manos, sin saber muy bien si debería llamarle y decirle que me acababa de acordar de que tenía algo muy importante y que no podía salir, o coger el toro por los cuernos, vestirme y esperar que el encuentro no fuese un desastre.

El viernes por la noche, después de cerrar la puerta cuando salió, sentí que algo había cambiado en mi tranquila vida. Me apoyé en la puerta y escuché los latidos de mi corazón. Ya no latía a un ritmo tranquilo, sino todo lo contrario. Mi cerebro comenzó a elaborar una lista de todas las razones por las que me ponía tan nerviosa. Al final, me di cuenta de que solo había un motivo para todo lo bueno y lo malo que estaba pasando en mi vida en ese momento. Y el motivo tenía nombre...

Stanley Burke.

Cuanto más pensaba en lo que sentía hacia él, más ganas tenía de que estuviese aquí conmigo. Me sorprendió darme cuenta de que el miedo a crearme una adicción a él era la última de mis preocupaciones. Ansiaba su presencia, su voz, su risa. Lo ansiaba todo de él, como si fuese la luz que ya no podía ver. Incluso le había dejado tocarme, muchas veces, y ni una sola vez me había hecho sentir incómoda.

Sin mencionar el beso... Había sido increíble, y aún me sentía un poco tonta por cómo me

había hecho sentir: deseada y algo traviesa.

Era muy fácil abrirse y contárselo todo. También le había dejado leer mis informes médicos que ni siquiera a mi hermana le permitía leerlos ya. ¿De verdad me creía que podía ayudarme a recuperar la vista?

No. Pero dejarle entrar en algo tan sagrado como era mi mundo ciego era un gran paso adelante.

Inhalé profundamente y apreté el botón de mi reloj para saber cuánto tiempo me quedaba antes de que llegase Stanley. El reloj me avisó de que quedaban dos minutos.

—Mierda —dije en voz baja, y fui veloz hacia mi armario. No tenía ni idea de lo que Stanley y yo íbamos a hacer hoy, pero como no había código de vestimenta, me decidí por un par de vaqueros con una camiseta azul que Emery y yo habíamos comprado la semana pasada, y una sudadera de cuello vuelto. Menos mal que en mi armario todo estaba organizado por colores y texturas; no me llevó mucho tiempo encontrar la ropa que necesitaba. Me acordé de un “juego” al que Emery y yo solíamos jugar en los inicios de mi ceguera. Ella cogía una prenda de mi armario y me la daba para que la memorizase. Después, cuando había memorizado toda la ropa, me pedía que se la describiera, toda. Aún jugábamos a ese juego cada vez que comprábamos ropa para mí. Con el tiempo, se me hizo más fácil recordar las cosas. Al fin y al cabo, la memoria era una de mis mejores amigas ahora.

La rutina de maquillaje era otra historia. Aunque había aprendido a hacerlo sin ayuda de nadie, en días como el de hoy, deseaba que mi hermana estuviese aquí para darle el visto bueno a mi apariencia. Pero con las pocas alternativas que tenía, decidí no ponerme máscara de pestañas. Qué tontería que el amor me convirtiese en un desastre no-tan-atractivo. La base de maquillaje, los polvos y el brillo de labios eran mucho más cooperativos. Me los podía poner fácilmente por mi cuenta. Y en cuanto a mis cejas, Emery y yo pensamos que sería más fácil teñirlas de vez en cuando para que no tuviera que preocuparme por el color o la forma. Al contrario que con la pintura que usaba en mis cuadros, aún me aterrorizaba utilizar algunos utensilios de maquillaje. El cepillo para las cejas era uno de ellos. Cada vez que lo usaba, acababa con un par de cejas que me hacían parecer una cavernícola; y esa no es la mejor forma de empezar el día.

Cuando sonó el timbre de la puerta, de repente me di cuenta de que me sentiría mucho más segura quedándome en mi “cueva”. Pero no tenía más opción que abrir la maldita puerta y enfrentarme a lo que el día me tuviese preparado.

—Hola —dije para saludar a mi invitado.

—Hola. —Stanley se inclinó hacia adelante y me dio un suave beso en la mejilla, dejando que sus labios me rozasen la piel un poco más tiempo del necesario. Y no es que eso no me gustase—. ¿Estás lista para irnos?

—Sí. Solo tengo que coger el bolso. ¿A dónde vamos, por cierto?

—Es una sorpresa.

—Espero que una buena.

—Como ya he dicho, te va a encantar.

Me colgué el bolso del hombro, cerré mi apartamento con llave y después Stanley y yo nos dirigimos hacia el ascensor.

—¿Tienes alguna idea en mente de lo que vamos a hacer hoy? —me preguntó mientras esperábamos al ascensor.

—A juzgar por la sonrisa que oigo tan claramente en tus palabras, va a ser lo que menos me espero que me vaya a pasar hoy.

—¿Tienes miedo?

—Un poco.

Rio.

—Bien.

—¿Bien? ¿En serio? Me acaban de entrar ganas de volver a mi casa y mandarte a la mierda.

Se echó a reír y me pasó un brazo sobre los hombros.

—Estoy de broma. No deberías tener miedo. Por lo menos, no cuando estés conmigo. —Dijo esas últimas palabras directamente en mi oído, haciendo que las mariposas revolotearan en mi interior. Mierda, ojalá pudiese prohibirles a mi cuerpo y a mi mente que resultasen afectados con tanta facilidad por todo lo que este hombre hacía y decía, pero por alguna razón desconocida, seguía sumergiéndome en estas nuevas a la vez que familiares sensaciones que me hacían sentir tan bien. Lo que más quería era prolongar momentos como este, al menos un poco más.

Las puertas del ascensor se abrieron, entré y, mentalmente, me deseé buena suerte. No estaba segura de nada, incluida la cantidad de tiempo que Stanley y yo íbamos a pasar juntos. No cabía duda de que disfrutaba de cada segundo con él. Pero ¿y él? ¿Qué pensaba cuando estaba conmigo? ¿Qué le había hecho llamarme esta mañana? ¿Eran solo sus ganas de sorprenderme o había algo que se me escapaba? O puede que fuese por mi estúpida costumbre de cuestionarme todo lo que los desconocidos hacían por mí. ¿He mencionado ya lo corta que era la lista de gente en la que confiaba?

Salimos del ascensor y Stanley me cogió inmediatamente de la mano.

—Treinta y dos pasos hasta mi sorpresa —dijo.

Sonreí.

—Has contado los pasos... Qué detalle por tu parte.

—He pensado que como iba a ser tu guía hoy, necesito hacer todo lo posible por no decepcionarte. Por cierto, ¿cómo funciona exactamente tu navegador? ¿Te describe el tamaño y la forma del obstáculo que ve en el camino?

—Bueno, escanea la zona a mi alrededor y me lo cuenta todo sobre las irregularidades en el suelo, agua, escaleras, curvas, etc. También me avisa si hay objetos en rápido movimiento, como coches o bicis, aunque siempre puedo oír cuándo se me acerca uno de esos.

—Así que básicamente sustituye a los perros guías y los bastones, ¿no?

—Nunca he querido andar con bastón. Tengo uno en casa, pero solo lo he usado unas pocas veces. Me hace sentir muy incómoda, ¿sabes? Con todo lo que he practicado para no parecer ciega, un bastón echaría a perder mi espectáculo.

—¿Y un perro guía? Hay mucha gente que tiene perros. No tiene por qué significar que son ciegos.

—Lo sé. Pero soy demasiado cabezota como para tener uno. Me encantan los perros, siempre me han gustado. Pero cuando perdí la esperanza de recuperar la vista me prometí que haría todo lo posible para evitar que mi ceguera afectase mi vida. Es probable que un perro guía facilitase muchos aspectos de mi vida, y siempre me da un poco de miedo que se me rompa el navegador en el peor momento y perderme en la ciudad. Pero es mi estúpido bloqueo mental el que no acepta ayuda, ni de personas ni de perros guía. —Conté unos pasos más y me detuve—. Treinta y dos pasos. ¿Dónde está mi sorpresa?

—Aquí mismo. —Stanley puso mi mano sobre algo de metal.

—¿Qué es esto?

—Nuestro transporte de hoy.

Mis manos recorrieron la superficie de metal y me eché a reír.

—Es una bicicleta, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y cómo se supone que voy a usarla?

—Como cualquier otra persona. Es una bici de dos asientos. Lo único que tienes que hacer es fiarte de que te muestre el camino y ayudarme con los pedales.

—¡Ay, dios mío! ¿Por qué nunca se me había ocurrido? —Una bici con dos asientos era una gran idea. No lo podía negar.

—¿Cuándo fue la última vez que montaste en bici? —preguntó Stanley.

—Hace unos diez años. Espero no liarla mucho. Pero eres médico, me salvarás si pasa algo, ¿verdad? —Lo pregunté sin pensarlo. Se suponía que tenía que sonar a broma. Pero la respuesta de Stanley sonó muy seria como para ser solo una broma.

—Te salvaré pase lo que pase. —Hizo una pausa y me acarició la mejilla con suavidad—. Y ahora, vamos a ver cómo funciona esto. —Me pasó lo que imaginé que sería un casco y me ayudó a ponérmelo y atármelo—. Estás monísima con el casco.

—Vaya, gracias. Tendré que creerte. ¿Qué hago ahora?

—Pon las manos en el manillar y espera hasta que te avise para subirme a la bici.

—Vale. —Esperé pacientemente a que se sentase delante de mí. Estaba tan emocionada que no podía dejar de sonreír.

—¿Lista? —preguntó.

—Sí.

—¡Vamos!

Me subí a la bici y pedaleé calle abajo.

CAPÍTULO NUEVE

Stanley

—¿Qué te parece si paramos a por un helado?

Ivy se echó a reír.

—Estás cansado, ya entiendo.

—En realidad, pensaba que *tú* estarías cansada, pero si no lo estás...

—Vale, vamos a tomar un descanso con un helado.

—Hay una furgoneta de helados a unos seis metros. Vamos a parar ahí.

Nos detuvimos junto a la furgoneta y la cogí de la mano para ayudarla a bajar de la bici.

—¿De qué te gusta el helado? —pregunté.

—Vainilla, chocolate, cereza, piña... ¿Qué sabores tienen?

Sonreí.

—Todos esos.

—Entonces me parece bien cualquiera que elijas.

Podía ver lo contenta que estaba. No hablamos mucho cuando estábamos en la bici, pero cada vez que parábamos y me daba la vuelta para mirarla, en su rostro irradiaba una preciosa sonrisa de ensoñación. No era la primera vez que me paraba a pensar en lo mucho que quería ser el motivo de esa sonrisa. No sé por qué.

Pagué el helado y fuimos a unas mesas que había cerca.

—¿Te lo has pasado bien? —le pregunté cuando nos sentamos.

—Ya sabes la respuesta. Seguro que la llevo escrita en la cara. Me ha ENCANTADO. Nunca había disfrutado tanto de estar fuera.

—Me alegro de que la sorpresa haya funcionado. Creo que deberíamos repetir algún día.

Su sonrisa desapareció de pronto.

—Algún día...

¿Se había arrepentido de la decisión de pasar otro día conmigo?

—Dime una cosa, Stanley... ¿Por qué haces esto?

—¿El qué?

—Intentar hacerme feliz.

La respuesta me salió enseguida.

—Muy fácil: porque quiero que seas feliz. No es un crimen, ¿no?

—No... Gracias. Por todo. Y si un día te cansas de intentar hacerme fácil, déjalo. Lo entenderé.

—Oye... —Cogí sus manos entre las mías—. ¿De qué hablas? ¿Por qué iba a cansarme?

—Porque sé que tarde o temprano te vas a cansar de *mí*. No soy fácil, y tampoco lo es mi vida. Es complicada de más formas de las que piensas. Por lo que sé de ti, podrías estar con la chica que quisieras. Seguro que todos los que te rodean piensan que podrías hacerlo mucho mejor que

esto, mucho mejor que *yo*. Simplemente porque hoy en día la gente es demasiado crítica como para aceptar las discapacidades como algo normal. —Sonrió ante su propio pensamiento—. Puede que haya quien crea que haces esto por diversión.

—Sé a qué te refieres, Ivy. Pero no me importa lo que piensen los demás. Hago esto porque quiero, porque me gusta pasar tiempo contigo. ¿Alguna vez te has cansado de hacer algo que te gustase de verdad?

—No, pero salir con una chica ciega no es precisamente como crees que es. Aunque no sea una cita de verdad...

—Sí que es una cita.

—Aunque *no* sea una cita, quiero que te lo pienses dos veces antes de que hagas algo de lo que puedas arrepentirte después.

—¿Sabes? Hay una cosa de la que estoy seguro al cien por cien de que no me arrepentiré nunca.

—¿Y qué es?

No contesté. Mi mirada recorrió su rostro, bebiendo de cada rasgo delicado que la hacía tan puramente hermosa, como el sol del alba que toca el horizonte con sus rayos dorados y ámbar, significando el comienzo de un nuevo día. Ella era como un nuevo día para mí, con la promesa de lo desconocido y, aun así, lleno de esperanza.

—Nunca me arrepentiré de haberte conocido, Ivy Ryan —dije en un susurro.

Mi mirada bajó hasta sus labios y, ay, señor, esos labios... Me moría por volver a besarlos. No era el aspecto sino el tacto de sus labios lo que me lanzaba a un vórtice de embriaguez tan fuerte que me hacía alucinar.

Sus labios se entreabrieron para dejar pasar una bocanada de aire, e inmediatamente lo usé en mi favor, deslizando mi lengua y dejando que jugara con la suya. El juego comenzó de forma delicada, y se volvía mucho más que tan solo contacto físico con cada aliento que tomábamos.

Me elevó muy arriba, tanto que juro que tenía alas en mi espalda. Volé sobre el suelo, buscando algo que nunca antes había sentido, algo que nunca se me había permitido tocar. Tan dulce, tan apacible, tan receptiva... Podía seguir buscando las palabras adecuadas para describirla, pero ninguna de ellas haría justicia a lo sumamente increíble que era, con su belleza interior en consonancia con su atractivo exterior.

La leve curvatura de sus labios me indicó que estaba sonriendo en mi boca.

—¿Por qué leches has tardado tanto en volver a besarme?

Sonreí también y la besé una vez más.

—Tenía miedo de que me apartaras.

—No creo que pudiera hacerlo, aunque en el fondo sé que sería lo correcto.

—¿Crees que lo que estamos haciendo está mal?

—No lo sé... Parece que está bien y que es lo correcto. Pero ¿hacia dónde nos lleva?

—¿De verdad quieres saber la respuesta?

Ella pensó durante un momento.

—Ahora no... —Hizo una pausa—. Porque ahora mismo, quiero un helado.

—Vale. Vamos a dejar el besuqueo y lo demás para luego.

—Lo que quiere decir que estás seguro de que va a haber más besuqueo en el futuro.

—Pues claro. Y también de “lo demás”.

—Pero qué... —Intentó darme un puñetazo, pero me eché hacia atrás y erró.

Riendo por lo bajo, dije:

—Se te está derritiendo el helado. Será mejor que te centres en comértelo, y no en intentar encontrar excusas para tocarme.

—Muy gracioso, listillo. —Cogió su helado de chocolate y vainilla y siguió mi consejo. Y yo, mientras tanto, me concentré en lo que podríamos hacer durante nuestra segunda “cita”, porque de ninguna forma iba a ser aquella la primera y la última.

Después de que nuestro pequeño descanso hubo terminado, decidimos volver caminando a casa de Ivy y cocinar algo juntos para la cena. Se hacía tan natural... Ni siquiera pensé en todas las veces en las que finalicé citas incluso antes de que llegaran a ser rollo de una noche. De hecho, nunca pensé en Ivy Ryan como en un rollo de una noche. Se merecía mucho más que eso. Y puede que yo nunca haya sido un modelo de perfección en lo que se refiere a las relaciones a largo plazo, pero esta vez quería que todo fuera diferente. Porque ahora había algo perfecto en mi vida a lo que no quería renunciar.

Para la hora de comer del lunes, estaba hecho polvo. En cuanto acabó mi operación de la mañana, ya tenía otra planificada para la tarde, pero lo único en lo que podía pensar era en dormir y, bueno, en volver a ver a Ivy. A una parte de mi cerebro no le importaría poner las dos cosas en el mismo pensamiento.

—Tienes los pantalones mojados —dijo Emery.

Me llevó unos instantes darme cuenta de lo que hablaba. Bajé la mirada a los pantalones y dije:

—Ah, esto... Se me ha caído el café.

—Espero que no estuviera muy caliente.

—No, menos mal. Es evidente que a mi secretaria se le ha olvidado hervir el agua. —Le lancé una mirada acusadora.

—Pero no habías dicho nada... —Se cruzó de brazos y me observó desde el otro lado del escritorio—. ¿Qué te pasa hoy? No pareces tú.

—¿Tan obvio es?

—Pues sí. Al menos, para mí.

—Estoy cansado. Eso es todo.

—Mentiroso. Sé perfectamente el aspecto que tienes cuando estás cansado. Y esta vez es diferente.

Me recliné en el respaldo de la silla y dije:

—¿Te lo creerías si te dijera que he salido con tu hermana?

—¿Que has qué? —Juro que sus ojos nunca habían estado tan abiertos como ahora. Por un segundo, temí que intentase matarme con un cuchillo de cartón, teniendo en cuenta que era el arma que tenía más a mano.

—Bueno, ella dijo que no era una cita, pero para mí... era una cita. La mejor del mundo. —Lancé otra mirada de desconfianza al cuchillo de cartón y lo quité de la mesa.

—¿Cómo habéis acabado vosotros dos saliendo juntos? —preguntó Emery con tono divertido—. ¡He hablado con Ivy esta mañana y no ha dicho ni palabra sobre eso!

—Fue una cita espontánea. Pero mejor dime, ¿qué le gusta hacer? Aparte de dibujar, me refiero.

—La repostería, la hípica, la natación... ¿Por qué? ¿Tienes pensado volver a pedirle que salga contigo?

—Sí. ¿Es un problema?

Emery suspiró.

—Puede que lo sea...

Conocía esa mirada que me estaba echando.

—Sé lo que hago, ¿vale? No es un juego, si eso es lo que te preocupa.

—Lo que me preocupa es que mi hermana, que no ha salido con nadie en dos años, de repente acceda a salir con alguien a quien apenas conoce.

—¿Crees que no soy suficientemente bueno para ella?

—No he dicho eso. Eres un buen hombre, Stanley. Pero Ivy es mi hermana. Nunca voy a dejar de preocuparme por ella. No importa lo buenos o malos que sean sus potenciales novios.

—Ella y yo... Parece como si nos conociéramos desde hace años. No siento que sea una desconocida. Es más como si me hubiese encontrado con alguien a quien conozco desde hace mucho tiempo.

—¿Siente lo mismo ella por ti?

—¿Cómo iba a saberlo? Ya conoces a tu hermana, es un libro cerrado.

—La noche en la que os conocisteis en mi casa, me preguntó por ti. Entonces pensé que sería simple curiosidad. Pero ahora que me has contado lo de vuestra cita, estoy segura de que hay algo más. Confía en ti, eso está claro. Nunca te dejaría que la llevaras a ninguna parte si no confiase en ti. Y sabiendo lo mucho que cuesta ganarse la confianza de mi hermana, me pregunto si debería recordarle la existencia de las pastillas anticonceptivas.

Sonreí de forma burlona.

—No hemos ido tan lejos. De momento. Pero la confianza es un buen comienzo, ¿no?

—Solo si estás seguro de que esto es lo que quieres.

—Dime una cosa, Emery... ¿Su prometido rompió con ella después de saber que nunca volvería a ver?

Ella respiró profundamente y asintió con la cabeza.

—Ni siquiera se molestó en despedirse. Simplemente desapareció.

—Qué hijo de puta. —De pronto, quería encontrar a ese cabrón y enseñarle una lección—. ¿Cómo pudo hacerle eso?

—¿Quién sabe? Yo creo que pensó que sería demasiado duro vivir con una chica ciega que en aquel entonces necesitaba mucha ayuda y atención. Está claro que nunca se esperó que ella le diese un puñetazo al destino y que volviera a lograr ser fuerte e independiente.

—¿Se han visto desde entonces?

—No. Pero a Ivy no le hace falta. Personalmente, creo que deberíamos agradecerle que la dejase hace dos años. Si no hubiera sido por su traición, puede que ella nunca hubiera hallado las fuerzas para luchar por su vida.

Me levanté y caminé hasta la ventana, que daba a un pequeño parque. El día era lluvioso y me pregunté si Ivy estaría en casa o aún en el trabajo. Hoy tenía otra de sus reuniones con los niños ciegos de uno de los hospitales que solía visitar. Se me ocurrió una idea.

—¿Sabes a qué hora sale de trabajar? —le pregunté a Emery.

Ella se miró el reloj y dijo:

—Debería estar en casa para las tres en punto.

—Lo que quiere decir que sigue en el trabajo... ¿A qué hora tengo programada mi siguiente

operación?

—A las 14:30.

Me quité la bata y la dejé sobre una silla.

—Enseguida vuelvo.

—¿A dónde vas?

—Tengo que hacer una cosa. —Cogí las llaves del coche y mi móvil, y salí del despacho.

Tenía que ver a Ivy, y tenía que verla ya.

Yo no era su prometido; era probable que ella ni siquiera me considerase su novio, pero era el hombre que quería demostrar que ella valía mucho más que traiciones y promesas rotas.

CAPÍTULO DIEZ

¿Alguna vez has estado enamorado?

¿Por qué me había acordado de repente de la pregunta de Ivy?

Muchas veces, había respondido yo.

¿Cómo sabía yo eso? Nunca le había dado muchas vueltas. Había cierto tipo de atracción que hacía que quisiera pasar cierto tiempo con una chica u otra. Pero ¿cómo sabía que estaba enamorado? O es posible que el amor no tuviera nada que ver con esas chicas. Puede que fuera algo más físico, como un instinto que necesitase satisfacer. Puede que hasta ahora no hubiese visto lo que era el amor...

Miré por la pared de cristal que separaba la clase del pasillo de hospital. Mis ojos buscaron los de Ivy. Estaba sentada en una pequeña silla, rodeada de niños de diferentes edades. Le estaban diciendo algo gracioso, porque ella no dejaba de reír. Por supuesto, no se dio cuenta de que la observaba, y por primera vez desde que nos habíamos conocido, me alegraba de poder espiarla sin que se percatase.

Parecía feliz y relajada, totalmente opuesto a como estaba durante la fiesta, en la que cada pequeña cosa era un reto que temía no lograr. No hay mucha gente capaz de pasar un infierno y volverse incluso más fuerte. Pero Ivy Ryan era la chica más valiente que había conocido nunca. En ella se combinaban muchas cosas: era frágil y fuerte, era como un caleidoscopio de muchos colores y formas que estaba seguro de que nunca me cansaría de descubrir.

Mis días comenzaron a empezar y terminar con ella: pensando en ella, deseando volver a verla, sentir su tacto en la piel, sus labios sobre los míos. Lo que quisiera hacer fuera del trabajo, quería hacerlo con ella: hablar, bromear, compartir sonrisas torcidas, ver la puesta de sol, despertar temprano con las ganas de darle un beso, o dormirme envuelto en su olor.

¿Quiere decir eso que me he enamorado de ella?

Como si estuviese muy avergonzado como para decirlo en voz alta, bajé los ojos y respiré profundamente.

No había duda de que en lo más profundo, sabía cuál era la respuesta correcta a esa pregunta. El corazón me iba a cien por hora en el pecho, desvelando sentimientos de miedo y sorpresa a la vez. Sentí que no podía volver a alzar la mirada, temeroso de verme atrapado en las profundidades de sus preciosos ojos que incluso a través de una oscura cortina de ceguera podían verlo todo y atravesarme.

—¿Stanley? ¿Qué haces aquí?

Demasiado sorprendido de oír su voz, me aclaré la garganta y tragué saliva.

—Yo... eh... te estaba buscando.

Su expresión se tornó preocupada.

—¿Va todo bien? Ay, dios... ¿Le ha pasado algo a Emery?

Solté una risita.

—Está claro que sois hermanas. Pase lo que pase, siempre os pensáis lo peor.

Sonrió y sacudió la cabeza.

—Cierto. Supongo que nos viene de familia. Las mujeres Ryan siempre hemos sido un poco melodramáticas. —Hizo una pausa—. Entonces... ¿qué te trae por aquí?

—Como he dicho, te estaba buscando. —Me acerqué un poco más, hasta que sentí que nuestras manos se rozaban. Entrelacé mis dedos con los suyos y añadí en voz baja—: tenía que verte... Te echaba de menos, Ivy.

Ella cerró los ojos y volvió a sacudir la cabeza.

—Tenía que haberme imaginado que no ibas a dejarme en paz.

Sonreí.

—Efectivamente. Por lo menos, no en esta vida. —Pronuncié esas palabras sin pensármelo dos veces. La vida era un periodo demasiado largo como para dedicárselo a alguien a quien apenas conoces. Pero de alguna forma, pasar la vida con Ivy se me hacía el mejor de los supuestos—. ¿Cómo has sabido que estaba aquí? ¿Me ha visto observándote alguno de los niños?

—Son todos ciegos.

—Entonces ¿cómo...?

—He sentido tu presencia. No sé cómo ha ocurrido... Sentí algo... Lo mismo que siento cada vez que estás cerca. Cuesta ponerle nombre. No sé cómo empieza ni por qué. Hace que me cosquillee la piel. Pero no es solo la piel lo que me pone al tanto de tu presencia. Hay más... —Bajó la voz mientras continuaba—. Lo que siento es abrumador; sin límites ni fondo. Me quema desde dentro, y me encanta... Puede que incluso más de lo que se está legalmente permitido sentir teniendo en cuenta las circunstancias. —Sonríó de forma burlona—. O puede que sea una masoquista a la que le encante lo prohibido.

Sus palabras eran música para mis oídos, haciendo que se me quedase la voz atascada en la garganta, porque lo que estaba describiendo era exactamente como me sentía con ella. El sentimiento que no tenía límites ni fondo... Era algo puro y absoluto, casi inocente, como un recién nacido que ve la luz de una nueva vida por primera vez.

—¿Te gustaría quedarte? —preguntó Ivy—. La clase casi ha acabado, así que no te quitaré mucho tiempo. Aunque si tienes que irte...

—Me quedo —dije sin dudar—. ¿Qué haces durante tus clases?

—Bueno, sobre todo hablamos. Hoy estamos hablando de colores. —Se giró hacia la puerta y la abrió para darme paso—. Entra, doctor Burke, a ver qué tal se te da evocar asociaciones.

En cuanto entramos, los niños nos rodearon.

—Siempre saben si entra más de una persona en la habitación —dijo Ivy—. Por los pasos.

—¿Quién eres? —preguntó una niña de unos ocho años. Dio unos cautelosos pasos hacia el frente y me tocó con la palma de la mano—. Es un hombre y es alto —les dijo a sus amigos—. ¿Cómo te llamas? ¿También eres ciego? ¿Qué edad tienes?

Ivy vino al rescate.

—Chicos, este es el doctor Burke. Es cirujano plástico.

—Otro doctor... —dijo un niño que tenía unos enormes ojos marrones y el pelo despeinado de un rubio oscuro. No sonaba muy amistoso.

—Hola, soy Stanley —dijo, cogiendo su mano en la mía y estrechándosela.

—¿Has venido a examinarnos? —preguntó, claramente descontento.

—No, he venido para unirme a la fiesta. Ivy... digo, la señorita Ryan, me ha dicho que vais a hablar de colores. Me encantan los colores. ¿A vosotros?

—A mí también —suspiró un niño—. Quiero decir, que me gustaban. Antes de perder la vista era muy aficionado a los videojuegos. Es un rollo no poder jugar ya. Soy Rob, por cierto. Y tengo

doce años.

—Encantado de conocerte, Rob.

—Soy Jenna —dijo la niña que me había preguntado la edad.

Entonces, todos empezaron a decirme sus nombres e inmediatamente me sentí mejor y menos tenso. Sinceramente, no tenía ni idea de cómo reaccionar en presencia de tantos niños que no podían verme.

Ivy, por el contrario, actuaba como si les viera a todos y les hablaba como si fuesen de la misma edad. Bromeaba y hacía comentarios graciosos. Ella les gustaba, y era de entender. A mí también me gustaba...

—¿Cómo describirías el color rojo? —les preguntó Ivy a los niños.

Jenna volvió a hablar.

—Es caliente, como el fuego. Y vivo, como la sangre.

—Muy bien. ¿Y tú qué opinas, Stanley? —Ivy se volvió hacia mí—. ¿Qué se te viene a la cabeza cuando oyes la palabra “rojo”?

—Teniendo en cuenta que soy cirujano y que veo sangre todos los días, la sangre sería mi primer pensamiento. Pero el rojo también se asocia con una quemadura, del sol, por ejemplo. La piel se te pone roja y te duele. El rojo también se asocia con el dolor y el peligro. Hace que la gente se ponga alerta y preste atención a lo que ocurre a su alrededor.

—Como la sirena de una ambulancia —añadió uno de los niños.

—Exacto.

—¿Y el rosa o el escarlata? —preguntó un niño de unos seis años—. Todo el mundo dice que son tonos del rojo. Pero eso no me dice nada...

—Dillon es ciego de nacimiento —explicó Ivy—. Es nuevo aquí. Sus padres querían que se uniese a un grupo de ciegos de nacimiento, pero él dijo que prefería venir a mis clases.

—Ya veo. Bueno... —Me giré hacia Dillon—. El rosa es un tono mucho más suave que el escarlata. Las rosas pueden ser de color rosa. Sus pétalos son suaves, incluso aterciopelados. Mientras que el escarlata es un tono de rojo muy intenso, fuerte y agresivo.

—Bien, muy bien, doctor Burke. —Ivy me dio unas palmaditas de aprobación en la espalda—. Ahora vamos a hablar del amarillo.

—El sol es amarillo —dijo Rob—. Los limones son amarillos.

—Vale, ahora intenta explicarle el amarillo a Dillon, que nunca ha visto el sol ni limones.

—El amarillo es divertido, te hace sentir feliz —dijo Jenna—. EL amarillo es alegría y optimismo. Es muy intenso y, bueno, amarillo.

Todos se echaron a reír, incluido Dillon.

—El amarillo es amarillo. Lo recordaré —dijo—. ¿Y el azul?

—El océano es azul —dijo Jenna.

—Al doctor Burke le encanta el océano y nadar —añadió Ivy—. ¿Por qué te gusta el océano? —preguntó volviéndose hacia mí.

—Bueno... Me hace sentir en calma. El sonido de las olas rompiendo contra las rocas me relaja. Es casi como estar con alguien a quien conoces muy bien, con quien no necesitas fingir. Cuando nadas en el mar, puedes ser tú mismo, soñar, cerrar los ojos y dejar que las olas te sostengan. El azul también es el color del cielo. Trae paz al cuerpo y a la mente, algo que es difícil de encontrar en medio del caos de nuestro día a día. —Dejé de hablar y miré a Ivy. A pesar de la locura en la que se había convertido su vida, ella permanecía con el corazón en calma. Era una de las cosas que me gustaba de ella. Ella para mí era el océano, profundo y, a ratos, inquieto,

pero calmado y bello ante los ojos de la gente—. El azul es libertad —proseguí, con la mirada aún clavada en Ivy—. Al igual que el océano, es un misterio sin gravedad, tormentoso cuando está oscuro, y sereno cuando se pinta de tonos claros.

Sereno... Así es como me hacía sentir Ivy. Como si antes de ella, nunca hubiera conocido el equilibrio o la armonía, siempre en busca de algo nuevo, mejor y más perfecto. Y entonces, entró en mi vida y trajo serenidad con ella, haciendo que todo lo anterior pareciera aburrido e insignificante.

—Echo de menos el océano... —dijo Jenna, devolviéndome a la realidad.

—Yo también —dijo una chica que estaba sentada junto a ella—. Mi madre ya no me deja nadar en el mar.

—¿Por qué? —pregunté, haciendo un esfuerzo por apartar la mirada de Ivy.

—Nado fatal. Dice que no sería capaz de salvarme si las aguas me llevaran demasiado lejos.

—¿Te gusta nadar?

—Me encanta. Pero supongo que mi madre tiene razón. Ya no veo hacia dónde nado. Es peligroso.

—¿Y qué hay de nadar en una piscina?

—Vivimos en el campo. No tenemos piscina ahí.

Se me ocurrió una idea.

—¿Y si...? —Miré a Ivy—. ¿Y si organizásemos una de las próximas clases en la piscina de un hospital? Todos. ¿Sabéis nadar?

—¡Sí! ¡Sí! —contestaron los niños.

—¿Qué opinas, Ivy?

—Bueno, es muy buena idea. Si conseguimos el permiso de sus padres, claro.

—Hablaré con un amigo que aún trabaja en el hospital en el que trabajábamos Emery y yo. Tienen una piscina. La usan para hacer fisioterapia. No es muy profunda. Los niños estarán seguros ahí.

—Gracias, Stanley. De verdad... Es algo que estoy segura de que les va a encantar.

Me miré el reloj.

—Mierda, me tengo que ir. Tengo una última operación hoy.

—Ah, vale. —Ivy parecía un poco decepcionada—. Te acompaño a la puerta. —Se volvió hacia los niños, les dio las gracias por asistir a la clase y les deseó que pasaran un buen día. Los niños se despidieron de mí y me dijeron que no les importaría si me uniera a más de sus clases con Ivy. No podía decir que no.

—Volveré a para pasar otra hora con vosotros, lo prometo —dije antes de que Ivy y yo abandonásemos el aula.

—Estás muy ocupado en el trabajo, no hace falta que vengas a mis clases —dijo mientras caminábamos por el pasillo.

—Pero quiero hacerlo. —La cogí de la mano y le besé la palma—. Además, eso me daría la oportunidad de pasar más tiempo contigo.

Ella se detuvo y sonrió.

—No me parece que tengas problemas para encontrar excusas para verme.

—Culpable. Pero no lo puedo evitar. Es tu culpa, ¿sabes?

—¿Mi culpa?

—Claro. No puedo dejar de pensar en ti, Ivy...

Me incliné lentamente, porque, de pronto, me apeteció robarle un beso. Le di la oportunidad de

detenerme. Sabía que ella sabía lo que se le venía. Pero ningún tipo de resistencia se puso en mi camino.

El momento previo duró una eternidad, jugando con la necesidad que tenía de volver a tocarla. El corazón me latía con tanta fuerza en el pecho, que pensaba que me iba a dar un ataque. Pero, una vez más, si alguien me hubiera advertido no hacerlo, aún lo habría hecho, solo para sentir su rápida respiración haciéndome cosquillas en los labios, para sentir el calor que irradiaba, para ver la batalla cruzar sus rasgos y después sentir su rendición llevándola hasta el límite.

Un último movimiento y sus labios cubrieron los míos, suavemente, lentamente, ambos dando y pidiendo, rogando y exigiendo más.

Las voces y los sonidos hacían eco en mi cabeza, y el mundo que nos rodeaba se convertía en polvo.

No quedaba nada salvo nosotros. Ambos un poco asustados como para ceder ante la tentación tan poderosa que resquebrajaría el mundo bajo nuestros pies. Me volví débil, tan débil que podría caer sobre mis rodillas y no volver a levantarme nunca, si ella no estuviera ahí para echarme una mano. Un hombre hasta la médula; se suponía que tenía que ser duro. Pero no me avergonzaba de admitir mi debilidad. Porque me hacía lo suficientemente fuerte como para arriesgar todo lo que tenía para conseguir lo único que sentía que me había faltado toda la vida: *ella...*

Sin aliento, nos zambullimos en el beso que parecía tanto peligroso como reconfortante, en formas en las que ninguna teoría filosófica sería capaz de explicar.

Si hacía unas pocas semanas pensaba que no estaba en absoluto preparado para dejar que Ivy Ryan capturase mi corazón, ahora sabía que latía por ella y solo por ella. Me tenía atrapado de una forma de la que no quería escapar. Era como si tras una eternidad de intentar abrir las puertas equivocadas, hubiera abierto al fin la correcta, dejando que todo lo que ocultaba fluyera dentro de mí, llenándome de luz esperanza y... *¿amor?*

¿Era el amor lo que nos había unido a Ivy y a mí? Yo no iba buscando el amor, pero una mirada a Ivy había sido suficiente para saber que no había vuelta atrás. Ella era como una canción que oyes una vez y se convierte en tu favorita; una canción que no quería dejar de escuchar.

Rompió el beso y me rozó los labios con sus temblorosos dedos; su susurro apenas fue audible, lleno de dolor y de algo inesperado, pero muy real.

—He conocido el sufrimiento bastante como para convertirme en polvo —dijo—. Y, aun así, permito que me dejes sin aliento, y no tengo ni idea de si es algo bueno o no, pero parece que soy incapaz de detener lo que sea que hay entre nosotros, Stanley... Incluso aunque lo que tengo y lo que soy es tan pequeño que podría caber en una pequeña caja, quiero... dártelo todo. Todo de mí; ¿lo quieres? ¿Vas a dejar que convierta tu vida en caos? ¿Con ataques de nervios, emociones desbordadas, dudas, miedos y...?

—Sí, Ivy. Lo quiero todo. Quiero que seas parte de mi vida, la mejor parte de ella.

Parpadeó, y vi que algunas lágrimas escapaban de sus ojos.

—Si alguna vez decides que no es lo que quieres, lo entenderé. Ya he estado ahí, Stanley. Sé la facilidad con la que se rompen los corazones. Y no estoy segura de que sea capaz de dejar que alguien me llegue al corazón otra vez.

Cogí su rostro entre mis manos y llevé sus labios hacia los míos mientras decía:

—Eres todo lo que quiero. Eso no va a cambiar nunca.

Justo cuando estaba a punto de besarla otra vez, me sonó el móvil. Maldije en voz alta. El teléfono no dejaba de sonar.

—Déjame adivinar. Es Emery, ¿a que sí? —dijo Ivy.
Saque el teléfono del bolsillo de mi chaqueta y sonreí con expresión burlona.
—¿Quién si no? Tiene el poder secreto de elegir el peor momento para hacer una llamada.
Ivy soltó una risita.
—Muy cierto.
—¿Hola? —dije por el aparato.
—¿Vas a volver por la clínica algún día? —preguntó furiosa mi secretaria.
—Estoy de camino.
—¿No me digas? Y yo que pensaba que nunca ibas a volver a bendecir este lugar con tu presencia.
—No exageres, Emery. ¿Alguna vez me he olvidado de mis obligaciones?
—No. Pero yo estoy preocupada por tus pacientes, doctor *Burke*. ¿Qué tal si te apunto las citas con mi hermana como algo diario?
—Genial idea, Emery. Muchas gracias. Apúntame otra para mañana por la tarde, por favor.
—Oh, dios mío, ayúdame... —Colgó el teléfono y me eché a reír.
—A partir de mañana tú y yo vamos a tener citas oficiales organizadas por tu preciada hermanita.
—¿Cómo?
—Ha sido idea suya, pero me ha encantado. Es un genio, ¿verdad?
—Espera, no puedo quedar contigo todos los días. Tengo trabajo, y...
—Y nuestras citas no van a tener nada que ver con tu trabajo ni con el mío. Pero nos lo pasaremos muy bien. Te lo prometo.
—Voy a matar a Emery.
—No hagas eso. La necesito. Y tú también.
Ivy puso los ojos en blanco.
—Sois como una maldición de por vida.
La rodeé con el brazo y la acerqué hacia mi pecho. Le dije al oído:
—Mañana a la una de la tarde. Estate lista para otra cita conmigo, señorita Ryan. Y no voy a aceptar un “no” por respuesta.

CAPÍTULO ONCE

Ivy

Alcé la vista y vi los ojos castaños de un desconocido mirándome. Eran tan hermosos que casi me olvidé de respirar. Algo en ellos se me hacía familiar. La intensidad con la que me agraciaban: me atravesaba, despertando sensaciones que hacían que la sangre recorriera mi cuerpo con más rapidez.

La sensación de déjà vu era muy difícil de ignorar. Podía jurar que había visto antes esos ojos, magníficos de muchas y diversas formas. No había duda de que podían cambiar de color dependiendo de lo que el hombre llevase puesto o del tipo de luz que le rodease.

¿Cómo era posible que no recordase al hombre al que tenía delante? Sentía como si ese hombre tuviese un poder del que no sabía su existencia; un poder tan fuerte, que no me dejaría moverme ni apartar la mirada. Me mantuvo hipnotizada, hechizada.

Lo único que vi fueron sus ojos, que mostraban el reflejo de mis propios pozos verdes.

Lo siguiente que supe es que me estaba tocando la barbilla con sus dedos, acercando mis labios a los suyos. Ninguna palabra precedió a su tacto, solo un beso... Un beso lento y sensual.

Me desperté con el corazón latiéndome desbocado bajo la piel. El sueño parecía tan real... No recordaba la última vez que había soñado algo tan real, y aun así, demasiado bueno para ser verdad. Inhalé profundamente y estiré el brazo hacia la lamparita que había en mi mesita de noche. Aunque no veía la luz que daba, todavía la encendía y me sentaba sobre la cama. Me toqué la frente y dejé escapar un suspiro de alivio. La fiebre que me había estado torturando durante cuatro días se había ido y me sentía mucho mejor. La maldita gripe no me había dejado salir durante toda la semana, echando a perder por completo los planes del doctor Burke de salir conmigo otra vez. Aunque no evitó que me visitase todos los días y, en ocasiones, dos veces al día. Trajo fruta, comida e hizo todo lo que una madre habría hecho para paliar el sufrimiento de su bebé enfermo. Cada vez que me llamaba parecía preocupado, e incluso se ofreció a quedarse en mi casa y dormir en el sofá del salón para poder comprobar qué tal estaba durante la noche. Pero a pesar de lo tentador de tenerle en mi apartamento por la noche, me negué a aceptar su oferta. En lugar de ello, me aseguré de que el teléfono de Emery seguía en la marcación rápida, le pedí que me comprase más antigripales y me deseé a mí misma buena suerte. Rara vez me resfriaba, pero cuando ocurría, sabía que podía estar atada a la cama durante otros siete días.

Por eso ahora, con la temperatura normal otra vez, me sentía como si hubiera ganado la lotería.

Sentía un hormigueo de pies a cabeza, aunque estaba segura de que no tenía nada que ver con la gripe. Tenía muchos pensamientos en la cabeza, pero ninguno de ellos parecía lo suficientemente importante como para eclipsar el entusiasmo que tan claramente sentía extendiéndose por todo mi ser.

De repente, quería ir a mi estudio, coger un lienzo y pinturas, y dibujar los ojos que me moría

por volver a ver. Cogí la bata que estaba en el borde de la cama, me la puse sobre el pijama y fui a la habitación adyacente al dormitorio. Emery la llamaba mi “trastero”, porque nunca tenía tiempo ni ganas de limpiarla ni de colocar las cosas en su sitio. El caos creativo nunca me había resultado un problema. Al contrario que quienes entraban en mi estudio, yo sabía exactamente dónde estaban mis pinturas y el resto de mis herramientas de trabajo. No necesitaba ayuda para encontrarlos. Lo único que necesitaba en la mayoría de los casos eran unas pocas horas de paz y tranquilidad para dibujar.

Fui hasta el caballete, pensando en los colores que iba a necesitar para mi cuadro. No quería que esta pintura fuese abstracta. Los ojos de oro líquido y madera se merecían algo especial...

¡Ay, claro! Los pintaré sobre cristal.

Siempre me había gustado pintar sobre cristal. Era una de mis técnicas favoritas.

Fui hasta uno de los cajones donde tenía las láminas de cristal y cogí una de ellas.

La coloqué sobre el caballete, cogí un tubo con un contorno transparente para dibujar el boceto de mi futuro cuadro.

Me temblaban las manos... ¿Por qué? Porque de alguna forma, tenía miedo a fracasar, a que mis manos no fueran capaces de estar a la altura de mi imaginación. Nunca había sentido que no tuviese el talento suficiente como para plasmar mis pensamientos en un papel o cristal.

Tonalidades de verde, un poquito de azul, dorado y ámbar... ¿De dónde había salido ese color de ojos tan asombroso?

Pincelada a pincelada, el pincel de mi mano creó la imagen que había visto en mi sueño. ¿Era bonita? ¿Cómo de similar era a la que mi sueño me había mostrado?

Por un momento, pensé en llamar a Emery, desesperada porque alguien viniera y me dijese si lo que yo quería que fuese una obra de arte estaba remotamente cerca de serlo. Entonces recordé que estaba en mitad de la noche y cambié de opinión. A pesar de lo mucho que me quería mi hermana, odiaba cuando la despertaba sin nada de importancia que decirle. Aunque aquí y ahora, mi dibujo me parecía la cosa más importante del mundo.

La voz de Stanley sonó en mi cabeza. Una vez me dijo que sus ojos eran color avellana. ¿Era por eso que había soñado con alguien con el mismo color de ojos? ¿Y si mi deseo de verle había hecho que esas imágenes de un desconocido de ojos avellana apareciera en mi sueño? ¿Qué diría si viese mi dibujo en el cristal?

De pronto, sentí miedo de que no le gustase. ¿Por qué me importaba tanto su opinión? Nunca dibujo nada simplemente para impresionar a otros. Pero Stanley... Él era el hombre a quien quería impresionar. Negarlo era una tontería. De todos los hombres que habían pasado por mi vida, él era el primero a quien tenía pánico a decepcionar.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Quién sabía la respuesta a esa pregunta?

En aquel entonces, pensaba que estaba demasiado rota como para aceptar la verdad que mi corazón ya sabía. Pero fue eso mismo lo que me ayudó a encontrar el coraje para enfrentarme a lo inevitable...

Cuando hube acabado el dibujo, pensé que necesitaría tiempo para secarse, así que lo dejé en el caballete, me lavé las manos y volví a poner los tubos de pintura en la caja.

Sentada en una silla en mi estudio, me pregunté si podría empezar a pintar figuras concretas otra vez, con formas y líneas que no fuesen borrosas. Tomé una nota mental para buscar en Google las técnicas que debería aprender a usar. Una vez oí hablar de un hombre ciego cuyos cuadros eran tan bellos que se vendían como aquellos creados por pintores famosos. Nunca le había dado

muchas vueltas. Me parecía bien pintar arte abstracto. Hasta esa noche...

Mi mañana comenzó con una llamada de Emery. Eran casi las cinco de la mañana cuando salí del estudio y volví a la cama esperando dormir algo más y, a lo mejor, volver a ver a mi misterioso desconocido. La calidez que sentí cuando dibujaba sus ojos aún me llenaba, casi como si estuviera sentada frente al fuego, con sus llamas cantando nanas. Siempre me había gustado ver arder el fuego en una chimenea, con la madera rodeada de chispas de oro, ennegreciéndola para luego hacerla explotar como fuegos artificiales con millones de tonalidades desvaneciéndose y cambiando con tanta rapidez que ningún ojo sería capaz de captarlo.

Es verdad lo que dicen: la magia está en todas partes. Lo único que necesitas es *querer* verla.

La voz somnolienta de mi hermana me devolvió a la realidad.

—¿Hola? —dijo por el aparato.

—¿Qué planes tienes para hoy? —le pregunté en lugar de saludarla.

—No tengo planes. ¿Por qué?

—He dibujado algo... ¿Quieres verlo?

La respuesta a mi pregunta fue el silencio. Después, Emery dijo:

—Son las ocho de la mañana. ¿Cómo te las has arreglado para hacer un cuadro si la última vez que hablamos fue anoche y no mencionaste nada de ningún dibujo nuevo?

—He tenido un sueño. Después me he despertado y me apetecía dibujarlo. Ha sido... hace cuatro horas.

—¿Te encuentras bien, Ivy? Todos sabemos lo mucho que te gusta dibujar, pero despertarte en mitad de la noche para dibujar algo que ni siquiera puedes ver... ¿En serio?

Sonreí.

—Cállate, sabionda. Me ha venido la inspiración. No podía ignorarla.

—Vale. Aún no lo pillo, pero vale. —Bostezó—. O sea que quieres que le eche un vistazo a tu cuadro nuevo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque he intentado pintar algo diferente esta vez. Me refiero a que no es abstracto. O, por lo menos, eso creo. Como bien has dicho, no puedo verlo, y es por eso exactamente que necesito que vengas y que me digas lo que opinas de él.

—¿Puedo ir después de haber desayunado, por lo menos?

—Puedes desayunar aquí. Seguro que Mike puede alimentar a los niños solito.

—¡Qué va! —oí que protestaba Mike.

Obviamente, podía oír lo que yo decía por el teléfono, así que dije:

—Por favor, necesito la opinión de Emery. Y la necesito ya. —Hice una pausa, pensando en qué podría decir para hacerle cambiar de opinión y que dejase que Emery viniese a ver mi dibujo en el cristal—. ¡Te compraré una caja entera de donuts de caramelo con cobertura de chocolate!

—¡Trato hecho! —respondió Mike.

—¡Oye, no es justo! —dijo Emery—. A mí nunca me compras cosas para convencerme.

—¿También quieres donuts?

—No. Quiero el bolso de Prada del que te hablé anoche.

—Considéralo tuyo. ¡Mueve el culo y ven!

—Estás de broma, ¿no?

—No.

Tras una pausa de dos segundos, Emery dijo:

—Voy.

Solté una risita y colgué el teléfono.

Para cuando llegó Emery, me había duchado, había hecho el desayuno y había llamado a mis padres para decirles que me sentía mucho mejor. Mamá y papá todavía no estaban de acuerdo con mi decisión de vivir sola en mi viejo apartamento, en lugar de mudarme con ellos. Incluso dos años después del accidente, todavía pensaban que necesitaba que alguien me ayudase a moverme por la casa, por no mencionar mis viajes por la ciudad.

—Estoy muy contenta de que te sientas mejor, mi niña —dijo mamá por el teléfono—. Tu padre y yo vamos a Nashville la semana que viene a visitar a tu tía Evelin. ¿Te gustaría venir?

—Em, no, gracias. Ya sabes lo que odio sus comentarios dramáticos sobre mi estado. —La mujer se debía de pensar que los ciegos eran las personas más infelices del mundo. Incluso me preguntó si necesitaba ayuda para lavarme los dientes.

—Te quiere, Ivy, y está preocupada por ti. Todos estamos...

—Mamá, por favor, ya hemos hablado de esto. Muchas veces, de hecho.

—¿Qué pasa si te pones enferma y no encuentras tu móvil para llamar al 911?

Puse los ojos en blanco, diciéndome a mí misma por dentro que me calmase. Por suerte, Emery apareció justo a tiempo para salvarme de más discursos “preocupados” de mi madre. Le dije que la quería y finalizamos la llamada.

—¿Era mamá? —preguntó Emery mientras dejaba un objeto sobre la mesa de la cocina.

—Sí. ¿Qué es eso? —pregunté al tiempo que palpaba el objeto.

—No tengo ni idea. Stanley me ha pedido que te lo diera.

Resultó ser un sobre.

—¿Y no lo has abierto?

—No tengo ni una pizca de ganas de saber los detalles de vuestras cochinadas.

Reí y abrí el sobre.

—No he estado haciendo ninguna cochinada y lo sabes.

—No me digas. ¿Es por eso por lo que mi jefe no deja de hablar de ti?

—¿O sea que habláis de mí a mis espaldas?

—Él habla. Yo escucho. Generalmente.

Saqué un trozo de papel doblado del sobre y pasé la mano por la superficie.

—¿Está escrito en *braille*? —preguntó Emery. Por el sonido de su voz, sabía que ahora estaba detrás de mí, evidentemente, intentando ver lo que había escrito en la nota.

—Pensaba que no querías saber los detalles de mis cochinadas.

—De todas formas no sería capaz de leerlo. Pero mira al doctor Burke, dentro de poco va a empezar a usar *braille* para rellenar los informes médicos de sus pacientes.

Algo que desees con tantas ganas... —decía la nota—. *Te lo voy a dar.*

—¿Qué pone?

Sonreí.

—No te lo voy a decir.

Emery se echó a reír.

—¿Tan cochina es?

—Nunca lo sabrás.

—Aj, da igual, en serio. Yo estoy aquí para conseguir mi bolso de Prada... Quiero decir, para ver tu cuadro nuevo, así que vamos a verlo. Y Mike ha dicho que quiere sus donuts para la hora de la comida.

—Sois imposibles.

—Eso es lo que nos unió en matrimonio.

Volví a colocar la nota en el sobre y fui a mi estudio mientras tomaba una nota mental para acordarme de mandarle un mensaje a Stanley sobre eso que “deseo con tantas ganas”. Me pregunté si estábamos pensando sobre la misma cosa. Porque por alguna descarada razón, *él* era la única cosa que deseaba con tantas ganas en este momento.

—Bueno. ¿Qué opinas? —le pregunté a mi hermana sobre el cuadro recién pintado, sabiendo que estaba de pie frente a él.

Se quedó en silencio.

—Ay, no... No me digas que es horrible —dije, sentándome en una silla que había junto al caballete.

—No, es... increíble —dijo, realmente sorprendida—. ¿Conoces al tío de la foto?

—No. Vi su rostro en un sueño.

Mi hermana no dijo nada.

—¿Emery? ¿Qué pasa? Estás rara.

—No sabía que pudieras pintar retratos. Quiero decir, lo hacías antes, pero...

—No he pintado nada concreto desde el accidente.

—Lo sé.

—¿Te gusta?

—Me encanta. En serio. Y esos ojos... La idea de pintar el retrato sobre cristal ha sido brillante. Si lo giras hacia la luz, los ojos cambian de color, como si estuvieran iluminados desde dentro.

Sonreí, satisfecha conmigo misma. *No he fracasado. No he fracasado...*

—Te lo puedes llevar y colgarlo en tu salón —le dije a Emery—. De todas formas, yo no puedo verlo.

—No —protestó—. Quédatelo. Es precioso. —Una vez más, noté algo raro en el tono de voz. Como si hubiera algo que yo no sabía, pero ella sí.

—¿Qué te pasa hoy?

—Nada... Es que... Es el retrato. Me recuerda a la Ivy de hace años.

Suspiré.

—Yo no la echo de menos, ¿sabes? Me gusta la nueva yo. ¿Crees que está mal? Me refiero a que la mayoría de la gente odia ser ciega. Pero me ha ayudado a entender y a “ver” muchas cosas en las que antes no me había percatado. Me ha ayudado a verme a mí misma desde otro punto de vista.

Emery se me acercó, se detuvo detrás de la silla y me rodeó con los brazos mientras decía:

—Me encantaba la antigua tú, me encanta la nueva tú y nada hará nunca que me deje de gustar mi hermana pequeña. —Me besó en la mejilla y añadió—: y ahora, si no te importa, me gustaría tener el desayuno que me has prometido. Estoy muerta de hambre.

—Vale, vamos. —Me levanté, salí de la habitación y seguí a Emery hacia la cocina.

—Parece que hoy te encuentras mejor —dijo, y le dio un sorbo a su café recién hecho.

—Sí. He tenido un infierno de semana.

—No me digas que las visitas de Stanley no la han mejorado.

—¿Cómo sabes lo de las visitas?

—Le organizo la agenda, ¿recuerdas?

—Cierto.

—Así que... ¿Hay algo de lo que deba preocuparme? —Emery dejó la taza en la bandeja y esperó mi respuesta.

—¿A qué te refieres?

—¿Te has acostado con él?

—¿Estás loca? ¡Claro que no! Además, no creo que Stanley sea el tipo de hombre al que le guste acostarse con una mujer medio muerta, que es exactamente como me sentía hasta esta mañana.

—Te gusta, ¿no?

—Eso no quiere decir que quiera acostarme con él. —Tampoco es que la idea no me hubiera cruzado la mente...

Emery volvió a hablar.

—Hacía mucho tiempo que no te veía así. Pareces feliz.

—Me siento feliz. Es algo bueno, ¿no?

—Sí, es algo bueno. Sé que has estado evitando a los hombres y salir con ellos, y todo lo que os pusiera a ti y a un tío majo en una sola oración o en una cama. Pero creo que ya es hora de que te muevas, hermanita. Inténtalo. Disfrútalo. Además, creo que Stanley es el hombre adecuado para practicar tus olvidadas artes de seducción. Si te hace falta más información sobre él, llámame.

Entre risas, dije:

—Gracias por el consejo. Creo que te haré caso.

Emery y yo siempre habíamos estado unidas, y hablar con ella de algo personal nunca había sido un problema. Después del accidente, estuvimos incluso más unidas, teniendo en cuenta que ella era la única persona a la que le permitía quedarse conmigo día y noche, presenciar mis fracasos y echarme una mano cuando la necesitaba. Para mí no era solo una hermana, a veces me trataba como a una hija, algo que yo odiaba. Pero en la mayoría de los casos, era la amiga que cualquiera hubiera deseado.

Estuvimos un rato hablando, me ayudó a recoger la mesa después del desayuno, y luego salimos a comprar donuts para Mike y a tomar el aire fresco que tanta falta me hacía. Odiaba quedarme en casa durante tanto tiempo. Aunque el tiempo dejase mucho que desear, me gustaba ir a dar paseos cortos, sobre todo en otoño, cuando podía escuchar el crujido de las hojas bajo mis pies, primero danzando al viento, después cubriendo el suelo con el último aliento de color antes del invierno y de que el frío lo volviese todo blanco. Me hacía pensar en todos los colores del otoño que siempre me habían inspirado. Me encantaba cuando los árboles se convertían en un infierno sobre mi cabeza, con el escarlata y el dorado en contraste con los azules del cielo. El otoño siempre se asociaba con la magia, los misterios de Halloween y las bendiciones del Día de Acción de Gracias. Traía calidez a mi corazón.

—Una cosa más —dijo Emery una hora más tarde, cuando estábamos junto a su coche—. El retrato...

—¿Qué pasa con él?

—No se lo enseñes a Stanley.

—¿Por qué?

—Que sea sorpresa. Para más tarde.

CAPÍTULO DOCE

—¿Vas a decirme a dónde vamos? —Giré la cabeza hacia Stanley, que estaba sentado al volante de su coche.

—¿Siempre has sido así de impaciente?

—No. Pero en lo que se refiere a ti y a tus planes secretos...

Rio por lo bajo y yo sentí que se me encendían las mejillas. Rápidamente, me volví hacia el lado contrario y me mordí el labio, intentando reprimir una sonrisa. Habían pasado casi tres semanas desde que Stanley y yo habíamos empezado a “salir”. Él tenía una sorpresa preparada para mí todos los días: fuimos al parque de atracciones, al zoo, hicimos repostería, fuimos a la playa, de vez en cuando íbamos en tándem, reíamos mucho y nos besábamos... más aún.

Puede que fuera por eso que ahora se me hacía tan difícil concentrarme en algo que no fuera la sensación de la mano de Stanley sobre la mía.

—Te he echado de menos —dijo—. Tres días en Nueva York se me han hecho larguísimos.

—¿Por qué? Pensaba que te lo habías pasado bien en la boda de Jeffrey. —Había querido que fuera a Nueva York con él, pero Paul se había puesto enfermo y no podía irme sabiendo que a mi hermana no le vendría mal una mano con los otros dos niños.

—Me lo habría pasado mucho mejor si hubieras estado conmigo. Sinceramente, la boda fue un poco rara.

—¿Por qué?

—Parecía como si los novios estuvieran deseando que se acabase la boda.

—Puede ser que tuvieran muchas ganas de estar a solas.

—Puede ser...

Hoy era sábado, y ni Stanley ni yo teníamos que ir a trabajar. Se vino a mi casa temprano por la mañana y dijo que había algo muy importante que quería que hiciera.

—Un momento. ¿Tu sorpresa tiene que ver con la nota que le pediste a Emery que me diera hace un par de semanas? —Nunca explicó el significado de la nota, diciendo que necesitaba más tiempo para hacer que la cosa “que tanto deseaba” funcionase.

—Sí —dijo con la voz plagada de misterio—. Hoy es el gran día.

Le dediqué un “grrrr”.

—No ayudas.

—Solo quedan unos minutos. ¿Podrás esperar *tanto* tiempo?

—¿Tengo opción?

—No.

—Te gusta atormentarme, ¿a que sí?

Noté que el coche aminoraba la velocidad para después detenerse por completo, y Stanley dijo:

—No he empezado a atormentarte, Ivy. Pero cuando lo haga, te prometo que me suplicarás que lo siga haciendo. —Lo dijo en voz baja, pero peligrosamente seductora—. De todas formas, tenemos algo más importante que hacer ahora. —Abrió la puerta y salió del coche—. Espera aquí

—me dijo.

Stanley no tardó más de cinco minutos en volver. Cuando lo hizo, arrancó el coche otra vez y condujimos durante un par de minutos.

Él no dijo nada, y me pregunté si eso era bueno o malo.

Prudentemente, pregunté:

—¿Va todo bien?

—Sí —fue su escueta respuesta.

Cuando el coche volvió a pararse, Stanley lo rodeó y me abrió la puerta del copiloto, mientras decía:

—¿Estás lista para eso que tanto deseabas?

—¡Sí! —dije entusiasmada. Durante días, había estado intentando averiguar qué era. Mi lista de supuestos se hizo infinita, así que tenía muchas ganas de saber lo que tenía Stanley en esa cabeza suya tan inteligente.

—Ponte al volante.

Mi mandíbula casi tocó el suelo.

—Eh... ¿Cómo?

—Dijiste que echabas de menos conducir tu coche y se me ocurrió que eso había que arreglarlo.

—Pero ya no conduzco, ¿recuerdas?

—Pero hoy sí lo harás.

—¿Quieres que estrelle tu coche?

Él rio por lo bajo, me cogió de la mano y me sacó del asiento del pasajero.

—No vas a estrellar nada. Estamos en un circuito de carreras, completamente solos.

—Qué dices... ¿Cómo lo has hecho?

—Bueno, llevaba mucho tiempo planeando traerte aquí, pero se iba a organizar una carrera en este mismo circuito, por eso me dijeron que tenía que esperar unas semanas hasta que acabara la competición.

—Stanley, no creo que esto sea una buena idea. ¿Y si hago algo mal? ¿O piso el pedal que no es?

—Mi coche tiene transmisión automática. Como el tuyo. Lo único que tienes que hacer es apretar el acelerador y disfrutar del viaje. Y ahora, entra.

—Pero qué pasa si...

—Te avisaré cuando haya giros. De momento, simplemente conduce recto y deja de preocuparte. No dejaré que te pase nada. —Se inclinó hacia mí y me dio un suave beso en los labios—. Puedes hacerlo, Ivy.

Uf, ojalá tuviera su confianza. ¿Qué es lo que se dice sobre correr riesgos? *Si lo quieres, ve a por ello.*

Tras el accidente, el miedo a meterme en un coche fue una de esas cosas que tuve que aprender a superar. Solía sentarme en el asiento del conductor en el coche de Emery, con el motor apagado, intentando no ponerme histérica ante la mera idea de que el coche se moviera. Hicimos un intento seis meses después de hacer estado día tras día sentada en el coche hablando. Sinceramente, mi hermana fue la mejor terapia que pude tener. Mi trastorno de estrés postraumático (como lo llamaban los médicos) estaba completamente olvidado gracias a ella. Ahora sabía que si alguna vez necesitaba un terapeuta, llamaría a mi hermana.

—Vale, vamos. —Me deslicé en el asiento del conductor y esperé a que Stanley se sentase

junto a mí.

—Aprieta el botón para arrancar el coche —dijo, colocando uno de mis dedos sobre un botón metálico.

Hice lo que me dijo. Estaba muy nerviosa, no podía obligarme a decir ni una palabra. Conducir era un sueño hecho realidad. Solo que nunca había pensado que volvería a pisar el acelerador.

—Coloca las manos en el volante. Venga, Ivy, que no muerde.

Lentamente, rodeé el volante de cuero con los dedos y tragué saliva.

—Te das cuenta de la locura que es traerme aquí, ¿verdad?

Él rio.

—Demasiado tarde para pensármelo dos veces. Estamos aquí y vas a conducir mi coche.

Punto.

—¿Es eso lo que les dices a tus clientes cuando están en la mesa de operaciones? *Te voy a cortar en pedazos, disfruta de la tortura. Punto.*

Se echó a reír.

—Créeme, no quieres ser uno de ellos. Tampoco es que me importe tenerte aquí preparada para que haga contigo lo que quiera.

—Si crees que tus sucios comentarios ayudan ahora mismo, estás muy equivocado.

—Tener una mente sucia hace que cualquier situación sea mucho más interesante.

—Ya.

—No seas cotorra, Ivy. Quema ya esas ruedas.

Solté una risita.

—Te arrepentirás.

—No.

—Igual deberíamos hablar sobre el precio de tu coche antes de que me dejes estrellarlo... quiero decir, *conducirlo.*

—Basta de hablar. Sé lo que intentas, Ivy. Pero no hay vuelta atrás. ¡Venga!

Solté el freno y el coche comenzó a moverse. Sujeté el volante con más fuerza.

—No tan rápido. Relájate y siente el coche primero, luego acelera un poco. Pero no gires el volante a no ser que yo te lo diga.

—Vale.

Si al principio conducir un coche me parecía una mala idea, ahora estaba segura de que era LA MEJOR idea del mundo.

Era como si todos esos meses y años sin conducir no hubieran existido.

Me encantaba la sensación del coche al moverse, y lo que me gustaba más aún era estar al volante, escuchar al motor cantándole al circuito vacío. El coche de Stanley era mucho más rápido que el mío, pero sorprendentemente, ya no me daba miedo. Bueno, igual un poquito.

—Estás sonriendo —dijo.

—¿Sí? No me había dado cuenta.

—Lo que significa que traerte al circuito ha sido una buena idea.

—Quiero repetir mañana.

Él se echó a reír.

—Sabía que te iba a encantar.

—Me encanta todo lo que haces por mí...

—Ah, ¿de verdad?

—Ya sabes la respuesta, Stanley. Seguro que llevo todas mis emociones escritas en mi

traicionera cara.

—No siempre. Hay veces en las que me gustaría poder leerte la mente.

—Créeme, no quieres meterte en mi cabeza. Mis pensamientos son un desastre. Y mucho menos sucios que los tuyos. Un aburrimiento.

—No me lo creo. A pesar de que actúas de forma *decente* en la mayoría de los casos, estoy seguro de que tienes un lado salvaje. Y hazme caso, un día, lo encontraré.

—¿Qué te hace pensar que tenga un lado salvaje?

—Las aguas tranquilas son profundas, ¿recuerdas? Gírate hacia la izquierda, un poco solo.

—¿Así?

—Sí. Ahora recto otra vez. —Hizo una pausa—. Parece que está cambiando el tiempo.

—Ya te dije que iba a llover. Pero no hiciste caso de mi advertencia.

—Todavía tenemos tiempo para disfrutar del viaje.

Para nuestra decepción, empezó a llover antes de lo esperado. Las gotas de agua golpeaban las ventanas, y tuvimos que parar.

—Dime, ¿qué aspecto tiene el cielo? —Seguía sentada en el asiento del conductor, con Stanley en el del pasajero.

Una cosa que me solía gustar de los días lluviosos era el color del cielo. Cambiaba de gris a azul oscuro y negro, dejando desperdigados los pequeños parches azul claro que aparecían entre los nubarrones.

Stanley dijo:

—El horizonte está lleno de nubes plateadas, iluminadas por la luz del sol que los atraviesa. En la lejanía se ve que las nubes se oscurecen, de gris a color carbón, como si el viento las estuviese cambiando.

Se escuchó un trueno en la distancia.

Sacudí la cabeza y me volví hacia Stanley.

—Está claro que hoy la suerte no está de nuestra parte.

—No es verdad. Estoy atrapado en un coche, en mitad de un circuito de carreras vacío, con la chica más preciosa del mundo, que de momento no tiene ninguna posibilidad de huir. A mí me parece pura suerte.

Apoyé la cabeza sobre el reposacabezas de mi asiento y sonreí.

—¿Cuánto crees que durará?

—Yo haría que durase para siempre...

—Si dura para siempre, tú y yo nos vamos a hacer viejos en este coche.

Con una voz apenas audible a través del sonido de la lluvia, dijo:

—No me importaría hacerme viejo contigo a mi lado...

A veces, decía cosas que me cogían con la guardia baja. Seguía sin saber cómo tratar nuestra “relación”, pero al contrario que Stanley, no quería hacer planes de futuro. Vivir el momento parecía mucho más fácil. Supongo que parte de mí seguía asustada de tener que sucumbir a lo que sentía por él. Era como si diese dos pasos hacia adelante y uno hacia atrás, para darle a mi corazón la oportunidad de sobrevivir en caso de que las cosas se pusiesen serias otra vez.

Recordaba la última vez que había conducido en la lluvia. Fue pocos días antes de mi boda. Decir que estaba inmensamente feliz habría sido un eufemismo. Me sentía como si caminase sobre las nubes, con nada salvo mi felicidad más allá de las palabras para sostenerme arriba en el cielo. Mi vestido de boda estaba en el asiento de atrás, listo para convertirse en parte de

uno de los mejores días de mi vida. Tenía muchas ganas de caminar hacia el altar con un vestido de perlas, seda y encaje. Paré en el arcén y salí del coche. Alcé el rostro y dejé que las gotas de lluvia cayeran sobre mí.

Reí... La felicidad era sofocante, en el buen sentido de la palabra. Estaba por todas partes a mi alrededor: en las frescas gotas de lluvia, en el aire que llenaba mis pulmones, en la sangre que corría por mis venas, y en el tiempo que me acercaba al momento en el que pronunciaría mis votos y dedicaría mi vida al hombre a quien quería más que a mi vida.

Calada hasta los huesos, no me importaba nada salvo la sensación de gozo infinito que me embargaba.

Qué gran recuerdo...

No tenía nada que ver con cómo me sentía ahora. No había duda de que mi felicidad volvía a estar viva. Rebosante y algo agridulce, era mía y solo mía.

De repente, me entraron ganas de volver a evocar ese recuerdo de mi pasado, pero con una razón completamente diferente a la felicidad.

Tiré de la manilla y abrí la puerta.

—¿Qué haces? —preguntó Stanley.

Con una sonrisa en los labios, dije:

—¡Quiero bailar!

—¿En la lluvia?

—¡Sí! —Salí a la lluvia y comencé a dar vueltas.

El cielo sobre mí tronaba incansablemente. La lluvia caía sobre el circuito. Mi baile se frenó debido al peso de la ropa mojada, pero no me importaba en absoluto.

Me sentía como si estuviera en mitad de una cascada. Me imaginé los focos del coche de Stanley reflejándose en las gotas de lluvia y haciéndolas mágicas. Sería una bendición poder verlas, al menos por un momento, solo para crear un nuevo recuerdo que durase toda una vida.

Lo siguiente que supe, es que los firmes brazos de Stanley me rodearon. Me alzó del suelo y giró conmigo.

Cuando volvió a dejarme, estábamos sin aliento. Posó las manos sobre mis mejillas y barrió con ellas las gotas de lluvia que corrían por mi rostro. Cerré los ojos, intentando imaginar la escena que nos rodeaba.

Las nubes se cernían sobre nosotros con una niebla gris, desdibujando la línea entre el cielo y el horizonte. El sonido de la lluvia era como música que caía del cielo y se desparramaba por todo el circuito, ahogando nuestros pies en charcos de gotas plateadas.

Algo espeso llenaba el aire, dificultándome la respiración.

—Estoy perdiendo la cabeza por ti, Ivy... ¿Qué hago para conservar la cordura?

Un beso que no iba a esperar, un beso que tenía un poder más fuerte que el rayo que siguió al trueno, un beso que resquebrajó el suelo y curó corazones heridos; era el tipo de beso que yo quería dar y recibir. Una explosión de amor, inesperada, pero deseada; vibraba entre nosotros, dentro de nosotros. Ni siquiera la lluvia era capaz de enfriar el ardor bajo mi piel.

Con la lluvia acallando los latidos de mi corazón rebelde, me incliné hacia adelante, deseosa de encontrarme con los pacientes labios de Stanley. Me pregunté si sabría la rapidez con la que su cercanía podía volverme loca. Puede que fuera solo la lluvia, pero nunca le había deseado con tanta fuerza como en ese instante. Olvidarme de mi pasado y zambullirme en un océano de todas las cosas que me hacía sentir. Nada parecía más importante que sentirle cerca, labios contra labios, piel contra piel.

La lluvia se fundió con nuestros labios cuando estos al final se tocaron. El momento era nuestro, y nada ni nadie podía arrebatárnoslo. Sus labios se curvaron en una sonrisa contra los míos, y sentí que algo en mi interior se hacía añicos. Puede que fuera el caparazón de hielo que había recubierto mi corazón durante tanto tiempo; no lo sé. Pero de repente, me sentía más viva que nunca. Y feliz... Tan feliz como nunca hubiera imaginado que se podía ser, como si las gotas que caían del cielo fueran capaces de borrar todo lo que se interponía entre nosotros: el dolor invisible, las dudas, los remordimientos y los miedos. Desde el momento en el que nuestros labios se unieron, no importaba nada más, no existía nada más, como si se hubiese desdibujado con la lluvia. Un momento robado; era divino, era sereno...

Stanley rompió el beso y me apartó el pelo mojado de la cara, solo para llenarme la mejilla de pequeños besos. Hasta ahora, no me había dado cuenta de que estaba llorando. ¿Por qué? Porque era momento que sabía que no quería olvidar nunca. Tragué con dificultad y volví a acercar sus labios hacia los míos, poniendo todo mi amor en un beso.

Sí, era amor.

Le amaba... Con todo mi corazón y mi alma y cada fibra. Le amaba como nadie nunca había amado a nadie; como el mar ama la costa, como las estrellas aman el cielo nocturno, como la mañana ama el amanecer, como nunca pensé que sería capaz de amar.

—Stanley, yo...

—Shh... Ya lo sé.

¿Sabía qué era lo que iba a decir? No obtuve la respuesta a esa pregunta, porque lo siguiente que dijo fue:

—Vamos a casa. No importa lo mucho que me gusta besarte en la lluvia, no quiero que vuelvas a coger un resfriado.

En cualquier otra situación, habría sentido que echaba a perder la magia del momento. Pero no en esta ocasión. Probablemente porque sabía que me había detenido a propósito; que era mejor que mis palabras de amor siguieran sin ser pronunciadas durante un poco más.

—Sube al asiento del copiloto —dijo—. Yo conduzco.

Nos subimos al coche, el motor rugió, y nos fuimos del sitio que sabía que se convertiría en uno de mis favoritos en la ciudad. No pensamos en nuestra ropa calada, ni en el hecho de que los asientos necesitarían al menos un par de días para secarse. Simplemente, disfrutamos del momento.

—¿Volverás a llevarme a dar un viaje?

Stanley rio.

—Sí. ¿Qué tipo de viaje te gustaría que fuera?

Sonreí y me giré hacia el lado contrario, sabiendo que era probable que me estuviera observando en ese momento.

—Todos los viajes contigo son exquisitos.

Una media hora después, entramos en el apartamento de Stanley e inmediatamente me tropecé con lo que me pareció ser una caja enorme.

—¡Mierda! —exclamó, apartando los obstáculos—. Lo siento, se me olvidó avisarte de las cajas. Están por todas partes.

—¿Por qué? ¿Te mudas?

—Sí. De hecho, esta es mi última noche aquí. —Me cogió de la mano y dijo—: tienes que cambiarte. Ven conmigo, te buscaré algo que ponerte. Aunque no prometo que sea de tu talla.

La idea de ponerme la ropa de Stanley era reconfortante de por sí.

—No te preocupes, con una camisa es suficiente.

Entramos en lo que supuse que sería su dormitorio, me dijo que esperase, y se alejó. Me quedé quieta, con miedo a volver a tropezarme con una caja. La habitación olía a él: fresca y “oceánica”.

—Toma —dijo Stanley al volver un poco después. Me dio una prenda de algodón, se aclaró la garganta y añadió—: si necesitas ayuda para cambiarte...

—No hace falta. Gracias.

—Vale. Aquí tienes una toalla también. —Se la cogí de las manos y escuché sus instrucciones—. La cama está a diez pasos de ti. Si necesitas ir al baño, da cuarenta y cinco pasos hacia la izquierda. Deja tu ropa en la secadora. Está a ocho pasos de la cama. El resto de la habitación está vacía, así que puedes andar sin problema.

—¿Cuándo has tenido tiempo para contar los pasos?

Se acercó y se quedó a mi espalda. Me dijo al oído:

—¿Me creerías si te dijera que lo he hecho mientras imaginaba que te quedabas a pasar la noche en esta habitación?

Dios, tenía que decir esas palabras. De repente, se me quedó la boca seca.

Se rio y me dio un beso en el cuello mientras decía:

—Relájate, no te voy a encerrar aquí en contra de tu voluntad. Y no es que la idea de encerrarte en mi dormitorio con vía libre para hacer lo que quiera contigo nunca se me haya ocurrido.

—Agh, sal de aquí y deja que me cambie. —Intenté darle un puñetazo, pero se apartó hacia atrás y fallé.

—Tómate tu tiempo. Voy a buscar algo para comer. No estoy seguro de que tenga nada salvo café en casa. —Dicho eso, salió del dormitorio y cerró la puerta a su espalda.

Dejé escapar la respiración que no me había dado cuenta de que estaba aguantando, y me llevé la camisa a la nariz.

Mmm... Olía como todo lo que le pertenecía, ya fuese su cuerpo, su habitación o sus cosas.

¿Siempre olía tan bien? Oh, no cabía duda de que sí.

Por un segundo, imaginé que lo averiguaba de una forma muy íntima... En su cama, en sus brazos, con sus labios haciendo magia, explorando mi cuerpo y viceversa...

Mierda... Malos pensamientos, Ivy. Piensa en otra cosa. ¿Otra cosa? ¿En qué iba a pensar sino en desnudarme e ir a la cocina de Stanley con nada más que la ropa interior cubriéndome el cuerpo? Pero sabía que tenía el sujetador tan calado como la camisa, lo que me dejaría únicamente en bragas...

Jesús, estaba hecha un lío. Un lío mojado en todos los lugares incorrectos.

Temiendo seguir mis estúpidos instintos, me quité la ropa, me sequé el pelo con una toalla y, rápidamente, me puse la camisa de Stanley. Era una camisa con cuello en V que me llegaba casi hasta las rodillas. Por lo que notaba, tapaba la mayor parte de mí y era lo suficientemente decente como para no enseñar demasiado.

Conté cuarenta y cinco pasos hasta el baño, encontré una secadora y metí mi ropa en ella.

El entusiasmo me embargaba. No sabía si lo causaba el hecho de estar en el dormitorio de Stanley, o el paseo en coche y el beso que habíamos compartido en el circuito. Fuera lo que fuera, me había puesto nerviosa y un poco colocada. Y no es que no me gustasen esas sensaciones. Al contrario, no recordaba la última vez que me había sentido así. Como si *eso* nunca hubiera ocurrido...

Vale, Ivy, coraje...

Respiré profundamente, volví al dormitorio y luego al pasillo que llevaba a la entrada que daba a la cocina, con la esperanza de parecer tranquila.

CAPÍTULO TRECE

Stanley

Dicen que el brillo es la esencia de la belleza. Eso era exactamente lo que hacía la belleza de Ivy Ryan tan irresistible. El brillo que acompañaba todo lo que hacía. Ella irradiaba como el sol, que a veces era demasiado cegador para mantener los ojos abiertos. Resplandecía a través de sus imperfecciones, haciendo que las cosas imposibles fueran fáciles de hacer y de creer, como si ella fuera un sueño hecho realidad, justo delante de mis ojos.

—Huele a queso —dijo al entrar en la cocina—. Pensaba que habías dicho que solo había café en casa.

—Estaba equivocado. Me había olvidado de los perritos calientes con queso de Emery. Sabía que no iba a tener tiempo para pensar en la comida dado que es mi último día en el apartamento y hay un montón de cosas que tengo que hacer antes de mudarme. Me hizo los perritos y me los envió por mensajería. Un detalle por su parte, ¿verdad?

—Es una madre hasta la médula. Ni siquiera mi madre me envía perritos calientes para asegurarse de que sobreviva un día más. Pero Emery se preocupa por todo el mundo, incluso aunque no seas pariente de sangre. Tienes suerte de tenerla de secretaria.

—Es cierto.

Únicamente ahora le eché un buen vistazo a Ivy. Estaba súper atractiva con mi camisa, especialmente, sabiendo que no había casi nada debajo. Me ardían las palmas de las manos de la necesidad de sentir la suavidad de su piel contra la mía. Aún tenía el pelo húmedo tras la lluvia. Era casi como un *déjà vu*. Una imagen de Ivy con nada salvo la ropa interior me llenó la mente. No me importaría nada hacer de ese recuerdo una realidad. Nada de nada.

—Tengo una idea... ¿Por qué no te quedas a pasar la noche?

La postura de Ivy se tensó.

—¿Como... para que me des otro *viaje*?

Estallé en risas.

—No. Como para una inocente fiesta de pijamas. —Dios, no me creía que acabase de decir eso—. Aunque si quieres que te de un viaje... —Nada podía evitar que lo dijera.

—Mala idea.

—De hecho, creo que es una brillante idea. Pero sé que vas a decir que no a lo del viaje. Por eso te ofrezco quedarte a dormir. Incluso puedo ponerme pijama, si quieres. Creo que tengo uno de esos en esas cajas de ahí. Siempre he odiado los pijamas, y nunca me los ponía, pero mi madre estaba segura de que necesitaría uno cuando estuviese en Washington. No me sorprendería que se piense que está muy cerca del mar y que por eso hace más frío aquí que en Pittsburgh.

Ivy se cruzó de brazos, con los ojos clavados en mí, en mis labios, diría yo, aunque no estaba seguro de que fuera a propósito o simplemente su instinto de seguir el sonido de mi voz.

—¿En una cama? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—Iba a decir que puedo irme al sofá, pero una cama suena mucho mejor.
—No va a ocurrir.
—¿Ni aunque suplique?
Intentó ocultar su sonrisa, pero aun así logró captarla.
—Venga, Ivy. Es mi última noche en ese apartamento infernal y quiero que al menos una de las noches aquí merezca ser recordada. Quédate... Prometo comportarme.
—No suena muy convincente.
Me acerqué lo suficiente como para entrar en su espacio personal.
—¿Qué puedo hacer para que cambies de idea?
Ella pensó un momento.
—Ven a la piscina del hospital a nadar con los niños. Fue idea tuya, ¿recuerdas? Además, estoy segura de que estarán felices de volver a tenerte ahí.
—Solo si te pones un traje de baño.
—¡Oye, pensaba que esto era mi juego, no el tuyo!
La rodeé con un brazo y la abracé mientras respondía:
—Da igual a lo que quieras jugar, yo me apunto. ¿Te parece esto lo suficientemente convincente como para convencerte de que te quedas?
—Vale. Pero no olvides que has prometido comportarte.
—Ahora que lo mencionas, parece una misión imposible. Pero haré lo que pueda.
—Más te vale.

Dado que la mayor parte de mi apartamento estaba lleno de cajas, Ivy y yo volvimos al dormitorio. Estaba casi vacío, a excepción de la enorme cama que iba a dejar como regalo a los nuevos propietarios.

Tiré del edredón hacia el suelo, e Ivy y yo nos sentamos sobre él con el plato de perritos y dos tazas de chocolate caliente sobre una bandeja entre los dos.

—Parece que estamos de pícnic. —Rio.

—Lo único que falta para que sea un pícnic de verdad es la hoguera. Aunque no creo que a los propietarios del edificio les pareciera bien. No importa lo que me gustaría que este sitio ardiera en llamas.

—¿Por qué lo odias?

—Es una larga historia. Pero el odio es mutuo, eso está claro.

—¿A qué distancia está tu nuevo apartamento?

—Eh... No está lejos. —No le iba a decir a Ivy que mi nuevo apartamento estaba al lado del suyo o, por lo menos, no de momento. ¿Por qué? Principalmente porque tenía miedo de que dejásemos de vernos, o de que pensase que era un acosador que no iba a dejarla sola ni cuando estuviera en casa—. Por cierto, necesito ayuda para encontrar cosas para mi nuevo hogar.

—¿Cosas como qué?

—Cama, sofá, mesa para la cocina... Ya sabes, lo esencial.

—Y, exactamente, ¿cómo crees que puedo ayudarte a encontrar cama? No veo nada, ¿recuerdas?

—De todas las cosas que te he mencionado, ¿lo único que te preocupa es no ver la cama?

Interesante... ¿Es tu deseo de compartirla conmigo tan fuerte que no puedes pensar en otra cosa?

—Cállate, listillo. La cama era la primera cosa de la lista.

—Ya. Al menos me podrás decir si es lo suficientemente cómoda o no. Para ti, me refiero. Personalmente, compartiría cualquier mueble contigo: una cama, un sofá, una mesa.

Ella rio.

—No tienes remedio, doctor Burke. Una cocina es lo que realmente deberías añadir a tu lista de muebles para “jugar”.

—¿Para quemarme el culo con ella? No, gracias. Además, ¿quién dice que quiera un remedio? Creo que me gusta estar sufriendo esta enfermedad llamada *Ivy Ryan*.

Ella se mordió el labio inferior y se quedó callada.

—¿Qué? —pregunté—. ¿He dicho algo malo?

Se pasó una mano por el pelo, dejando que le cayera sobre un hombro. Sus ojos buscaron los míos, como si realmente pudiera mirarme a los ojos y ver todo lo que quería ver.

—Cuanto más tiempo paso contigo, Stanley, menos me importa que me vuelvan a hacer daño. —Bajó la mirada hacia la taza que tenía en las manos—. Emery dice que no debería volver la vista atrás... ¿Crees que es posible? ¿No volver la vista atrás después de lo que me pasó?

Aparté la bandeja y me acerqué a Ivy, rodeándola con mis brazos.

—El pasado solo es un recuerdo. No puede hacerte daño ni echar a perder tu futuro. Lo que realmente importa es lo que hay en tu corazón.

—Mi corazón es tonto.

Sonreí.

—El mío también.

Alzó los ojos hacia mí.

—¿Quiere eso decir que somos la combinación perfecta? ¿O una causa perdida...?

—¿Quién sabe? —Le acaricié la mejilla con la mano y me incliné para besarla.

Nuestros labios encajaron como piezas de un rompecabezas: perfectos el uno para el otro.

Su cuerpo se inclinó hacia el mío, como si estuviese buscando algo que llevaba mucho tiempo buscando. Mis dedos jugaron con su pelo; los labios exploraban y suplicaban. Sentí una oleada de excitación.

Dios, la deseaba... Tanto, que podía morir de deseo.

Le quité la taza de las manos y la aparté. Después, me puse de pie y tiré de ella hacia mí.

—¿Qué haces? —preguntó confusa.

—Puedes detenerme cuando quieras haciendo eso.

Ella dudó, como si intentase leer lo que estaba escrito entre líneas en mis palabras. Entonces, la duda se tornó en curiosidad: su expresión se suavizó, y vi una curvatura apenas visible en sus labios. Me pregunté si estaría pensando en los límites del juego. Evidentemente, yo no pensé en ninguno.

Con sus manos aún entre las mías, retrocedí unos pasos y me detuve junto a la cama. Me senté y la acerqué hacia mí, inhalando el alucinante olor de su perfume que ni siquiera la lluvia podía borrar.

Mis manos descansaban a cada lado de ella; observé cómo su pecho subía y bajaba al compás de su respiración acelerada. Ninguno de los dos dijo nada, como si temiéramos echar a perder el momento.

La tela de mi camisa sobre ella me quemaba las manos. No llevaba sujetador, podía verlo. Sus duros pezones presionaban la tela de algodón.

Cerré los ojos por un momento, tratando de recordar la última vez que me había puesto tan nervioso ante la presencia de una mujer en mi habitación. La respuesta era *nunca*.

La belleza de Ivy se filtraba en mí como el vino, calentándome de dentro hacia fuera, intoxicándome, haciendo que mis pensamientos se desataran. Sin saberlo, tenía mucho poder sobre mí, convirtiéndome en prisionero de mis sentimientos por ella.

Ella también sentía algo por mí. Lo supe desde el momento en el que nos besamos en el circuito. Ella iba a decir algo... y la detuve. Por miedo a escuchar las palabras que me moría por decir también en voz alta, o porque no quería arrepentirme de decirlas. Todo sobre ella era demasiado frágil como para dejar que se hiciera añicos por un movimiento en falso.

Sin embargo, quería llevar nuestra relación un poco más allá. Algo me decía que no era el único que lo deseaba.

Dejé que mis manos se deslizaran hasta el extremo de la camisa, que acababa sobre las rodillas de Ivy. Cuando sintió mi mano bajo el dobladillo de la prenda prestada, sus labios se entreabrieron para dejar pasar una bocanada de aire. La mera idea de dejarla marchar ahora, hacía que me doliese el cuerpo. La echaba de menos incluso cuando ella cerraba los ojos y perdía la oportunidad de asomarme en sus profundidades. Y cada vez que nos separábamos, me sentía como si el dolor fuese insoportable.

La amaba... más de lo que mi corazón podía soportar.

Para mí el amor era un camino desconocido. Pero quería descubrir todo lo que me mostraría, todo lo que me daría. Quería descubrirla *a ella*...

Su vulnerabilidad me atrapó. Nunca la verías si no la conocías. Pero si echabas un vistazo de cerca, lo veías todo: hermosura, misterio, miedo, fuego, un espíritu libre, rebelde y un corazón roto, desesperado por latir más rápido que nunca.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —Mis palabras salieron en un susurro. Cuanto más pensaba en esa pregunta, más ganas tenía de preguntarla en voz alta.

Sus ojos resplandecieron con amor y pasión inagotables.

Madre mía, me amaba... Lo sabía sin necesidad de palabras. Lo sentía en todo lo que hacía y me decía; en cada roce, en cada beso, en cada sonrisa.

¿Estaba preparado para recibir su amor y entregar mi propio corazón a cambio?

Por supuesto que sí.

Sentía un cosquilleo en los dedos por la necesidad de acariciar más de ella. Ahora mis dos manos estaban bajo la camisa, deslizándose por sus suaves caderas y costados.

—Quiero verte —dije con voz ronca—. Entera.

Para mi sorpresa, no hubo duda en sus movimientos cuando levantó los brazos para ayudarme a quitarle la camisa que la ocultaba de mis ojos hambrientos.

Dios bendito... Era perfecta. Como la otra noche, cuando la vi en casa de Emery. Las mismas líneas perfectas, todas y cada una de ellas, como si las hubiera esculpido un artista famoso.

¿Cómo era posible que nunca hubiera visto nada igual? Con tantas mujeres que cruzaban el umbral de mi despacho, ni una sola vez me había sentido como si estuviera drogado ante la mera visión del cuerpo de una mujer. Hasta ahora.

Cada segundo con Ivy era legendario, cada beso era adictivo, cada caricia era una llama que bailaba sobre mi piel y me quemaba hasta dejarme reducido a cenizas. Desnudó sus cicatrices y me dejó verlas todas. Cuando supe que perderla sería una cicatriz que nunca podría sanar...

CAPÍTULO CATORCE

Ivy

Vergüenza...

Fue lo primero que sentí al estar desnuda delante del hombre al que amaba. Era como si todo lo que estaba ocurriendo en la habitación fuese la primera vez que lo hacía, desde las caricias, que se volvían cada vez más sensuales, hasta los besos, que estaban a punto de hacerme perder la cabeza.

Mi cuerpo se quedó totalmente inmóvil. Una parte de mí aún trataba de inventarse una excusa para taparme con una sábana o con algo que pudiera minimizar mi inexplicable vergüenza. La otra parte quería enseñarlo todo: el deseo, el amor, la necesidad de estar con el hombre que había insuflado vida en mi corazón helado.

Lo daría todo por ver el rostro de Stanley ahora. ¿Qué estaría pensando? ¿Estaría pensando en las otras mujeres con las que había estado antes de mí? ¿Me estaría comparando con ellas?

Tan inteligente como era, no podía dejar mis preguntas mentales sin respuesta.

Lentamente, rodeó mi rodilla con sus dedos y dijo:

—Ábrete a mí. Quiero ver más de ti. —Después, me levantó la pierna cuidadosamente hasta que mi pie tocó el colchón—. Eso, así... —Inhaló contra mi muslo. Y antes de que pudiera protestar, su lengua me dibujó una línea en la piel y se detuvo donde comenzaba mi ropa interior, mientras la palma de su mano se iba a mi cadera y tiraba de mí hacia su rostro—. Hueles como la mejor de mis fantasías hecha realidad.

Su otra mano comenzó a retirar mis bragas, hasta que sentí su pulgar presionado contra mi clítoris. Me quedé sin aliento; mis manos aterrizaron sobre sus hombros. Él me agarró del culo con más fuerza.

Apenas sentí el ligero movimiento de su dedo cuando comenzó a dibujar círculos alrededor de mi clítoris. El juego se estaba calentando con cada latido, y supuse que los dos sabíamos que sería casi imposible detener lo que habíamos empezado.

—Relájate —dijo Stanley con voz ronca—. Casi puedo oler tu tensión. Así como otras muchas cosas que están dejando al descubierto todos tus pensamientos secretos.

Una risa nerviosa escapó de mis labios.

—¿Crees que puedes percibirlo todo de mí?

—Ay, sí, puedo. Y ME ENCANTA lo que estoy percibiendo ahora mismo. ¿A ti?

—Yo...

El tacto de su cálida lengua sobre mi clítoris me detuvo a media frase.

—¿Tú qué? —preguntó una segunda vez antes de que su boca me capturase y me absorbiese.

Mis labios se entreabrieron para dejarme respirar profundamente; comenzó a darme vueltas la cabeza.

—Esto... esto está muuuu bien —conseguí decir mientras la boca de Stanley proseguía su

alucinante tarea conmigo, haciendo que el cosquilleo me subiese por la espalda.

Su rostro se apretó contra mí con más fuerza, al tiempo que su nariz inhalaba el aroma de mi excitación. Su experimentada lengua se abrió paso entre mis labios y me penetró, haciendo que gruñera en mi interior.

No había más lugar a la vergüenza; el deseo lo había sustituido con rapidez, ni siquiera me había percatado del momento en el que los dedos de Stanley se habían unido al juego, primero uno y luego otro.

Unos impulsos medidos y profundos hicieron que todo mi cuerpo se estremeciera. Sus dedos y lengua me devoraban, haciéndome sentir más sucia que nunca. Pero al mismo tiempo, nunca me había sentido tan hermosa como ahora, en esta habitación, con este hombre.

Apenas recordaba mi nombre o cómo habíamos llegado a este punto. En un momento estábamos en el circuito, y al siguiente sus labios me hacían sentir deseada, ardiente y llena con la necesidad de tener más de él; de tenerle a él dentro de mí. Hasta este momento, ni siquiera estaba segura de recordar cómo era estar con un hombre, hacer el amor y, simplemente, ser yo misma.

Hacer el amor...

Ser yo misma...

Esas eran dos cosas de las que había estado segura de que nunca podría volver a hacer. Pero “nunca digas nunca” tenía sentido. Y con Stanley, nunca sabía lo que venía después. Puede que por eso me muriera de ganas de saber cuál sería su siguiente movimiento.

—Espera —dije, cuando sentí que estaba demasiado cerca del clímax—. Vamos a hacerlo juntos. Sé que tú también lo quieres.

—¿Qué es lo que me estás ofreciendo exactamente?

—A mí... —respondí sin dudar—. Aquí. Ahora.

—¿Estás segura?

Dios, en momentos como este odiaba mi ceguera más que nunca. Ojalá pudiera mirarle al menos una vez, aunque durase medio segundo.

—¿No es evidente? —pregunté con una sonrisa.

Él rio y se puso de pie, acariciándome la barbilla con los dedos, mientras su otra mano me seguía tocando de la forma más sensual.

—Recuerda que tú lo has querido, Ivy Ryan. Porque este viaje no lo vas a olvidar nunca.

El fuego me recorría la espalda. Estaba a tan solo segundos de dejarme llevar por este maravilloso momento de pura excitación, pero no podía actuar como un bastardo egoísta, sin importar lo que me apeteciese serlo en este momento. Ivy se merecía mucho más que eso, y yo tenía toda la intención de dárselo.

La eché sobre la sábana, disfrutando de la vista de su glorioso cuerpo sobre mi cama. Señor, si supiera cuántas veces me la había imaginado así... preparada, deseándome y húmeda por mí. El olor de su jugo llenaba el espacio que nos rodeaba, y yo me moría de ganas de perderme en él, en *ella*.

Intenté no correrme del mero hecho de verla abrirse ante mis ojos. Estaba demasiado increíble en su vulnerable necesidad, que deseaba que la satisficieran cuanto antes. No era el primer hombre en su vida, pero ahora mismo, me sentía como si lo fuera. Quería adorar cada centímetro

de ella, para demostrarle lo que significaba para mí, sin importar lo seductora que fuese la idea de tomarla en ese instante.

Tenía los ojos cerrados, y me pregunté si tras sus párpados habría una imagen de mí; el aspecto que se imaginaba que tendría ahora mismo. Sus sentidos eran lo único en lo que podía confiar, y yo quería que sintiese la diversidad de cosas que me habían estado llenando desde el día en que nos conocimos. ¿Era capaz de demostrarle lo mucho que la quería? Yo nunca hacía confesiones así en la cama, ni en ninguna parte, de hecho.

Lo haré lo mejor que pueda, me dije a mí mismo. *No, borra eso; lo haré mejor de lo que pueda.*

Ella posó sus manos sobre mis hombros, y sus palmas se deslizaron arriba y abajo por mi espalda. Volvimos a besarnos, con sus dedos recorriendo mi pelo, y mi necesidad de ser uno con ella subió por las nubes. Rompí el beso y me puse de pie.

Con rapidez, me deshice de la ropa para después volver a la cama y cubrir su cuerpo con el mío.

Su piel me quemaba. Sus labios hinchados y sus mejillas sonrojadas dejaban al descubierto su deseo, que era reflejo del mío propio.

Presioné los labios contra los suyos, sintiendo la humedad de ella con la cabeza de mi pene endurecido. Ella gimió ante el roce.

—Esto no es suficiente —me susurró en los labios.

Sonreí y cubrí su boca con la mía antes de susurrar:

—Tampoco lo es para mí.

No me precipité con el siguiente movimiento. En lugar de eso, quería jugar con ella un poco más. Madre mía, estaba disfrutando de la tortura como nunca antes, sin importar lo dolorosa que fuera.

Mis labios recorrieron su cuello, la clavícula y siguieron bajando hasta sus pezones, que no había tocado aún. En el momento en el que succioné uno de ellos con mi boca, sus gemidos de placer rompieron el silencio de la habitación, haciendo que las paredes desnudas se estremecieran con los ecos apenas perceptibles.

Mientras besaba intensamente su otro pezón, uno de mis dedos se abrió paso por su sensible entrada, valorando la forma en la que su espalda se arqueaba a modo de respuesta.

Dios, esto era demasiado. Demasiado como para soportarlo y aguantarse.

Mi mirada recorrió de arriba abajo su suave piel, donde minúsculas gotas de sudor comenzaban a formarse. Parecía un milagro, demasiado hermosa para ser verdad, pero al mismo tiempo, demasiado real para ignorarla.

La agarré de las muñecas y las aprisioné sobre su cabeza mientras le daba otro tierno beso.

Pero los besos ya no eran suficientes.

Sin previo aviso, dejé que mi erección penetrase en su empapado paraíso.

Gemimos al unísono, ambos dándole la bienvenida a esa esperada conexión y muriéndonos por mucho más que esto. Paré un momento, sin estar muy seguro de la forma correcta en la que proceder con mis movimientos.

—Estoy tomando la pastilla —dijo, como si me leyese el pensamiento.

—Bien.

Mi respiración se aceleró, y mis pensamientos se volvieron desordenados.

¿Cómo había vivido sin ella durante tanto tiempo? ¿Cómo podía no saber de su existencia?

Cuando volví la cabeza para mirarla, sus párpados se abrieron de golpe, como si supiera lo

mucho que deseaba captar la mirada de sus ojos. Si no lo hubiera sabido, nunca habría creído que era ciega. Había demasiada veneración en su mirada. Y confianza, y calidez, y algo más que todavía no me creía que existiera.

Amor...

Una vez más, me dieron ganas de decirle lo mucho que la quería, y una vez más, sabía que el momento para decir esas palabras no había llegado aún.

Aquí y ahora, esas palabras no eran necesarias. Incluso si lo que sentíamos el uno por el otro era lo mismo, las palabras podían esperar.

El ritmo de mis movimientos aminoró, y ella inmediatamente frunció el ceño, como si estuviese decepcionada.

Me hizo sonreír.

—No quiero hacerte daño —le dije al oído, y después le besé el lóbulo de la oreja y lo succioné entre los labios.

—No me haces daño. Pero si paras, te juro que *yo* te haré daño a ti.

Reí por lo bajo.

—Tomo nota.

Apreté con más fuerza, disfrutando de la forma en la que ella recibía mis movimientos. Sus músculos comenzaron a tensarse alrededor de mí, haciendo que mi propio deseo de correrme fuese incluso más difícil de reprimir.

—Más rápido —susurró en respuesta a mis embestidas.

—Siempre he sabido lo mucho que me deseabas hasta lo más profundo —bromeé.

Ella sonrió y dijo:

—Todos estos años de abstinencia no me han venido muy bien.

—¿Quiere eso decir que vas a agotarme cada noche empezando desde hoy?

—¿Te importa?

—Para nada.

Unas pocas embestidas más y sentí que el éxtasis se derramaba sobre mí. Llenó cada una de mis venas, como si la sangre ya no hiciera falta para mantenerme en marcha.

Solté las muñecas de Ivy y ella me rodeó con sus brazos, dejándose llevar por su orgasmo. Juro que nunca había visto nada tan hermoso que lo que estaba viendo en ese momento. Tiré para salir de ella, sintiéndome algo embriagado.

Ella sonrió con los ojos aún cerrados y se me derritió el corazón.

Se sentía feliz, lo notaba. Y yo no podía alegrarme más de saber que yo era la razón por la que sonreía.

—¿Quiere esto decir que a partir de ahora te veré más a menudo en mi cama?

Ella se echó a reír y rodó hasta ponerse bocabajo, rodeando una de mis almohadas con sus brazos. Yací junto a ella, mientras mi mirada viajaba por sus curvas.

—No quiere decir nada, doctor Burke. Me gusta mi cama. Es grande y cómoda. No hay motivo alguno para cambiarla por la tuya.

—Por esa misma razón te pedí que me ayudases a buscar una cama para mi apartamento nuevo. También necesito una que sea grande y cómoda. —Me incliné hacia adelante y añadí en un susurro —: para que puedas pasar mucho tiempo en ella.

Ella suspiró y se movió un poco para poder tocar mi rostro.

—Crees realmente en esto, ¿verdad?

—¿Con lo de “esto” te refieres a “nosotros”?

—Sí; nosotros.

Giré la cabeza y presioné mis labios contra el dorso de su mano.

—Sí. Siempre lo he hecho.

Se quedó callada durante un largo minuto, nada menos. Después, se acercó, me puso la mano en el pecho y dijo:

—¿Y cuándo vamos de compras? Soy experta en camas cómodas, por cierto.

—Ah, ¿sí? Ya sabía yo que le había pedido ayuda a la persona adecuada —dije, rodeándola entre mis brazos—. ¿Crees que también debería comprar un casco antes de ir a trabajar el lunes?

Rio.

—Si crees que estarás a salvo de la furia de mi hermana, te equivocas. Necesitarás algo más que un casco.

—Seguro que no se enfada conmigo. Al fin y al cabo, salvé a su hermana de una vida de sufrimiento “abstencional”.

—Muy noble por tu parte.

—Sí, ¿verdad?

Me dio un puñetazo en el pecho, ofendida.

—¡Au! ¡Duele!

—De hecho, Emery dijo que eras una buena opción con la que empezar.

—¿*Con la que empezar?* —Reí—. ¿Qué leches quiere decir eso?

—Quiere decir que no le importa que practique mis habilidades de seducción contigo.

—¿Fueron esas las palabras exactas que utilizó para referirse a nosotros?

—Sí.

—Entonces creo que podré ir sin casco. Le gusto, nunca lo he dudado. Incluso cuando me miraba como si quisiera echarme una taza de café hirviendo a la cara.

—¿Crees que todas las mujeres que te rodean están enamoradas de ti?

—¿No es verdad?

Suspiró antes de decir:

—Qué suerte tengo; ahora te tengo enterito para mí sola.

—No me importaría ser tuyo y solo tuyo.

—Buenas noticias: no puedo ver a ninguna de tus pacientes. Si no, puede que me pusiera demasiado celosa como para dejar que fueras cirujano plástico. Está claro que ser ciega tiene sus ventajas.

Y hablando del tema... Envié el historial médico de Ivy al médico que pensaba que sería capaz de ayudarme a encontrar una solución al problema. Esperaba que me llamase un día de estos, y esperaba que tuviese buenas noticias.

Mientras tanto, necesitaba hacer alguna que otra cosa más antes de mudarme de mi apartamento.

—¿Me vas a ayudar a escribir el contenido de las cajas? —le pregunté a Ivy—. Creo que se me olvidó hacerlo cuando guardé todo.

—Entonces, ¿cómo voy a escribir nada si no sé cuál es el contenido?

—Me temo que vamos a tener que abrirlas y comprobarlo.

Ivy se sentó y sacudió la cabeza.

—Al final resulta que mi hermana tenía razón: no tienes remedio, doctor Burke.

—Pensaba que te acababa de demostrar lo contrario.

—La cama y el quirófano no cuentan. En esos, eres Dios.

Ivy

—¿Tiene nombre la sonrisa que llevas en esa carita? —preguntó Emery, mientras se sentaba en el suelo de mi salón. Estábamos envolviendo regalos para el cumpleaños de Jesse, y como siempre sabía dónde los escondía, le pareció que sería mejor que los dejáramos en mi casa.

—No tengo ni idea de qué me hablas —dije, más inocente que nunca.

—Estás radiante, hermanita. Y estoy segura al 100 % de que conozco la razón.

—Si estás tan segura de que lo sabes todo sobre mí, ¿por qué hacer preguntas?

—Solo me quiero asegurar de que mis suposiciones son correctas.

—¿Suposiciones sobre qué?

—Sobre mi jefe y tú.

—Todo lo que puedo decir es que tu idea de añadirme a su lista de consultas fue genial.

—Eso me parecía... Por cierto, ¿has vuelto a soñar con tu hombre de ojos color ámbar?

—No. ¿Por qué?

—Por curiosidad. Aún sigo sin creerme que fueras capaz de dibujar el retrato de un hombre al que nunca has visto en la vida real.

Me encogí de hombros.

—El talento y la imaginación no mueren en un accidente de coche. Además, siempre me ha gustado pintar retratos.

—Tienes razón.

—¿Me he perdido algo de toda esta “misteriosa” conversación? —Conocía a Emery demasiado bien como para creerme que su curiosidad fuese *solo* curiosidad.

—Al contrario; parece que soy yo quien se está perdiendo algo muy importante.

Deje a un lado el regalo que tenía en las manos y dije:

—Escúpelo, hermanita. ¿Qué te pasa?

—Es que...

No tuvo ocasión de acabar la frase, porque un segundo después, sonó el timbre de la puerta y fui a abrirla.

—¿Esperas a alguien? —me gritó.

Sacudí la cabeza.

—Esta noche no. —Estaba segura de que no era Stanley, porque acabábamos de hablar hacía solo unas horas y había dicho que necesitaba estudiarse unos papeles para una operación que tenía temprano por la mañana.

Pero en el momento en el que abrí la puerta, se me cayó el corazón a los pies...

El aroma que habría reconocido en cualquier parte.

El aroma al que olían mis sábanas por la noche.

El aroma que estaba en lo más alto de la lista de todas las cosas que había estado intentando borrar de mi memoria durante meses.

Perteneía al hombre cuya traición casi mi mata, que dejó reducida a nada y que me hizo luchar a cada paso que daba.

—¿Kean?

—Hola, Ivy...

CAPÍTULO QUINCE

—¿Qué coño haces aquí? —La voz de Emery rompió el gélido silencio entre Kean y yo.

—Yo... Necesitaba hablar con Ivy.

Su voz sonaba diferente de como la recordaba. A pesar de ello, no había perdido la habilidad de afectarme. Solo que ahora, me provocaba toda una variedad de nuevas emociones. Solía sentir mariposas en el estómago con cada palabra que pronunciaba, sin importar lo que estuviese diciendo. Mis ojos seguían cada pequeño movimiento de sus labios, haciendo que solo me fuese posible concentrarme en una cosa: matarlo a besos.

—¿No crees que es un poco tarde para charlas? —Parecía que Emery no iba a darse por vencida fácilmente. No la culpaba. Ella, de entre toda la gente, sabía lo mucho que la desaparición de Kean me había afectado. También sabía el tiempo y el esfuerzo que me llevó “recomponerme” desde cero.

Estaba diciendo algo sobre lo hijo de puta que era Kean y esto y lo otro.

Al contrario que ella, yo no podía decir ni palabra. Así que simplemente dejé que siguiese su “conversación”.

Me había imaginado hablando con Kean muchas veces. Me había imaginado matándolo con mis propias manos, abofeteándolo en el rostro, llamándolo todo tipo de insultos, mandándole a la mierda y haciendo muchas otras cosas que en mi opinión me harían sentir que mi venganza estaba al fin completa. Pero cuando oí mi nombre salir de su boca, me pilló desprevenida. Y lo más sorprendente era que ya no me apetecía matarlo.

—Por favor... —dijo Kean.

Mentalmente, di las gracias a Dios por no poder verle. Algo me decía que eso no me ayudaría a mantener la compostura. Tenía miedo de que su atractivo hiciera que me volviesen a temblar las piernas, o porque no quería ver la compasión de la que estaba segura de que estaba llena su mirada. Casi todos a los que conocía por primera vez, o con quienes me encontraba tras una larga pausa, sentían pena por mí. Me enfurecía tanto, que lo único que quería era mandarles al puto infierno y verlos arder en llamas.

La risa envenenada de Emery hizo que me estremeciera.

—¿Por favor? ¿En serio? ¿Después de todo lo que le has hecho a mi hermana?

—Danos un poco de privacidad —dije, sorprendida de que aún me acordase de cómo andar.

—Es una mala idea, Ivy.

—Emery, por favor. No pasa nada, te lo prometo.

Se quedó pensativa un momento, evidentemente debatiéndose entre cerrarle la puerta en las narices a Kean o dejarnos hablar.

—Estaré en la cocina si me necesitas.

—Vale. —Esperé a que se fuera y le dije a Kean—: pasa. A no ser que tu visita vaya a durar menos que la última vez que viniste a verme.

Lo siento, pero no lo siento, dije mentalmente. No podía evitarlo.

Sin decir palabra, entró en mi apartamento y cerré la puerta tras él. Caminé hasta el salón y él

me siguió. Me senté en una silla intencionalmente, por si decidía sentarse junto a mí si me sentaba en el sofá. Lo mejor era mantener las distancias.

—¿Qué te ha traído por aquí esta noche? —Mi voz sonaba firme, y mentalmente le di gracias al cielo por darme las fuerzas para no enseñarle a mi exprometido lo mucho que me afectaba su presencia, en el sentido más negativo de la palabra.

—Tienes un aspecto estupendo —dijo, ignorando mi pregunta. O puede que estuviera intentando ganar más tiempo para pensar en lo que iba a decir—. Ha pasado mucho tiempo...

—No tanto —espeté, a pesar de lo interminables que habían sido los primeros meses sin él. Me dormía llorando casi todas las noches, no muy segura de si era porque sentía pena de mí misma o porque él ya no estaba ahí para abrazarme y decirme que todo iba a salir bien.

—¿Cómo te encuentras?

Casi me rompí ante esa pregunta.

—¿Cómo te crees que me encuentro?

—Mira, Ivy... He venido a pedirte perdón. Ya sé que es un poco tarde para disculpas, pero créeme, me sentí fatal por dejarte hace dos años. —La sinceridad llenaba cada una de sus palabras. Por un momento, me quedé sorprendida de lo honestas que parecían.

—¿Por qué? —pregunté en voz baja—. ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué tu prometida ya no era perfecta?

—No... Me fui porque yo ya no era perfecto para ella. Necesitabas ser fuerte para ponerte bien. El médico dijo que nadie sabía lo que duraría tu ceguera, y me dio miedo... Me dio miedo no ser lo suficientemente fuerte como para ayudarte a superarlo.

Emery probablemente hubiera dicho que simplemente era un cobarde, lo había dicho muchas veces.

Pero algo en la voz de Kean me hizo ver lo que había dicho desde otro punto de vista.

—Tienes razón —dije—. Necesitaba ser fuerte. Y puede que si te hubieras quedado... por pena... nunca me habría convertido en la persona que soy ahora. Porque es gracias a la fuerza de la gente que me rodeaba en ese momento la razón por la que estoy aquí ahora. Eso es por lo que te doy las gracias de todo corazón. Tomaste tu decisión, y yo la acepté. Sin importar lo mucho que doliera al principio.

—Eso no es todo, Ivy. Hay algo más por lo que sentí que nunca me perdonaría a mí mismo... El accidente. Fue culpa mía. Debería de haber prestado atención a la carretera. En lugar de eso, convertí tu vida en un infierno. Durante dos años, he estado viviendo con una fuerte culpa; a veces me parecía que me faltaba el aire. El accidente me cambió. Pero sus consecuencias me destruyeron. He estado yéndome a dormir y despertándome con pensamientos de acabar con mi vida, sabiendo que mis ojos siguen estando sanos y que puedo ver el mundo que me rodea, mientras que los tuyos no. Me culpé por arruinar tu vida, por quitarte la vista que te ayudaba a crear tantas cosas maravillosas. Yo... no podía soportar la idea de contemplar mi culpa mirándome a los ojos día tras día, durante el resto de mi vida. Estaba seguro de que acabarías odiándome tarde o temprano. Aunque hallásemos la forma de convivir y de hacer nuevos planes de futuro. Nunca serían como los que hicimos para la boda. Así que pensé que sería mejor que me odiases por dejarte que por arruinar todo lo que tanto amabas. No estoy intentado justificar mi huida. Sé que es imperdonable. Pero quiero que sepas que no tuvo nada que ver con tu ceguera. Sé que lo que hice es horrible, y cuando más escuchaba a mi conciencia, más duro me resultaba obligarme a quedarme. La culpa me llenaba por dentro y me abrumaba. Me hizo sentir la peor persona del mundo. Y tú te merecías mucho más que eso. No te merecías una vida infernal con el

hombre que no podía deshacerse de sus demonios y limitarse a hacerte feliz, lo mejor que pudiera. Lo siento, Ivy... Lo siento muchísimo.

Ya no pensaba que mi vida fuera un infierno. Todo era gracias a Stanley y a lo que había hecho para hacerme creer que podía vivir la vida que quería.

Por primera vez en años, dejé que mi mente volviera al momento del accidente. No había forma de evitar el choque. El camión estaba demasiado cerca. Demasiado cerca como para que estuviésemos a salvo...

Las lágrimas empezaron a hacer que me ardieran los ojos, pero no quería que Kean las viera.

Respiré profundamente unas pocas veces, y dije:

—No fue culpa tuya. Nunca te culpé por perder el control del coche. Nunca te culpé por lo que me pasó. Y puede que si te hubieras quedado, lo supieras ya.

—Puede ser... pero me fui. Y nunca me lo perdonaré.

Reuní toda mi fuerza de voluntad, me levanté y fui al sofá en el que sabía que estaba sentado Kean. Me senté a su lado y estiré una mano para tocarle.

—Te perdoné hace mucho tiempo —dije—. No lo digo solo para que te sientas mejor y que no sientas tanta culpa. Es verdad: superé mi dolor y seguí adelante. Y quiero que tú hagas lo mismo.

Él se quedó callado.

—Me estás observando ahora mismo, ¿verdad? —Traté de forzar una sonrisa.

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo notarlo. Al igual que muchas otras cosas. Mis sentidos se agudizaron mucho después de perder la vista.

—¿Fue... difícil acostumbrarse? —Sus palabras apenas eran audibles, y me pregunté si estaría a punto de llorar. Pero los hombres no lloran.

—Ya no importa. Es como es, y he aprendido a vivir con ello.

—¿Hay alguna posibilidad...?

—No lo creo. He hablado con docenas de médicos, pero todos han dicho lo mismo: que no saben cómo ayudarme a recuperar la vista.

—Lo siento mucho, Ivy... Lo siento mucho, por todo. —Se acercó un poco más, y supe que iba a abrazarme.

Por un momento, pensé que sería demasiado, y que no debería dejar que ocurriera, pero cuando sus brazos me rodearon, de pronto sentí algo distinto.

Alivio...

Me sentí aliviada de que hubiéramos hablado al fin. Supongo que lo necesitaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Pero lo cierto era que necesitábamos decirlo todo en voz alta.

—Gracias —dije, en lugar de lanzarle más acusaciones.

—¿Por qué?

—Por venir hoy aquí. Deberías haberlo hecho hace mucho. Incluso aunque no tuvieras intención de quedarte conmigo.

Él se apartó de mí, pero tomó mis manos entre las suyas y las besó, una por una; un gesto por el que lo hubiera dado todo hacía dos años. Pero no ahora.

—Espero que encuentres la felicidad, Ivy. Realmente quiero que seas feliz.

Con todo mi corazón, dije:

—Soy feliz, Kean. Ahora más que nunca.

—¿Quiere eso decir que te estás viendo con alguien?

—Bueno... sí. —Por curiosidad, pregunté—: ¿y tú?

—No fue fácil salir adelante, pero... Sí, conocí a alguien. Hace un par de semanas.

No me sorprendió que mi corazón no reaccionara a sus palabras. No sentí celos, y sabía por qué.

Porque ahora había alguien en mi vida cuya presencia significaba mucho más que mi pasado.

—Háblame de ella.

—Bueno... Se llama Josephine y es profesora. Nos conocimos en la fiesta de su amiga y fue la primera vez en años que realmente me apetecía quedar con una mujer más de una vez o que no tenía miedo de hacerle daño o de hacer algo que la hiciera odiarme para el resto de su vida.

—Lo que significa que es especial.

—Supongo.

—Espero que te haga feliz, Kean. Todo el mundo merece ser feliz, sí o sí.

—Gracias, Ivy. Necesitaba oírlo. De ti.

—Como he dicho, ambos lo necesitábamos.

Tras mis palabras se hizo el silencio, y si no hubiese sido porque algo metálico golpeó el suelo de la cocina (que no cabe duda de que fue accidental) nos habríamos quedado así mucho más tiempo.

—Bueno, creo que es hora de que me vaya. —Kean se puso de pie y yo hice lo mismo.

—Te acompaño a la puerta.

Caminamos por el pasillo, y de repente me di cuenta de que perdonarle era mucho más valioso que estar enfadada por lo que había hecho hacía años. El perdón me hizo libre; libre de las cadenas de odio que me habían estado atando al pasado durante tanto tiempo. No fue el accidente y sus dolorosas consecuencias físicas lo que me hacía echar la vista atrás tan a menudo. Era Kean o, para ser exactos, mi odio hacia él. Le había odiado por dejarme, cuando ni una sola vez había intentado mirar la situación desde su punto de vista.

¿Qué haría yo en su lugar? ¿Sería yo suficientemente fuerte como para dedicar mi vida a alguien como la nueva yo? ¿Sería capaz de perdonarme a mí misma por arruinarle el futuro a otra persona? ¿Verla sufrir y fingir que yo no tenía nada que ver con ello?

Nadie podía darme respuestas a esas preguntas. Porque para conseguir las, tendría que pasar por lo que Kean había pasado. E incluso aunque nuestros caminos eran diferentes, nadie salvo él sabía lo que había detrás de sus decisiones. Supongo que esto es en lo que deberíamos pensar antes de juzgar las acciones de otros.

Nadie es perfecto. Nadie es un santo. Y Kean y yo no éramos ninguna de las dos cosas.

Unos momentos después, se fue deseándome todo lo mejor, y yo estuve encantada de deseárselo lo mismo. Tal y como J.K. Rowling dijo en uno de sus libros, “la felicidad se puede encontrar incluso en los momentos más oscuros, siempre que seamos capaces de usar bien la luz”. Ahora ya sabía dónde estaba mi luz y lo único que quería era disfrutar de ella, tanto como la vida me lo permitiese.

—Bueno, bueno, Ivy Ryan... Quién habría dicho que eras un sacerdote tolerante y comprensivo. —Emery estaba de pie en la entrada, esperando a que cerrase la puerta tras Kean—. ¡Has actuado como si no hubiera sido él quien te arruinó la vida!

—Todos arruinamos cosas.

—Sí, pero unos más a menudo que otros.

Sonreí burlonamente.

—¿Te refieres a ti?

—Ja, ja, muy graciosa, Ivy. En serio, ¿cómo puedes dejar que ese gilipollas se vaya así?

—¿Qué iba a hacer?

—¿Darle un puñetazo en la cara, por lo menos?

—Ya. Y fallar, teniendo en cuenta que no veía exactamente dónde estaba su cara.

—Yo estaría encantada de hacerlo por ti. Preferiblemente con una sartén que me encontrado en la cocina.

—Muchas gracias, hermanita. Pero he hecho lo que me ha parecido correcto. Seguro que has oído lo que ha dicho; casi podía ver arder la puerta de la cocina mientras escuchabas a escondidas.

—Pero de algunas palabras no me he enterado bien.

—¿Qué suerte tengo, estaba sentada lo suficientemente cerca como para enterarme de todo. ¿Y sabes qué? Me ha dado pena. Por primera vez he sentido que no se merecía mi odio. Al contrario: es él quien necesitaba apoyo, tanto como yo. Pero yo preferí ser la única víctima de la situación. Cuando ambos estábamos sufriendo.

—¿Tú te estás oyendo? *Sí* que pareces un sacerdote. ¿Qué te ha hecho Stanley?

La respuesta era más que obvia.

—Me ha hecho feliz.

—Ay, señor...

Me eché a reír.

—Esperaba una reacción distinta a lo que he dicho. Seducirle fue idea tuya, ¿recuerdas?

Ella rio y me dio un abrazo.

—Por lo menos has hecho caso de mi consejo de hacer más entretenida tu inexistente vida personal.

—Por una vez.

—¡Pues sí!

Stanley

Me temo que no hay nada que pueda hacer para ayudarla, Stanley.

Las palabras se habían quedado atascadas en mi cabeza como un mantra. No dejaba de repetirlas una y otra vez, intentando acostumbrarme a lo desalentador de la situación. Mi última esperanza para ayudar a Ivy a explotar como una burbuja. El médico con el que había hablado había confirmado mis peores temores, y yo no tenía ni idea de cómo decírselo a Ivy.

Sé que había dicho que no quería oír lo que ya sabía, y yo le había dicho que no le prometería nada, a no ser que hubiese una oportunidad real de encontrar la forma de ayudarla. Pero en el fondo, sabía que tenía la esperanza de recibir buenas noticias.

No hablábamos sobre su condición. Ella hacía bromas al respecto, se reía de las cosas que hacía mal, como coger al azar cosas innecesarias en una tienda y después esperar que alguien de la tienda las devolviese a su sitio. Pero ni una sola vez hizo mención sobre el que yo hubiese cogido sus papeles para revisarlos.

Cogí teléfono y marqué el número de mi hermana. Necesitaba su consejo, y sabía que podía contarle cualquier cosa.

—Hola, hermano mayor. ¿Qué tal va todo por Washington?

—Pues no va mal. ¿Y por Pittsburgh?

—Una mierda.

—¿Y eso? ¿Está bien el bebé?

—El bebé sí. Pero me duele un montón la espalda. Y tenía que pasar justo cuando Liz me necesita. Su nuevo desfile de moda está programado para el mes que viene. ¡No puedo quedarme en casa sin hacer nada!

—La desesperación es matadora...

—¿Va todo bien? Pareces triste.

Tomé aire profundamente.

—Todo va perfecto, excepto porque no puedo ayudar a todo el mundo.

—Ah, es por la ceguera de Ivy. ¿Verdad?

—Como siempre.

—Lo siento, Stan. Ojalá pudiera hacer algo para cambiarlo. ¿Has hablado con ella?

—No, aún no. No sé qué decir. Tenía muchísimas ganas de decirle que podía arreglarlo, pero no puedo. Nadie puede.

—Entonces dile que la quieres. Seguro que es más que suficiente de momento.

—¿Cómo sabes que la quiero?

Crystal se empezó a reír.

—Lo sé todo sobre ti. Te has enamorado de esa chica antes de que tú mismo te dieras cuenta. Espera, tengo una idea: ¿por qué no venís Ivy y tú al desfile de Elizabeth? No trabajas los domingos, ¿verdad?

—No. Pero necesito hablar con Ivy primero. No estoy segura de que esté preparada para volver a verte tan pronto.

—Me portaré bien, lo prometo.

—Nunca has mantenido esa promesa.

—Es verdad. Pero ahora estoy embarazada, así que cualquier cosa es posible, incluso algo tan imposible como que me porte bien.

Sonriendo, dije:

—Vale, pensaré en lo de la invitación. Espero que a Liz no le importe nuestra presencia.

—¿Estás de broma? Estará encantada de verte.

—Vale, mañana te llamo, después de hablar con Ivy. Te quiero, hermanita.

—¡Y yo a ti, Stan!

Colgué el teléfono y me quedé mirando a la letra “S” enmarcada que Ivy me había dado la noche que nos conocimos. Ojalá pudiera verla también. Decía que había vuelto a empezar a hacer retratos, pero yo no había visto ninguno de ellos. Me preguntaba si podría dibujarme, aunque nunca me hubiera visto.

Volví a casa sobre las diez de la noche. No había luz en las ventanas de Ivy, así que pensé que era probable que ya estuviese dormida. Coloqué los archivos de su historial médico en una mesita que había en la entrada y fui a la cocina. Como siempre, parecía que en mi nevera se había suicidado un ratón a fuerza de darle mordisquitos a todo. Pero dudaba que fuese capaz de comer nada. Estaba cansado, mental y físicamente. Así que cogí una botella de *whisky* y un vaso y me fui al sofá, el único mueble que había en la habitación. Me servía como cama también, teniendo en cuenta que Ivy y yo no teníamos tiempo para ir a comprar una de verdad.

Era la tercera noche en mi apartamento nuevo, y todavía no sabía cómo decirle a Ivy que ahora éramos vecinos. Nuestra relación había llegado a un nuevo nivel, pero sabía que era demasiado

pronto para pedirle que se mudase a vivir conmigo, sin importar lo mucho que echaba de menos dormirme a su lado. Tragué el contenido de mi copa de un trago y cerré los ojos, demasiado cansado como para mantenerlos abiertos.

No recuerdo el momento en el que me quedé dormido.

Lo siguiente que supe es que estaba soñando con Ivy.

Estaba frente a ella, hipnotizado por el color de su pelo.

—Rayos de sol líquidos —dije, muriéndome de ganas de tocar los sedosos mechones.

Ella me miró a los ojos y respondió algo, pero no oí ni una palabra. Porque en ese lugar y en ese momento, podía verme. Sus ojos estaban llenos de curiosidad, como si estuviese tratando de leer algo en mi mirada. Parecía algo tímida, como si temiese decir algo mal. Pero lo único en lo que yo podía pensar era en lo preciosa que era.

Abrí los ojos y me senté en el sofá. La sensación de *déjà vu* no se me iba. Era tan intensa, que casi creí que no era solo un sueño, sino un recuerdo.

Sacudí la cabeza y me recosté contra la almohada que había conseguido encontrar entre las cajas que ocupaban la mayor parte de mi salón. Echaba de menos a Ivy. Quería verla, quería tocarla, y lo quería ya.

Miré el reloj de la pared y me di cuenta de que casi era de día: las seis de la mañana, para ser exactos. Ivy debía de seguir dormida. Así que pensé en darme una ducha e ir a darle un beso de buenos días. Ivy sabía que estaba loco por ella, así que no se sorprendería de verme tan temprano por la mañana.

Con esos pensamientos en la mente, me metí en la ducha, abrí el grifo y dejé que el agua se llevase los restos de mi agitada noche.

Cuando estaba a punto de salir de la ducha, oí que alguien gritaba. Rápidamente, me puse una toalla alrededor de la cintura y corrí hacia la puerta. Los gritos venían del pasillo a la salida de mi apartamento.

Al abrir la puerta lo que vi fue lo siguiente: había un perro y un gato peleándose en el ascensor con quien supuse que sería su dueño, que intentaba separarlos.

—Em... ¿Necesita ayuda? —le dije al anciano, quien parecía demasiado mayor como para tener dos animales que era evidente que se odiaban profundamente.

—Gato estúpido —dijo entre dientes, mientras le daba toquitos en el pelaje blanco con su bastón marrón.

El gato pareció bastante ofendido ante las palabras de su dueño. Se apartó del pobre perro, que parecía incluso mayor que su dueño, y caminó hasta la puerta del apartamento que había junto al mío.

—Lo siento —dijo el anciano—. Desde que murió mi mujer, parece que estos dos son incapaces de coexistir en el mismo planeta.

Sonreí.

—Bueno, perros y gatos rara vez se llevan bien.

—Ya lo sé. Pero a Daisy le encantaban los gatos, y a mí siempre me han gustado los perros. Por eso decidimos tenerlos a los dos. Y ahora me arrepiento del día que dije que sí a este infierno.

—¿Por qué no intenta tenerlos en habitaciones separadas?

—La cosa es que ninguno de los dos puede dormir solo. Raras criaturas, ¿eh?

—Ciertamente.

—Soy Rodney Dover, por cierto. Y tú debes de ser...

—¿Stanley?

La voz de Ivy llegó desde el otro lado del pasillo.

Maldiciendo, me giré y dije:

—Lo siento, no pretendía despertarte.

—¿Qué haces aquí? —Avanzó con paso cauteloso—. Buenos días, señor Dover. ¿Otra vez problemas con el perro y el gato?

—Como siempre, chica. —Después, sus ojos se clavaron en mí—. Parece que vosotros dos os conocéis. Stanley, ¿verdad? Deberíamos haberte dado la bienvenida con un pastel o algo. Pero mis habilidades como pastelero dejan mucho que desear, y estoy seguro de que envenenar a los vecinos, aunque no sea deliberadamente, es un crimen.

—¿Vecinos? —repitió Ivy confundida.

—Eh... sí, iba a ser una sorpresa, pero...

—El apartamento de la señora Winters es de Stanley ahora.

—¿Cómo?

Gracias por la ayuda, señor Dover.

—Como he dicho, se suponía que iba a ser una sorpresa.

CAPÍTULO DIECISÉIS

—¿Cómo has sabido que era yo el que estaba en el pasillo?

Después de despedirnos del señor Dover, Ivy me invitó a pasar a tomar una taza de café, así que la seguí hasta su apartamento. Bueno, “invitar” no es del todo correcto dado el tono en el que lo dijo. Pero el significado era el mismo. “Mueve el culo hasta aquí, ya”. Esas fueron sus palabras.

—Tu gel de ducha —espetó, mientras metía los granos de café en la cafetera—. ¿Cuándo ibas a contarme lo de tu “sorpresa”?

—Después de vestirme. O puede que algo más tarde.

—¿Vestirte? Ay, señor... —Hizo una pausa—. ¿Estás desnudo?
Solté una risita.

—Acércate y lo averiguas.

Sacudió la cabeza.

—No va a ocurrir. Me has mentado. Y ¿sabes qué? Soy mayorcita y no necesito niñera. Llevo viviendo sola suficiente tiempo como para demostrarlo.

—Eh, venga, Ivy. No te he mentado. *Iba* a contarte lo del apartamento. Pero es que no he tenido tiempo. No lo he comprado porque quiera ser tu niñera. —Me acerqué a donde estaba—. No estarás enfadada conmigo, ¿verdad? No he hecho nada malo. El sitio estaba en venta y lo compré. No tenía intenciones secretas de espiarte día y noche.

—Sí, pero no es cualquier sitio; es el que está justo al otro lado de esta pared. —Señaló una de las paredes de la cocina.

—Era el más cercano que pude encontrar en ese momento. No sabía que te quedarías en mi cama incluso antes de que me mudase al apartamento de al lado.

—Pero qué... —Me “atacó” con un trapo de cocina, lo que me pareció bastante gracioso, debo decir.

—Cuidado, cielo. O vas a poder “verme” en toda mi gloria y esplendor. Aunque no hay nada que no hayas “visto” antes.

—¡Deja de reírte de mí! Sigo enfadada. *Muy* enfadada.

La agarré de las muñecas y la acerqué hacia mi pecho.

—¿Hay forma de que pueda mitigar ese enfado?

—No.

—Piénsalo.

—¡No!

—Vale. ¿Y si cocino y cenamos en el apartamento de al lado?

—De ninguna forma.

—¿Es porque no he comprado una cama aún?

Intentó ocultar su sonrisa.

—Es porque tengo una sesión de natación hoy con los niños. Fue idea tuya, ¿recuerdas?

—¡Ah, cierto! Lo que significa que te veré en la piscina.

—¿Vas a venir al final?

—No me perdería verte en bañador por nada del mundo. —Me acerqué más y posé mis labios sobre los suyos.

—Acuérdate de que los niños también estarán ahí —dijo, apartándose hacia atrás.

—Me aseguraré de que ninguno me vea ligando contigo.

—Pero te oirán, listillo. Su oído es mucho mejor que el tuyo.

—Bueno, estoy seguro de que me lo pasaré bien nadando contigo. Nos vemos luego. —Volví a darle un fugaz beso y me fui, esperando que su “enfado” no durase para siempre.

—Vale, niños, ¡escuchadme con atención! —dijo Dave, el fisioterapeuta—. La piscina no es muy profunda, podéis nadar y jugar en ella si vuestros pies tocan el suelo. La señorita Ryan, el doctor Burke y yo os estaremos vigilando. Si queréis salir del agua, avisadnos a uno de nosotros. ¿Está claro?

—¡Cristalino! —dijeron los niños al unísono. Podía oír el entusiasmo en sus voces.

—Ese gorro de baño te queda muy gracioso —le susurré a Ivy.

Con una sonrisa, me dio un codazo en el costado.

—Calla. Seguro que tú estás más gracioso aún.

—Aunque me gusta el traje de baño —añadí—, preferiría un bikini, pero este es genial también. —Era negro y marcaba a la perfección el contorno de sus pechos—. ¿Crees que podríamos quedarnos en la piscina cuando acabe la clase?

—¿Para qué?

—Bueno... para nadar, claro. Los dos solos. A no ser que tengas una idea mejor de lo que podríamos hacer aquí los dos, completamente solos.

—¡Ni pensarlo! ¿Te acuerdas de que aún estoy enfadada contigo? Además, ¿cómo se lo íbamos a explicar a Dave?

—Si su presencia es lo único que te incomoda, hablaré con él. Seguro que no le importará que nos quedemos.

—¿No tienes trabajo que hacer?

—Ya lo he terminado por hoy, soy todo tuyo.

Ella sonrió, pero no dijo nada. Después, se acercó a la piscina e hizo una llamada para atraer la atención de los niños.

—¿Os acordáis de las normas para nadar en la piscina?

—Hay que tener cuidado de no hacerle daño a nadie —dijo uno de ellos—. Vigilar el carril flotante o escuchar los pitidos del dispositivo que hay en el extremo de la piscina.

—¡Correcto! Y ahora, que disfrutéis.

—¿Cómo pueden ver los carriles flotantes? —pregunté con curiosidad.

—Algunos de ellos tienen poca visión, pueden ver luces al igual que distinguir colores vivos.

—Ah, ya veo.

—¿Y tú? ¿Cogiste miedo a nadar después de haber perdido la vista?

—Ni te lo imaginas. Más que nada tenía miedo a ahogarme. Aunque siempre me había gustado nadar y era buena nadadora. La primera vez que nadé después del accidente fue horrible. No puedo decir que estuviera entusiasmada, más bien asustada; me castañeaban los dientes del miedo

y del frío. Pero, como siempre, Emery vino al rescate. Fue a la piscina y utilizó todas las técnicas que pudo encontrar en internet para hacer que mis miedos desaparecieran.

—¿Cuándo decidiste que querías ayudar a niños con los mismos problemas que tú?

—Hace unos ocho meses. Emery insistió en que asistiera a una de las clases para ciegos. Estaba enfocada en la parte psicológica de la discapacidad. Pero, al final, me di cuenta de que no las necesitaba. Un día entré sin querer en otra clase en la que había niños de diferentes edades hablando sobre la ceguera. Pensé “¿por qué no ayudarles?”. Había aprendido muchos trucos sobre cómo actuar “normal” siendo ciega, y podía compartir mis conocimientos con ellos. Mi primera clase fue de cinco niños. Más tarde, el número creció hasta doce.

—Te gusta pasar tiempo con ellos, ¿no?

—Si no me gustase, no lo haría. Oye, ¿te dijo Emery lo de la fiesta de cumpleaños de Jesse?

—Sí. He recibido mi invitación en forma de Batman esta mañana. Pero hay más de un evento al que me gustaría que vinieras conmigo...

—Ah, ¿qué tipo de evento?

—El desfile de moda de Elizabeth. Es el domingo, dentro de tres semanas.

—¿Estás diciendo que quieres que vaya a Pittsburgh contigo?

—Sí. Solo un fin de semana. Liz se alegraría de vernos.

—No sé... ¿Crees que es buena idea? Me refiero a que ya sabes lo que odio los actos públicos.

La rodeé con un brazo y dije:

—Estaré ahí contigo. No pasará nada.

—¿Estará también tu hermana?

—Sí. —Me eché a reír—. ¿Hay algún problema?

—Va a hacer preguntas...

—Ya sabe todo lo que necesita saber.

—¿Podrías ser más específico, por favor?

—Bueno, sabe que no puedo vivir sin ti, lo que es más que suficiente para que deje de hacer preguntas tontas.

—Así que no puedes vivir sin mí, ¿eh?

—Pensaba que ya habías pasado suficiente tiempo conmigo como para haberte dado cuenta.

—O puede que solo quiera oírlo más a menudo...

—Dalo por hecho. —La besé en los labios brevemente y dije—: ¿y si nos unimos a los niños en la piscina? Quiero comprobar lo rápido que nadas.

—Prepárate para perder la carrera, doctor Burke.

—Si eso significa que ganes tú, la perderé un millón de veces.

Ivy

—O sea que tú y el señor Doc...

Miré a Jesse y solté una risita.

—¿Que nosotros qué?

—Estáis teniendo una aventura, ¿a que sí?

—Dios, ¿quién te ha enseñado a hablar así? Estamos saliendo, así es como yo lo llamaría.

—Vale. ¿Entonces estáis saliendo, o no?

—Más o menos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que eres un poco joven para andar haciendo esas preguntas.

—Acabo de cumplir once, ¿recuerdas?

—Sí, CHICO MAYOR, pero sigues siendo demasiado joven para hacer preguntas sobre mi vida privada.

—Si voy a acompañarte al altar, necesito saberlo todo sobre el tipo con el que vas a casarte.

—Pensaba que tu abuelo sería quien me acompañase al altar.

—Es el más viejo de la familia, pero yo soy el cabecilla.

—Por supuesto. Espera, ¿has dicho “casarte”? ¿Me he perdido la parte en la que se suponía que tenía que haber una pedida de mano?

—Pensaba que casarse era el siguiente paso lógico después de salir.

Emery, que estaba sentada junto a mí, se echó a reír.

—Mi noble muchachito, qué poco sabes sobre salir con alguien y los pasos siguientes.

—¿Cuánto cuesta casarse?

—Si se lo preguntas a tu padre, estoy segura de que te dirá que aún lo está pagando.

—¿Tanto? —Jesse frunció el ceño—. Solo tengo veintipico dólares en mi hucha. ¿Es suficiente para comprar un anillo de prometida?

—Depende del anillo que quieras comprar. —Sonreí—. ¿Puedo preguntar quién es la afortunada?

—Mary Seaton; es una compañera de clase y estamos saliendo.

—¿Desde cuándo? —preguntó Emery, realmente sorprendida.

—Desde esta mañana, cuando me trajo un pastelito con caramelo por encima con una vela por mi cumpleaños. Supongo que significa que le gusto. Y a mí también me gusta ella; tiene una bonita sonrisa. —Abrió otro regalo y le dijo a su madre—: ¿crees que el señor Doc. es una buena opción para Ivy?

—Eso creo.

—¿Alguien quiere saber mi opinión? —pregunté, fingiendo estar ofendida.

—No en este caso en particular, tiita —respondió Jesse—. ¿Ves? Eres un caso perdido en lo que a hombres se refiere. Por eso necesitas nuestra ayuda profesional.

—¿Profesional? —rió Emery—. ¿Por qué no abres el resto de tus regalos, celestina? ¿Has visto lo que te ha traído Stanley?

—Sí. Su regalo es el primero que he abierto.

Sorprendida, dije:

—¿No eran mis regalos los primeros que abrías?

—Este año no. Como ya he dicho, necesito saberlo todo sobre tu futuro marido, y se suponía que su regalo me tenía que impresionar.

—¿Y ha logrado impresionarte?

—Absolutamente.

—¿Quiere eso decir que me das permiso para salir con tu tía? —preguntó Stanley al entrar en la habitación.

—No tan rápido, señor Doc. Todavía te estoy vigilando.

Todos reímos.

—Vale, chicos, es hora de la tarta de cumpleaños —dijo Emery—. Vamos a dejar esta entretenida conversación para luego.

Jesse y mi hermana fueron al comedor, y Stanley y yo las seguimos.

—¿Recuerdas la noche en la que nos conocimos? —preguntó mientras me cogía de la mano.

—Claro que sí.

—¿Qué pensaste sobre mí?

—Pensé que eras el primer hombre en años al que tenía miedo de decepcionar.

—Pero no me conocías. ¿Por qué te importaba mi opinión?

—No lo sé. Simplemente sentía que quería impresionarte.

—Bueno, pues hiciste un gran trabajo. Quedé más que impresionado.

—Esta cama es enorme —dije, de pie junto a una de las camas que Stanley quería comprar. Ni siquiera sabía dónde empezaba y dónde terminaba.

—Ahí está la cuestión: necesito una grande.

—*Grande* y *enorme* son dos cosas diferentes.

—En este caso, el tamaño *sí* importa, cielo. Me la quedo —le dijo al vendedor.

Los seguí hasta la caja, mientras susurraba:

—¿Vas a jugar a fútbol encima?

—Sobre lo que voy a jugar encima hablaremos luego, y no en la tienda.

Dios, esperaba que el vendedor no hubiera oído su respuesta. Se me sonrojaron las mejillas.

—Te estás poniendo roja. —Cómo no iba Stanley a prestar atención a mi más que evidente bochorno.

—No, ¿en serio? Me arrepiento del día en que acepté ayudarte a buscar una cama nueva.

—Tu rubor es muy gracioso. Hace que me acuerde de todas las cosas que hacen que se te sonrojen las mejillas.

La mujer que había frente a mí se echó a reír. No sabía qué edad tenía, pero me dieron ganas de irme enseguida de la tienda. Pero ya que estaba ahí con Stanley y que no podía encontrar sola la salida, no me quedaba otra que quedarme y esperar a que pagase la maldita cama.

—¿Era esta la última compra de hoy? —pregunté cuando nos dirigíamos al aparcamiento.

—Necesito que me ayudes con otra cosa: un caballete.

—¿Para qué? ¿Vas a intentar pintarme?

—Solo si accedes a posar desnuda. Y quiero que tengas un sitio en mi apartamento en el que pintar. Nunca te he visto trabajar sobre un caballete.

—¿También desnuda?

Se rio.

—Cuanta menos ropa lleves mientras trabajas, mejor. Me dará mejores vistas de las que disfrutar.

—Teniendo en cuenta la poca ropa que llevaba cuando nos conocimos, supongo que nunca habrás dejado de pensar en desnudarme del todo.

—Culpable.

Al volver a casa de Stanley preparamos la cena y desempaquetamos unas cuantas cajas más

que nos quitaban las vistas de la ciudad de noche. El caballete que habíamos comprado estaba de pie frente al ventanal que llegaba hasta el suelo. Tenía muchísimas ganas de trabajar en él.

—Cuéntame algo que no sepa sobre tu vida de ciega.

Stanley y yo nos sentamos en el sofá con dos copas de vino en las manos. Me recordaba a la noche en la que habíamos compartido cena en mi apartamento, la noche en la que nos besamos por primera vez. Fue muy inesperado, pero fantástico sin duda.

—Al principio, cuando intentaba encontrar cosas, a Jesse le encantaba sustituir algo que estuviera buscando por otra cosa como gelatina o pegamento líquido. Nos hacía reír mucho a ambas.

—Seguro que sí.

—Más de una vez entré en el baño de hombres pensando que era el de mujeres. Y nunca sé si lo que pongo en mi café es sal o azúcar. Porque, una vez más, gracias a Jesse, los dos tarros están siempre mezclados. Aún le parece divertido.

—¿Y qué hay de la rutina diaria? ¿Hay algo especial que debiera saber?

—¿Qué son todas estas preguntas?

—Bueno, quiero estar preparado...

—¿Para qué?

—Para el día en el que accedas a dormir en mi cama y no marcharte después.

—¿Quiere eso decir... que quieres que viva aquí, contigo?

—Sí. ¿Es muy temprano para preguntártelo?

—No me malinterpretes, pero... compartir casa con alguien como yo es más un reto que un placer.

—Ya sé que todas las cosas que utilizas a diario deberían estar siempre en el mismo sitio. No creo que sea difícil acostumbrarse.

—De hecho, sí. Me llevó meses acordarme de dónde tenía que estar todo.

—Tengo una idea... ¿Y si me quedo en tu casa una temporada? Para ver cómo funciona todo.

—Pero ¿te das cuenta de que tendrás que dormir en mi cama, y no en tu supe moderna *cama-reino*?

—Sobreviviré. Siempre que accedas a compartir cama conmigo, no me importa lo demás.

—En ese caso... vale.

¿Estaba segura de que no me importaba que compartiese apartamento conmigo? No lo sabía. Pero me moría de ganas de intentarlo. Al fin y al cabo, si había algo que no le gustara siempre podía volver a su apartamento.

—Una advertencia, Stanley: si mi hermana viene de visita...

—Prometo no andar desnudo por tu apartamento.

CAPÍTULO DIECISIETE

—¿Hay alguna explicación lógica para ir con una venda en los ojos a las nueve de la mañana cuando estás en el trabajo? —Emery entró en mi despacho con una taza humeante de café en las manos. No la vi, pero podía oler el aroma.

—Necesito aprender un par de cosas. Me he mudado con tu hermana —dije, intentando llegar desde la ventana hasta mi escritorio sin destrozarme nada en el camino. Mi primer intento hizo que acabase con un moratón en el costado: me había olvidado del archivador que había entre la ventana y el escritorio. Si hubiera habido un elefante en la habitación, sin duda también se me habría olvidado.

—¿Que has hecho qué? —El sonido de una bandeja contra la superficie de cristal de mi escritorio fue demasiado alto como para fingir que no lo había oído.

—¿Has derramado mi café?

—¿Cómo leches sabes eso? No, tengo una pregunta mejor: ¿por qué soy la última en enterarse que Ivy y tú estáis viviendo juntos? No es que me importe, pero siento que ella ya no me necesita, lo que es un poco ofensivo. Odio los papeles secundarios.

—Lo siento, no hemos tenido tiempo para contártelo. —Por fin, palpé la silla y me senté mientras me quitaba la venda—. Ivy dice que necesito acostumbrarme a ciertas cosas de su estilo de vida. Así que he pensado que podía empezar con una venda. Ya sé que no es lo mismo que estar oficialmente ciego, pero al menos puedo imaginar cómo tiene que ser para ella. Y, sinceramente, no sé cómo lo hace. Solo he necesitado tres pasos para chocarme contra el archivador, mientras que ella anda por su apartamento como si pudiera verlo todo mejor que yo.

Emery rio por lo bajo.

—A Ivy le llevó algo más que tres pasos el acostumbrarse a su nueva vida. Por cierto, ¿por qué en su apartamento y no el tuyo?

—He pensado que sería más fácil para ella tenerme en su territorio, al menos por el momento. Al fin y al cabo, nunca ha compartido casa con nadie después de quedarse ciega, sobre todo con un hombre. Haber vivido en tu casa no cuenta. Además, ya sabes lo desordenado que puedo ser a veces. Mi nueva casa sigue estando hecha un desastre.

—Sí, bueno, suerte a los dos.

—¿Han sido cosas mías o has puesto una buena dosis de sarcasmo en tus palabras?

Una sonrisa sagaz, es decir, diabólica, apareció en su rostro de sabelotodo.

—Han sido cosas tuyas.

—Gracias de todas formas. Está claro que necesitaré suerte. Y ahora, ¿cuál es el plan para hoy?

Ivy

Intenté alcanzar el cepillo de dientes y no hallé nada.

¿*Qué demonios?*

—¿Stanley? —llamé desde el baño—. Ven aquí, por favor.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde has dejado mi cepillo de dientes?

—Está justo ahí. Como siempre. —Me cogió la mano y me puso el cepillo en ella.

—¿Has movido la taza?

—No.

Juré en voz alta y, con esfuerzo, abrí la pasta de dientes; me temblaban ligeramente las manos.

—¿Estás nerviosa, Ivy? Pareces un poco nerviosa.

Mi estómago se revolvió nervioso en respuesta. Sentía que iba a vomitar. Otra vez.

—¿Estás nerviosa por el vuelo?

Era domingo por la mañana, y Stanley y yo estábamos haciendo las maletas para nuestro viaje a Pittsburgh.

—No es por el viaje. —Suspiré—. Es que lo que viene después me aterra. —Era verdad en parte, pero era mejor que, por el momento, mantuviese en secreto la verdadera razón de mi nerviosismo.

—¿El desfile de moda? —aclaró Stanley.

Asentí.

Se acercó y me rodeó entre sus brazos, acariciándome suavemente la espalda. Recé para no vomitarle en la camiseta.

—Ya te he dicho que no hay nada de lo que preocuparse. Crystal y Liz estarán ahí para contarnoslo todo sobre el desfile. Y yo lo haré lo mejor que pueda para hacer que te sientas cómoda.

—Has dicho que tus padres van a estar ahí también...

—Ah, ¿por eso no dejas de temblar? ¿Por qué vas a conocer a mis padres?

Volví a asentir, insegura.

—Vale... Escúchame, Ivy Ryan. Mis padres me conocen lo suficientemente bien como para saber que la chica que llevo a casa es especial en todos los sentidos de la palabra. ¿Sabes por qué? Porque nunca he llevado novias a casa. Hablé con mi madre anoche y me ha dicho que están deseando conocerte.

—¿Y si piensan que no soy lo suficientemente buena para ti? Ya sabes... Salir con una ciega suele convertirse en el motivo perfecto para juicios y rumores.

—No seas boba. Mis padres son mucho más abiertos de mente de lo que piensas. Tu ceguera no puede eclipsar la luz que irradia tu alma, y estoy seguro de que la verán. Además, sé que Crystal les ha hablado de ti. Y sabiendo lo mucho que me quiere, nunca diría nada inapropiado sobre la chica que estoy a punto de presentar a mis padres. ¿Te ha hecho sentir mejor algo de todo esto?

—Un poco.

Stanley acarició suavemente mi rostro y me dio un beso en los labios.

—Nunca he pensado que fueras una cobarde.

Reí por lo bajo.

—Eso es porque nunca antes había tenido que conocer a tus padres.

Me acordé del día en el que Kean y yo habíamos ido a conocer a sus padres. *Nerviosa* era una palabra que subestimaba por completo cómo me sentí aquel día. Pero ni siquiera esas emociones

podían compararse a mi estado actual. Sabía que no era solo el hecho de conocer al padre y a la madre de Stanley. Todo en ese viaje iba a ser nuevo para mí, o, para ser exacta, nuevo para mi yo invidente. Y teniendo en cuenta que mis náuseas no me iban a dar un respiro, esperaba que el viaje no acabase siendo un completo desastre.

—¿Vamos a quedarnos a dormir en casa de Crystal?

—Sí.

—¿Cómo de grande es su casa? ¿Tiene muchas cosas frágiles? No quiero romper nada.

Stanley soltó una risita.

—Le diré que las quite todas.

—No, por favor, no. No quiero que mi llegada sea causante de preocupaciones para ella. Estoy segura de que ya estará estresada por el desfile, y teniendo en cuenta que está embarazada, debería evitar el estrés en la medida de lo posible.

—Haz tus maletas y deja de pensar en romper los jarrones de Crystal o en cómo impresionar a mis padres.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Eso es lo único en lo que puedo pensar ahora. —Y también en cómo decirle a Stanley que nuestra vida estaba a punto de complicarse al máximo.

Me besó una vez más, más apasionadamente esta vez.

—Mmm... no estás ayudando —murmuré.

—Entonces deja de hacerme pensar en formas de distraerte de tus preocupaciones descabelladas. O vamos a perder el avión.

—Vale. —Inhalé profundamente—. Puedo hacerlo.

Esas fueron las palabras exactas que había estado repitiéndome desde el día en el que me quedé ciega.

Esas fueron las palabras que hicieron que me levantara y que siguiera en marcha, paso a paso, día tras día. Y esperé de verdad que ese día no me fallasen.

El taxi se detuvo y el taxista apagó el motor.

—Gracias —dijo Stanley mientras pagaba el viaje—. ¿Lista? —preguntó al volverse hacia mí.

—No. Pero ¿qué otra opción tengo?

—Ninguna.

—Es lo que pensaba. —Suspiré. Después, abrí la puerta y salí del coche.

El tiempo en Pittsburgh era mucho más cálido que en Washington, y de repente sentí que mi sudadera era demasiado gruesa para seguir con ella puesta, así que me la quité y esperé a que Stanley sacase el equipaje del maletero.

Podía oír las voces que venían del interior de la casa. ¿Cuánta gente había ahí?

—Solo están mis padres y Liam —dijo Stan como si hubiera escuchado la pregunta en mi mente—. Crystal y mis amigos están en el estudio, ayudando a Liz con los últimos preparativos. Venga, que te presento a mamá y papá.

—Vale. —Oí que el taxi se iba, y fui hacia la entrada, con Stanley cogiendo fuertemente mi mano en la suya.

Abrió la puerta con su llave y me empujó ligeramente hacia adelante. Atravesé el umbral y me detuve, sin estar segura de hacia dónde ir. Pero Liam vino en mi rescate.

—Ivy, qué placer volver a verte. —Se acercó más y me dio un beso en cada mejilla—. Deja que te coja la maleta.

Sentí que la mano de Stanley se posaba en mi espalda, e inmediatamente me sentí mejor.

—Gracias —le dije a Liam.

—Ey, tío. ¿Qué tal va todo? —le dijo a Stanley.

—Se me había olvidado lo bueno que es estar en casa.

—¡Bienvenido! —Oí que Liam le daba unas palmaditas a Stanley en la espalda—. Tu madre y tu padre están en la cocina. Han llegado esta mañana temprano porque la señora Burke no podía quedarse en la casa del lago y no hacer nada. Supongo que tiene demasiadas ganas de conocer a Ivy.

Una risa nerviosa se me escapó de los labios.

—Ya somos dos. A pesar de lo preocupada que he estado por el vuelo, ha acabado antes de lo que esperaba. Y os prometo que nunca he estado tan feliz de sentir el suelo bajo los pies. Menos mal que mis náuseas no han aumentado y he podido llegar a Pittsburgh sin ningún problema.

Liam dijo en un susurro:

—Se ha tomado dos margaritas, así que seguro que las presentaciones serán perfectas.

—Puede que debamos seguir su ejemplo y beber algo también. Al menos no me temblarían tanto las rodillas.

Stanley rio por lo bajo, aún de pie a mi espalda.

—Todo va a ir bien. Venga.

—No hay nada a lo que tenerle miedo salvo al miedo, ¿recuerdas? —dijo Liam.

—Y a las serpientes —añadió Stanley—. Putas serpientes.

—Dijo el cirujano plástico que corta a la gente a diario.

—Odio las serpientes desde el día en que Kameron trajo una a la casa del lago.

—Recuerdo ese día —rio Liam—. La puso en el sofá y tú perdiste los nervios cuando te sentaste encima.

—¡Agh! La simple idea de tocar esa criatura resbaladiza me da náuseas.

Sabía que estaban intentando distraerme, y funcionó.

Entre risas, entramos en la cocina y sentí que dos pares de ojos se clavaban en nosotros.

—¡Ay, mi chico mayor ha vuelto a casa! —dijo la señora Burke, y sus tacones fueron haciendo clac-clac para darle un abrazo a su hijo.

—Hola, mamá. Te he echado de menos —dijo Stanley.

—Nosotros a ti también —respondió una voz masculina. Al parecer, pertenecía al señor Burke.

—Y esta jovencita debe de ser Ivy —dijo la madre de Stanley. Vino hacia mí y cogió mis manos entre las suyas—. ¡Mírate, qué muñeca! Siempre he sabido que mi hijo era un experto en belleza, y no estaba equivocada. Bienvenida a casa —dijo mientras me rodeaba entre sus brazos.

Emanaba calidez y amabilidad. Llenaban su tacto y cada una de sus palabras. Y estoy segura de que los margaritas no tenían nada que ver.

—Llámame Verónica —dijo, dando un paso atrás.

—Encantada de conocerte.

—Y el padre del chico —dijo el señor Burke, dándome un apretón de manos—. Me alegra ver que mi hijo ha encontrado a alguien que haga que su vida en Washington no sea tan solitaria. Nunca quisimos que se fuera, pero era lo que él quería, y al final parece que tomó la decisión correcta.

Cuando acabamos con las presentaciones, mis miedos se desvanecieron. Incluso sin haber

visto a los padres de Stanley, sabía que eran buenas personas. Esperaba gustarles lo suficiente como para que creyeran que su hijo sería feliz conmigo.

—Crystal ha dejado un pequeño regalo para ti. Está arriba —dijo Verónica—. Vamos y te lo pruebas. Chicos, esperad aquí.

Me cogió de la mano y dijo disimuladamente:

—Es algo que tú y yo tenemos que abrir sin ellos.

Salimos de la cocina y subimos al piso de arriba.

—Esta es la antigua habitación de Stanley —dijo al abrir la puerta para que pasara—. Crystal ha dejado todo como estaba cuando Stanley vivía aquí. Dice que quiere que se sienta en casa siempre que vuelve.

—¿Qué colores tiene la habitación? —pregunté.

—Hay mucho azul oscuro y blanco. La tela de las cortinas y la cama es plateada, al igual que las lámparas de las mesitas de noche. Hay una estantería a tu derecha, y la puerta del baño está a tu izquierda. El armario está a la izquierda de la cama que tienes delante.

Sonreí.

—Gracias por la descripción tan detallada. Nunca sé qué esperar de los sitios nuevos.

—Pero he oído que eres muy buena en “sentir” lo que te rodea.

—Es cierto. Pero no saldría a dar un paseo sin el navegador o sin el móvil.

—Stanley dice que trabajas con niños.

—Sí. Me encantan los niños. Son mucho más valientes que la chica en la que me convertí después del accidente. No se lo piensan dos veces antes de dar el siguiente paso. Son intrépidos. Y es increíble. Hacen que crea que no hay nada imposible en el mundo.

—Cuando Stanley era niño tenía miedo de su propia sombra.

—¿De verdad?

Verónica dijo con una sonrisa:

—No podía creerme que quisiera ser médico. Una vez le pregunté si no le daba miedo la sangre. Y él dijo, “no, la sangre solo es sangre. No es una araña ni una serpiente”.

Sonreí.

—Eso es muy propio de él.

—Pero no le digas que te he contado lo de las arañas y las serpientes. Es un hombre hasta la médula. Odia cuando sacamos a colación historias de cuando era niño.

—No le diré ni una palabra.

—Bien, y ahora ¿por qué no abrimos el regalo? —Tiró de mi mano y me llevó hasta lo que supuse que era la cama—. Aquí está. —Me dio una caja, grande, pero no muy pesada.

—¿Sabes lo que hay dentro? —pregunté con curiosidad.

—Sí.

Impaciente, dejé la caja sobre la cama y la abrí. Desenvolví el papel que había dentro y hallé algo sedoso. Era liso y frío.

—Es un vestido, ¿no? —supuse.

—Elizabeth lo ha hecho para ti. Es uno de los vestidos que estará en la pasarela esta noche.

—Ay, Dios mío...

—Es de un color morado oscuro, con una decoración de *paillettes* apenas visibles en la parte de abajo. Brillan cuando la luz se refleja en su superficie. Liz dijo que el color resaltaría el verde de tus ojos.

—¿Llega hasta el suelo?

—Sí. No tiene tirantes, y la parte de arriba debería ir atada al cuello.

—¿Puedes ayudarme a ponérmelo, por favor?

—Por supuesto.

Me quité los vaqueros y la camisa y los dejé sobre la cama, chocándome los cinco mentalmente a mí misma por haberme puesto un conjunto nuevo de lencería negra de Intimissimi.

—Sube los brazos —dijo Verónica. Después me colocó el vestido por arriba y tiró de él hacia abajo hasta mis caderas y mis piernas.

Intenté dar unos pasos y me sorprendió lo bien que me quedaba.

—¿Cómo ha sabido mi talla Elizabeth?

—Es diseñadora. Supongo que con echarte un vistazo ya sabía todo lo que necesitaba para hacerte un vestido.

Deslicé las manos por la suave tela.

¿Qué puede hacerle un vestido a una chica? *Hacerla hermosa... Aunque ella no pueda verlo.*

—Me encanta —le dije a Verónica.

—Me alegro. ¿Quieres que te ayude con el maquillaje y el pelo?

—Solo con la máscara de pestañas. Esa cosa tonta no coopera, sin importar lo mucho que intento que me obedezca.

—Todas las chicas tenemos los mismos problemas.

—¿A qué hora tenemos que estar en el estudio?

—A las siete de la tarde. Aún nos queda mucho tiempo para prepararnos para el desfile. ¿Qué te parece si volvemos a la cocina y preparamos algo para comer? Te voy a hacer una confesión: los margaritas han sido lo único que he comido hoy. —Soltó una risita—. Estaba muy nerviosa antes de que llegaras. Stanley nunca me había presentado a una novia. Por eso sé lo que significas para él.

—Él también significa mucho para mí.

—Eso es todo lo que necesito saber, cielo. Espero que os hagáis muy felices el uno al otro.

Palpé la cama, me senté en ella y dije:

—Me trae una serenidad que nunca puedo sentir sin él. Es más que felicidad para mí.

Sin palabras, Verónica se sentó junto a mí y me abrazó con fuerza. Después, dijo:

—La felicidad es lo que te enciende por dentro. Si la sientes, la tienes.

—¡Daos prisa, chicas! No querréis hacer esperar a los invitados, ¿no? —Reconocí la voz de Crystal—. Jesús, Debby, ¿te has visto el culo? Parece que hubieras comido una tonelada de bombones.

—Dales un respiro, hermanita —dijo Stanley—. Chicas, estáis increíbles, no importa lo que diga esta embarazada. Tiene las hormonas un poco revolucionadas.

—Ay, señor, ¿por qué no me ha avisado nadie de que ya estabais aquí? —Oí que Crystal se acercaba a nosotras—. Ivy, cariño, estás espectacular. —Me besó en la mejilla y añadió—: Liz se va a morir cuando vea lo perfecto que te queda el vestido. Y tú —dijo girándose hacia Stanley—, se suponía que íbas a llamarme antes de salir de casa, ¿recuerdas?

—Pero te encantan las sorpresas, ¿no?

—Sí. Pero hoy no. Porque hoy todo tiene que ir de acuerdo con el plan. MI plan.

—¿Y Liz? ¿Tiene ella algún plan para el desfile?

—Está demasiado ocupada terminando el vestido que una de las modelos se las ha arreglado para estropear cuando se lo estaba probando. Os juro que esta es una locura de desfile. ¡Oye, tú! ¡Sí, tú, idiota, esas flores tienen que ir al bar, no aquí!

—¿Hay algo con lo que podemos ayudarte? —le pregunté a Crystal.

—La verdad es que sí, coge mi iPad y asegúrate de que las chicas están listas para salir al escenario. El narrador te irá leyendo los nombres.

—Vale, puedo hacer eso.

—Stanley, ¿vienes conmigo?

—¿A dónde?

—Tú sígueme sin hacer preguntas innecesarias.

—¿Estás bien aquí? —me preguntó antes de irse.

—Sí, claro. —Me daba un poco de miedo quedarme en una habitación llena de gente que no tenía ni idea de que no podía verlos y fingir que no importaba. Entonces pensé que si hasta Crystal podía lidiar con ello embarazada, no debería ser difícil seguir su ejemplo—. Chicas, voy a leer vuestros nombres y me decís si estáis listas para salir. ¿Vale?

—Vale —dijeron al unísono.

Alrededor de media hora más tarde, Stanley, sus padres, Liam y yo estábamos sentados en la fila frontal, esperando a que empezase el desfile. Kameron, Liz y Crystal estaban entre bastidores, asegurándose de que nadie desbarataba el espectáculo, y bueno, de que Crystal no mataba a nadie por no obedecer sus órdenes. Me pregunté si su humor actual sería resultado de su estado o si sería así normalmente.

—¿Qué quería tu hermana? —le pregunté a Stanley. Me tenía agarrada de la mano, y su otra mano descansaba detrás de mi silla. Sentía que trataba de protegerme de todos los que estaban en la sala, aunque no fuese necesario.

—Necesitaba ayuda con algunas cosas.

—¿Sabes lo que ha hecho para que este desfile sea “visible” para mí?

—No. ¿Qué ha hecho?

—Ha grabado descripciones de todos los vestidos que Liz ha diseñado para esta noche, para que cuando empiecen a desfilar por la pasarela sepa cómo es el vestido. Qué detalle, ¿verdad?

—Y tanto. —Stanley posó los labios sobre mi pelo y sentí como si quisiera decirme algo, pero no se atreviera.

—¿Va todo bien? Estás tenso.

—Estoy bien, es que...

—Ivy, ven conmigo —dijo Crystal, interrumpiéndole en mitad de la frase.

—Um, ¿para qué?

—Liz te necesita.

Sorprendida, me puse en pie y salí de la sala con Crystal. Fuimos al despacho donde nos estaba esperando Liz.

—Necesito pedirte un favor —dijo Elizabeth—. Se suponía que el vestido que llevas puesto iba a cerrar el desfile y quiero que lo hagas tú.

—¿Qué? —Impactada no era una palabra lo suficientemente fuerte para describir como me sentí en ese momento—. No veo por dónde voy, ¿recuerdas?

—No te preocupes, Ivy. Liz caminará por la pasarela contigo. Ya que tu vestido va a ser el

último del desfile, ella, como diseñadora, tendrá que darles las gracias a los invitados por venir esta noche.

Liz volvió a hablar.

—El día en que te conocí en la inauguración de la clínica de Stanley, supe que estarías increíble con este vestido de mi nueva colección.

—¿Por esto estaba Stanley actuando como si hubiera una bomba en la sala y él lo supiera?

Liz y Crystal se echaron a reír.

—Le pedí que no te dijera nada —dijo Crys—. Sabía que nunca aceptarías este pequeño reto.

—Uf, estáis de broma, ¿verdad? No soy modelo; no tengo ni idea de cómo desfilas.

—Ni yo —dijo Liz—. Soy diseñadora. Pero hoy, quiero que camines por la pasarela conmigo. Por favor.

—No tengo opción, ¿verdad?

—Lo siento, muñeca, esta noche no —contestó Crystal—. Créeme, te encantará. Si no estuviese embarazada, lo haría yo misma encantada.

—¿Qué tal si hacemos un trato? —dijo—. Si yo acabo el desfile de hoy, tú empezarás el siguiente. Será después de que des a luz al bebé. Y será una venganza justa por lo de hoy.

Liz rio por lo bajo.

—No me importaría que Crystal empezase mi próximo desfile. Ya sé que siempre ha estado un poco celosa de que sean las modelos quienes caminen por la pasarela.

Giré la cabeza hacia donde sabía que estaba Crystal.

—¿Y bien?

—Vale. Tú ganas. Pero quiero que mi vestido sea para morirte.

Liz dijo:

—No hay problema, teniendo en cuenta que eso es lo que dices de todos mis vestidos.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Stanley

Ivy caminó por la pasarela como si fuera suya. Su vestido se movía al vaivén de sus pasos y la parte de abajo ondulaba tras ella, como si el viento jugase con él. Tenía la vista al frente y su mano agarrada a la de Elizabeth.

Sabía que estaba nerviosa. Aunque nada en su apariencia lo demostraba. Sonrió ante los aplausos que vinieron tras las palabras de agradecimiento de Liz, y dio un cauteloso paso y luego otro, hasta que sintió que podía caminar por sí sola.

Se me paró el corazón ante el amor tan poderoso que sentía por ella. Lo admiraba todo de ella, desde la forma en la que trataba su ceguera hasta la amabilidad de corazón que llenaba sus clases con los niños. Ponía al prójimo primero, y nunca se quejaba.

Todo el mundo se puso en pie, y más aplausos llenaron la sala.

—Vete —dijo Liam, dándome un empujoncito hacia la pasarela. Sabía que yo pensaba que hacer desfilar a Ivy no era una buena idea. Aunque después de lo que había visto, mi opinión había cambiado.

Subí las escaleras, sosteniendo un ramo de flores que le di a Liz. Después rodeé la cintura de Ivy con el brazo y la ayudé a bajar de la pasarela.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó entusiasmada.

—Has estado espectacular, como siempre.

Dejó escapar un suspiro de alivio.

—Espero no haber arruinado el final del desfile. Sabías que me iban a obligar a hacer esto, ¿a que sí?

—Intenté que cambiaran de idea, pero ya conoces a mi hermana: si toma una decisión, es casi imposible detenerla. Y teniendo en cuenta que está embarazada, intentarlo sería en vano.

—La verdad es que me ha gustado. Pensaba que iba a caerme y que todos se reirían de mí. Pero aquí estoy, con el vestido intacto y nadie se está riendo. Supongo que es todo un éxito.

—Me encanta el vestido, pero me encantaría aún más verte sin él.

—¿Ahora mismo?

Sonreí y susurré en su oído:

—¿Añadimos la pasarela a mi lista de sitios para “jugar”? Puedo hacer una en mi apartamento, si quieres.

—¿Para poder desfilar desnuda todas las noches para tu deleite?

—Me parece un plan perfecto.

—Sea cual sea el plan que te propone, piénsatelo dos veces —dijo Liam, acercándose.

—¡Mira quién fue a hablar!

—Comportaos, chicos —dijo mi hermana, trayendo champán para Ivy y yo—. Dios, mataría por un sorbito. ¿Por qué hay tantas restricciones con el embarazo? —Lanzó una mirada extraña a

Ivy que no entendí—. De todos los periodos en la vida de una mujer, no puede beber cuando está embarazada. ¡Es una tortura máxima!

Ivy rio entre dientes.

—Emery te chocaría los cinco por esas palabras. Cuando estaba embarazada de Jesse, no podía pensar ni hablar de nada que no fuera un chupito de tequila. Bueno, cinco chupitos de tequila con sal y limón, para ser exactos.

Crystal casi lloró.

—¡Se me está haciendo la boca agua!

—Tú fuiste la que lo quiso, cielo, ¿recuerdas? —Liam la atrajo tiernamente para abrazarla.

—No sabía que parecería un desastre andante, obsesionada con comida picante, bebidas seductoras y, en general, todo lo prohibido. Lo único que tacha todo lo anterior es la idea de ver a mi bebé por primera vez. Me muerdo de ganas de tenerla entre mis brazos.

—¿Así que va a ser una niña? —pregunté.

—Sí, y espero que sea igualita que su padre. —Crystal miró cariñosamente a Liam.

Miré a Ivy y noté que la tristeza cruzaba sus rasgos. Volví a pensar en lo que había pasado hoy, pero no recordaba nada que pudiera haberla molestado. No era la primera vez que veía cómo su expresión cambiaba de alegre a pensativa y algo triste. Últimamente, se había estado comportando algo diferente. No le hice preguntas, por miedo a estar metiéndome en algo demasiado privado que no quisiera compartir conmigo. Hablábamos sobre todo, pero a veces me daba la sensación de que me estaba escondiendo algo.

—¿Va todo bien? —le pregunté.

—Sí. —Forzó una sonrisa y se volvió hacia Crystal—. ¿Me acompañas al baño de señoras, por favor?

—Claro, muñeca.

Se fueron, pero no me creí las mentiras de Ivy. No estaba bien.

—He oído que ahora compartís apartamento —dijo Liam mientras seguía a su mujer con la mirada—. ¿Qué le parece lo de compartir casa contigo?

—Se está acostumbrando.

—¿Y tú?

—Me estoy volviendo adicto a despertarme con ella entre mis brazos.

Una sonrisa cómplice cruzó el rostro de Liam.

—Me suena.

Ivy

Me quedé de pie frente al lavabo, con el agua corriendo por mis manos. Las lágrimas me quemaban los ojos, pero no dejaría que cayeran.

—Stanley me ha contado lo de vuestra aventura en el circuito —dijo Crystal—. ¿Disfrutaste?

Tragué el nudo que se me había hecho en la garganta. La cabeza me daba vueltas un poco.

—Y tanto. —Me abordó una nueva oleada de náuseas. El estómago se me contrajo y me dolía. Seguí tragando, intentando que mi garganta dejara de contraerse. Casi podía notar el sabor al fondo de la boca.

Ahora no, por favor, otra vez no...

—Oye, ¿estás bien? —Crystal me tocó la mano, y sentí su piel caliente en contraste con la mía.

—¿Qué se siente... al tener un bebé creciendo debajo de tu corazón? —A pesar de que había sido testigo de los tres embarazos de mi hermana, nunca le había hecho esa pregunta. Además, necesitaba una distracción.

—Es algo muy especial, como magia que no pudieras ver, solo sentirla en tu interior.

Me tragué otra vez el impulso de vomitar.

—Hace que me sienta empoderada —continuó Crystal—. No soy la Virgen María, claro, pero juro que este bebé que hay en mi interior lo significa todo para mí. Revoloteo por las tiendas de bebés, cogiendo todas las cosas que mi niña podría necesitar. También compro muchas cosas que sé que no usaré nunca, pero son tan monas que no puedo evitarlo. Y si me preguntas por cosas más reales... meo *mucho*, tengo que ir corriendo al baño cada diez minutos o así. A veces hace que me sienta tan furiosa que me dan ganas de darle un puñetazo a algo.

Reí por lo bajo.

—Me lo imagino. —Tras inhalar profundamente varias veces, me sentí algo mejor.

—Por no hablar de que doy mil vueltas por la noche. Ninguna postura me parece lo suficientemente cómoda para dormirme.

—Eso es lo que le he oído decir a Emery. Podía pasarse toda la noche en vela y luego estar dormida todo el día. Decía que se sentía como un búho.

Crystal no hizo ningún comentario a eso.

—¿Es porque Stanley y tú habéis empezado a vivir juntos?

—¿Qué? —Me di la vuelta algo asustada de que supiera la razón de mi extraño comportamiento.

—Me refiero a lo de tus preguntas sobre el embarazo... Se está tomando la relación muy seriamente. Seguro que ya se ha imaginado siendo padre una docena de veces. ¿Te molesta?

—Sí.

—¿Por qué?

—Es evidente: creo que se merece a alguien mejor que yo. Sí, con todo el tiempo que hemos pasado juntos y todavía tengo ese miedo estúpido a decepcionarle un día. No quiero que se arrepienta de su decisión.

—¿Lo dices en serio? ¿Qué hay mejor que ser feliz con la persona a la que amas?

—Nada.

—Pues ahí está la cuestión, boba. —Me pasó los brazos sobre los hombros—. Sois perfectos el uno para el otro. No necesitas ninguna prueba para saberlo. Sois como dos partes de un todo.

Sabía que podía ser sincera con Crystal. Al fin y al cabo, las dos queríamos a Stanley, de forma diferente, pero nos preocupábamos por su futuro y queríamos que fuera feliz.

—No puedo imaginar mi vida sin él —dije con voz temblorosa—. Ya no. No me importa perder mi independencia por él. Y, hazme caso, aprender a ser independiente estando ciega... ha sido el reto más difícil al que me he enfrentado nunca. Hubo muchos momentos de colapso, frustración, gritos y odio hacia todo lo que me rodeaba. Al principio pensé que era la persona más infeliz del mundo y que nadie, ni siquiera otros ciegos, podían entender por lo que estaba pasando. Pero aprendí a “luchar” y le di una patada en el culo a mi destino con mucho gusto. Y entonces conocí a Stanley. Era como un nuevo reto para mí, que probaba mis emociones olvidadas. No sé por qué, pero desde que nos conocimos, he querido impresionarle. Era como si parte de mí supiera que no se trataba de otro desconocido, sino del hombre que pondría mi mundo patas

arriba. Me dio miedo, es verdad. Intenté mantener las distancias entre nosotros. —Sonreí—. Sabe Dios que fue todo en vano. Más tarde me di cuenta de que nunca quise realmente mantenerlo alejado. Al contrario: quería estar con él las veinticuatro horas del día. Se convirtió en la inspiración que no me había dado cuenta de que me había faltado durante tanto tiempo. Era como un soplo de aire fresco. Llegados a un punto, me di cuenta de que no dejaba de pensar en él. No fue amor a primera vista. Fue amor a primera palabra. Creo que me enamoré de él la primera vez que oí su voz. Me pareció la voz más rica y atractiva del mundo.

Crystal me apartó cuidadosamente el pelo de la cara.

—Entonces ¿por qué tienes ganas de ponerte a llorar?

—Porque sé que su vida conmigo nunca será tan perfecta como me gustaría.

—Eh, cariño... Todas las relaciones, al igual que los matrimonios, dan mucho trabajo. La perfección es como un alienígena en toda esta locura. En lo que realmente necesitas pensar es en si estás o no preparada para hacer tu parte en ese trabajo. Porque estoy segura de que mi hermano haría lo que fuera por ti, posible e imposible.

—Excepto una cosa... No puede devolverme la vista. Sé que lo ha estado intentando. Una vez le oí hablando con un médico. No pude verle la cara, pero juro que nunca había escuchado tanto dolor en su voz. Le tortura el hecho de sentirse impotente en esta situación. Y no quiero que se sienta así. —Las palabras de Kean sobre la razón por la que se fue llenaron mi mente—. Una vez perdí a alguien a quien quería porque él no podía soportar verme así, sabiendo que no podía hacer nada para cambiarlo.

—No estarás pensando en romper con mi hermano, ¿no?

Sonreí a través de las abusivas lágrimas que habían comenzado a correr por mis mejillas.

—No, claro que no. Nunca le haría eso. Al menos, no mientras sepa que quiere que sea parte de su vida.

—Sé que eso es lo que quiere. Te quiere, Ivy. ¿No lo notas?

—Yo también le quiero. Pero no me puedo imaginar perderlo.

—¿Por qué andas pensando en que lo vas a perder?

—Por mis miedos. La última vez que pensé que no podía ser más feliz, mi vida se rompió en pedazos.

—No volverá a pasar. ¿Me oyes, Ivy? Lo que ocurrió en el pasado, debería quedarse en el pasado. Punto.

—Hay una cosa más en la que no puedo dejar de pensar... El bebé. Si alguna vez decidimos ir más lejos y tener niños, nunca los veré. Lo que, estoy segura, no podrá eclipsar el hecho de que los tendré con Stanley.

—Algo me dice que ya es un poco tarde para pensar en “sí”...

—Ay, Dios... —Volví la cabeza hacia Crystal, como si pudiera hacer que retirase sus palabras y fingir que no sabía nada.

—¿Quiere eso decir que soy la primera persona que ha visto las claras señales? —No respondí nada, así que prosiguió—. El vestido que te hizo Liz dejaba a la vista tu secretito. Liz tiene vista de águila. No se podía haber equivocado con tu talla, sobre todo con la zona del pecho. Pero cuando te vi con el vestido, supe que había algo malo en él. O en ti, para ser más exacta. No, borra eso, malo no es la palabra para describir los cambios que están ocurriendo en ti.

Más lágrimas cayeron por mis mejillas.

—No sé qué hacer...

—Mentirosa —dijo con una sonrisa en la voz—. Sabes perfectamente lo que quieres hacer. El

problema es... que no sabes cómo decirle a Stanley que estás embarazada. ¿Tengo razón?

—No sé cómo ha pasado. Estoy segura de que tomé la pastilla a tiempo.

—No importa cómo ha ocurrido, Ivy, ya no. Lo importante es que vas a ser mamá. ¿No es maravilloso?

—Es... es que no esperaba que ocurriese tan pronto. Stanley y yo ni siquiera estamos casados. Acabamos de empezar a vivir juntos. ¿Y si no está preparado para ser padre?

—Conociendo a mi hermano y sabiendo lo que siente por ti, estoy segura de que estará feliz de oír la noticia.

Inhalé profundamente, sintiéndome como si fuera a desmayarme en cualquier momento. Mi corazón estaba lleno de demasiadas preocupaciones.

—Mi hermana tiene tres hijos. Solo he visto a dos de ellos. Me acuerdo de Jesse, el mayor. Pero mis recuerdos de su rostro se van desdibujando con el tiempo. Él dice que está empezando a notar que le crece la barba en la barbilla, lo que es imposible a su edad, claro. —Sonreí—. Kelly tenía casi tres cuando perdí la vista. Emery dice que ha cambiado mucho, aunque solo han pasado dos años desde la última vez que la vi. Y en cuanto a Paul, lo único que puedo hacer es imaginar cómo es. Nació poco después del accidente, así que no le llegué a ver. A veces me pregunto si sería más sencillo haber sido ciega de nacimiento, pero entonces recuerdo las cosas de las que disfrutaba cuando podía ver, y sé la respuesta al instante: nunca diría “no” a los valiosos momentos que disfruté del sol o del cielo, o de las estrellas... Me encantaba observar las estrellas. Ahora solo tengo mi imaginación. Y mis sueños. Los sueños son mi redención; mi pequeño regalo de los cielos. Tengo suerte de que mi capacidad de soñar no muriera en aquel accidente de coche.

En voz baja, Crystal dijo:

—Y nosotros tenemos suerte de que tú sobrevivieras. Nunca he visto a mi hermano tan contento como cuando está contigo. La situación habla por sí sola. ¿No?

—Supongo. Hoy, después de haber pasado más tiempo con tu familia y con Liz, de repente me he dado cuenta de que mi miedo a fracasar como madre nunca había sido tan fuerte como lo es ahora.

—Estoy segura de que serás capaz de afrontarlo, como todo lo demás. Eres una luchadora, Ivy. Y los luchadores no tienen miedo. ¿No lo sabes ya?

Puse los ojos en blanco, sonriendo, una de esas costumbres que tenía de mi anterior vida.

—Por favor, no le cuentes a Stanley nada de lo que te he dicho. No quiero que se preocupe más por mi vista. Además, quiero ser quien le cuente lo del bebé.

—No le diré una palabra. Pero tienes que prometerme una cosa.

—¿Qué?

—Vive el momento. Abrázalo, disfrútalo y deja que Stanley te haga feliz. Hazme caso, si dejas de lado tus miedos, todo será mucho más fácil. Lo sé por experiencia propia. Liam y yo... Bueno, digamos que nuestra historia no fue un cuento de hadas, pero hemos encontrado la forma de hacer que funcione, y ahora sé que fue la decisión correcta. No sería más feliz con nadie en el mundo.

Sentía lo mismo por Stanley. Mi vida no tendría sentido sin él.

—Gracias, Crystal. Necesitaba oírlo.

—De nada, cariño. Y ahora, deja que te arregle un poco el maquillaje. No queremos que nadie piense que los vestidos de Liz hacen llorar a las chicas, ¿verdad?

Stanley

Eran casi las dos de la mañana cuando Ivy, Crystal, Liam y yo volvimos a casa. Mis padres se habían ido de la fiesta para después del desfile bastante temprano, pero mi hermana insistió en que nos quedásemos hasta el final.

—Pensaba que habías dicho que te dolía un montón la espalda —dije al ver cómo bailaba en mitad del salón.

Con los zapatos en las manos, contestó con unas carcajadas.

—Duele sobre todo cuando me tengo que levantar para ir a trabajar.

—Ah, ya. —Me volví hacia Ivy, que había estado muy callada desde después del desfile—. ¿Cómo te encuentras? —pregunté.

—No siento los pies. No creo que recuerde la última vez en la que llevé tacones durante tanto tiempo. —Se sentó en una pequeña silla que había en el pasillo y se los quitó.

—¿Qué tal si nos vamos a la cama entonces?

—Buena idea. ¡Buenas noches, chicos! —les dijo a Liam y Crystal—. Ha sido un desfile fantástico.

—Y tanto. Dulces sueños —dijo mi hermana—. Asegúrate de que tus “sueños” no sean muy ruidosos. Acuérdate de que hay más gente en la casa.

Ivy y yo subimos al piso de arriba, a mi antigua habitación. La echaba de menos, así como mi vida en Pittsburgh. Aunque ahora que Ivy se había vuelto una parte esencial de mi vida, no me importaba tanto como antes de conocerla.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me dijo, delante del espejo. Se quitó los pendientes y los dejó sobre una mesita que había cerca.

—¿Hay algo que te moleste? —pregunté a modo de respuesta. Me acerqué y me quedé de pie detrás de ella, rodeándole la cintura con las manos.

—¿Alguna vez has pensado en tener hijos?

Sonreí.

—¿Es una propuesta?

Con una risa nerviosa, dijo:

—¿La aceptarías?

Le di la vuelta y la miré a los ojos mientras decía:

—Siempre había pensado que sería el primero en hacerte esa pregunta, pero... le diría que sí a cualquier cosa que tengas en esa cabecita llena de misterios.

—¿Incluso aunque te contase algo que no esperases de mí? Dentro de poco.

—Para empezar, no me puedo imaginar una felicidad más grande que pasar el resto de mi vida contigo. Así que lo que sea que no te atrevas a decirme, no cambiará lo que te acabo de mencionar.

Ella cerró los ojos, como si tuviera miedo de empezar a llorar, y sonrió.

—Vale... —Respiró profundamente y dijo en un susurro—: creo que vamos a tener un bebé...

—¿Qué?

Se llevó una mano a la boca, como si alguien la hubiera oído compartiendo ese secreto conmigo.

—¿Qué acabas de decir?

Se quitó la mano de la boca y vi que le temblaban los labios.

—Estoy embarazada, Stanley —repitió, más alto esta vez.

—Oh, Dios mío... ¿Lo dices en serio?

Asintió.

—Ay, Ivy... —La atraje hacia mí y la abracé con fuerza.

Su cuerpo comenzó a temblar, y sin verle el rostro, supe que estaba llorando.

—Esto es lo mejor que me has dicho nunca —dije, besándola en el pelo—. Estoy tan contento ahora mismo...

—¿De verdad? —Se movió, como si quisiera mirarme a los ojos—. ¿Y no estás enfadado conmigo?

—¿Qué? ¿Enfadado contigo? ¿Por qué iba a estarlo? Ya sabes que lo único que he querido en la vida ha sido estar contigo, para siempre.

Me llevó las manos a las mejillas y me besó en los labios.

—Te quiero, Stanley Burke. Te quiero infinitamente.

—Yo también te quiero, Ivy Ryan. Más de lo que te quería ayer, pero menos de lo que te querré mañana. Porque con cada latido de mi corazón, mi amor por ti crece. —Me aparté y miré su tripa. Seguía plana y nada parecía desvelar su embarazo, pero ya me encantaba el pequeño milagro que estaba ocurriendo en su interior.

Me senté al borde de la cama y presioné mi boca contra el sitio en el que crecía nuestro bebé.

Con una voz llena de amor, dije:

—Nunca te dejaré marchar, Ivy Ryan. Porque nunca en la vida he tenido tanto miedo a perder a alguien... Pero lo cierto es que nunca he tenido a nadie a quien me importase tanto perder...

CAPÍTULO DIECINUEVE

Ivy

Seis meses después

—¿Estás lista? —preguntó la doctora Jenkins mientras aplicaba gel sobre el escáner de ultrasonidos.

—Sí —respondí entusiasmada. Hoy tenía otra cita con el médico, y Stanley había insistido en venir conmigo. El bebé tenía ya casi ocho meses, y yo tenía muchas ganas de tener a mi niño en brazos, besar sus deditos y sentir la suavidad de su piel. Estaba segura de que su piel era la más suave del mundo.

Durante meses, había estado soñando con el bebé. De alguna forma, sabía que sería niño, y el ultrasonido lo confirmó. Ni qué decir tiene que Stanley estaba encantadísimo de saber que iba a tener un niño.

—Mira qué rabo de lagartija —dijo la médico—, ¡no deja de moverse!

—Dime algo que no sepa. —Sonreí, sintiendo que Stan me apretaba la mano con más fuerza. Podía notar su entusiasmo. Ambos estábamos como si no hubiera nada en el mundo más importante que conocer a nuestro hijo.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté a Judie. Era una fantástica doctora, y siempre sabía qué decir para que no me preocupase tanto. Al igual que la mayoría de las mujeres embarazadas, necesitaba saber que mi bebé estaba bien.

—No hay nada de lo que preocuparse —dijo—. El cuerpo del bebé está ya prácticamente formado. Aunque sus pulmones y cerebro aún se están desarrollando. Puede parpadear y sus pupilas se dilatan en respuesta a la luz y a la oscuridad.

—¿No es increíble? —dije con un hilo de voz.

—Sí —respondió Stanley—. Es precioso.

—Ojalá pudiera verlo...

Hubo un momento de silencio. Entonces Judie se puso en pie en la silla, haciendo que arañase el suelo y dijo:

—Ahora vuelvo.

—¿Qué pasa? —Me giré hacia Stanley—. ¿A dónde ha ido?

—No te preocupes, cielo. Todo va bien.

—Nunca se había marchado durante los ultrasonidos. ¿Estás seguro de que el bebé está bien? Se rio por lo bajo y me besó en la frente.

—Sí.

—¿Hay algo que no me estás contando? Por favor, dímelo.

—Te juro que no hay nada de lo que preocuparse. Es que... Judie tiene una sorpresa para ti.

—Ah... ¿Qué es?

Oí que la puerta se abría y se cerraba, y luego la silla volvió a arañar el suelo.

—Vamos a ver... —dijo Judie, manipulando algún tipo de papel con las manos—. Oh, mira esto, Stanley. ¿No es un encanto?

—Venga ya —les dije.

Judie puso algo sobre mi tripa y puso mis manos sobre ello.

—Dile hola a tu niño, Ivy.

Con cuidado, mis manos recorrieron el desconocido objeto y sentí que todo mi mundo iba a explotar.

—Ay, Dios mío... ¿Es lo que creo que es?

Una naricita minúscula, mejillas redondas, barbilla, orejas...

Me temblaban los dedos.

Judie volvió a hablar.

—La última vez que estuvisteis aquí, Stanley preguntó si había alguna forma de “enseñarte” al bebé. Y le dije que sí. He hecho esto para una de mis anteriores pacientes, que era ciega, así que ya sabía de lo que hablaba. Hicimos un escáner 3D del rostro del bebé para que pudieras tocar una réplica del rostro de tu hijo.

—Esto es... increíble —dije. Apenas podía hablar. Tragué con dificultad, cerré los ojos y dejé que las lágrimas cayeran, aún con el modelo 3D en mis temblorosas manos.

Era el momento más increíble del mundo. Incluso aunque sabía que quedaba poco tiempo para poder tocar al bebé, tener la oportunidad de hacerlo ahora me dejaba sin palabras.

—Gracias —dije en un susurro—. A los dos.

Sin decir nada, Stanley me dio un beso en la mejilla y me acarició la mano.

—De nada, Ivy —dijo la doctora—. En cinco semanas, conocerás al bebé en persona. Hasta entonces, espero que sigas mis recomendaciones: descansa, come bien, camina y piensa en positivo.

—Puedo hacerlo.

—Ya sé que puedes. Has hecho un gran trabajo todo este tiempo. Sigue así y nos veremos la semana que viene.

Me ayudó a secarme la tripa y a levantarme de la cama. Con Stanley agarrándome de la mano, salimos al pasillo y nos dirigimos al aparcamiento.

—Nunca dejas de sorprenderme, doctor Burke. Me ha encantado tu idea del escáner 3D.

—Sabía que te iba a gustar. Solo quería que sintieras lo que sienten otras mujeres durante los exámenes de ultrasonidos.

—Nunca me cansaré de admirarte. Haces que todo en mi vida sea mucho mejor.

—Ya somos dos.

Me detuve, me toqué la tripa y sentí cómo los piececitos de mi bebé daban un golpe al tacto.

—Tres, para ser exactos.

Estaba entusiasmada y algo asustada por los cambios que llegaban a mi vida. Emery había dicho que no había nada más natural para una mujer que ser madre. Hablábamos mucho, como antes del accidente. Ayudaba mucho. Así como tener a mi lado al hombre al que amaba.

Stanley y yo vivíamos ahora en su apartamento. Bueno, técnicamente no era suyo ni mío, sino nuestro. Habíamos decidido fusionar los dos apartamentos. De forma que ahora mi dormitorio estaba a punto de convertirse en la habitación del bebé, teniendo en cuenta que estaba justo detrás de la pared de nuestra habitación. Y al contrario que hacía seis meses, ya no me daba miedo hablar de nuestro futuro.

Mi vestido de boda lo diseñó Elizabeth, y me había estado esperando en casa de Emery, quien se había asegurado de que mi futuro marido no lo viera hasta el gran día.

En esta ocasión, todo iba a ser diferente. Ni Stanley ni yo queríamos una gran boda; solo nuestras familias y nuestros amigos más cercanos habían sido invitados.

Primero queríamos haber esperado hasta que naciera el bebé, pero entonces Stanley dijo que nuestro hijo se merecía convertirse en parte de la familia con una madre y un padre que no compartiesen solo un apartamento, sino el apellido también.

No pude decir que no.

La boda era en tres días, y el entusiasmo nos estaba volviendo un poco locos a todos. Incluida a mi hermana y a Crystal, quien, siendo las damas de honor, no me daban ni un respiro, haciendo que me arrepintiera del día en que les propuse ser mis damas de honor.

—En serio, chicas, ¿no os parece que una despedida de soltera para una mujer muy embarazada es un poco demasiado?

—Para nada —dijo Emery, más seria que nunca—. Embarazada o no, una novia se merece una despedida de soltera.

—Estoy totalmente de acuerdo —añadió Crystal—. Créeme, muñeca, no te puedes perder la oportunidad de tener tu última fiesta pre-matrimonio. Todo lo que viene después será un nivel totalmente diferente de pasarlo bien.

—Dijo la madre de una niña de tres meses que no se permite beber ni dejar el bebé durante más de una hora durante su siesta.

—Cierto, pero ¿quién ha dicho que no pueda conseguir un máximo de una hora pasándolo bien? Emery rio entre dientes.

—Deberías haber nacido siendo mi hermana, no la de Stanley.

—Ja, habría sido perfecto, ¿eh?

Todas reímos.

—Buenas noticias: a partir del sábado, seremos “casi” hermanas.

—Que Dios nos asista —dije, levantándome de la silla. Con el embarazo, moverme por el apartamento era mucho más lento, e incluso Stanley se había asegurado de que todos nuestros muebles tuvieran las esquinas redondeadas para que ni el futuro bebé ni yo pudiéramos hacernos daño.

Muchas cosas habían cambiado desde que descubrimos que había un bebé creciendo en mi tripa, excepto una...

El amor que Stanley y yo sentíamos el uno por el otro.

Crecía a cada día que pasaba, floreciendo como una hermosa flor. Estaba encantada de verme abrumada por todas las emociones que había en mi corazón. A veces, me preguntaba si habría sido tan feliz si el accidente no hubiera ocurrido y si mis ojos aún pudieran ver lo que me rodeaba.

Mi nueva vida no tenía nada que ver con cómo era hacía unos años. No sabía a cuántos cambios más me tendría que enfrentar cuando naciera el bebé. Pero de una cosa estaba segura: lo que tenía ahora era mucho más importante que lo que había perdido.

Abrí la puerta de mi estudio e inhalé lenta y profundamente. Debido al olor a pintura, no pasaba tanto tiempo ahí como solía. El olor me revolvió el estómago, incluso aunque pintase en la terraza. La única opción ahora era dibujar a lapicero. Cogía un papel y empezaba a esbozar el rostro de mi bebé, imaginando el color de ojos que tendría, su sonrisa y los hoyuelos de sus mejillas; estaba segura de que tendría hoyuelos. No le enseñaba mis bocetos a nadie. De momento, eran mis pequeños tesoros que quería mantener alejados de la vista de la gente, al igual que el

bebé al que tan claramente sentía moviéndose dentro de mí.

Hablaba mucho con mi hijo. Le hablaba de su padre y de lo que los tres haríamos los domingos. Le hablé de todas las cosas que recordaba haber visto: el cielo, el atardecer, el océano. Juro que el niño podía oírme. Sabía cuándo le gustaba lo que le contaba. Pero sobre todo, le gustaba que cantase. Siempre que empezaba a tararear una canción que me gustaba, se quedaba muy quieto, como si me escuchase con atención.

Siempre le hablaba a mi bebé sobre los sueños que tenía; sobre un sueño en particular, el del hombre cuyo retrato pinté una vez. Siempre le asociaba con Stanley. No sé por qué, pero lo hacía. Porque en mi mente, tenía exactamente el mismo aspecto que el hombre de mi sueño. O puede que fuese por los ojos, que eran tan sorprendentemente bellos que sabía que los recordaría siempre.

—Oye, ¿qué haces aquí? —La voz de Stanley me devolvió a aquí y ahora. Noté que me rodeaba con sus brazos.

—Quería enseñarte una cosa... Lleva aquí un tiempo, pero acabo de acordarme de que nunca te lo enseñé. —Fui al cajón en el que guardaba el cuadro de cristal y lo saqué—. Pinté esto poco después de habernos conocido. —Le di el cuadro a Stanley y esperé impaciente a saber su opinión—. Fue el primer retrato que pinté después del accidente. ¿Te gusta? Emery dijo que estaba muy bien.

Pero no hubo respuesta.

—¿Stanley? ¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—Yo...

—Me estás mirando, ¿verdad? —Siempre sabía cuándo tenía los ojos clavados en mí.

—Sí. Te estoy mirando, intentando entender una cosa... Ivy Ryan, ¿nos hemos conocido antes?

Me eché a reír.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que en la noche en la que nos conocimos donde Emery... ¿ya nos habíamos conocido antes de eso?

—No. ¿Por qué?

No se dio prisa en responder a mi pregunta.

—¿Cómo es posible...? —susurró.

—Stanley, ¿qué pasa? Sé que te me has quedado mirando, y necesito saber por qué. —Me estaba impacientando cada vez más.

Pensé un segundo, tratando de darle sentido a sus palabras y a su reacción al ver mi cuadro.

—¿Estás diciendo que el retrato se parece al tío? —Era imposible de creer.

—Se parece *exactamente* a mí —dijo Stanley.

Que sea sorpresa. Para más tarde, había dicho Emery sobre el cuadro.

—No lo puedes estar diciendo en serio...

—Que sí.

—Espera. —Me rasqué el puente de la nariz, incapaz aún de creer que hubiera podido dibujar la cara de Stanley sin haberla visto—. ¿Es por el color de ojos? Crees que se parece al tuyo. ¿No?

—No, Ivy... No es solo por el color de ojos. Estoy hablando del retrato en general. Es como si lo hubieras dibujado mientras me mirabas.

—¿Tanto se parece al original? —Pensé otra vez en el hombre de mis sueños. ¿Era posible que hubiera soñado con Stanley, el Stanley de verdad?

—Oh, Dios mío... —Alargó una mano y me tocó el pasador con forma de mariposa que me apartaba el pelo de la cara—. Me acuerdo de esto...

—No puedes acordarte, no he utilizado este pasador desde...

—Desde que nos conocimos por primera vez.

—¿Cómo?

—En el aeropuerto... Estabas allí con Kean.

Mi mente viajó lentamente al día en el que mi vida se dividió en dos: el antes y el después del accidente.

—Era mi primer día en Washington —procedió Stanley—. Estaba andando entre la multitud, yendo hacia la salida, cuando te vi. Estabas de pie junto a las vallas publicitarias, mirando el reloj.

—Estaba esperando a Kean.

—Sí. Entonces lo viste y echaste a andar. Se te cayó el pasador y yo lo recogí.

Solté un grito ahogado y me tapé la boca con las manos.

—Rayos de sol líquidos... Tu pelo parecía rayos de sol líquidos. Estaba desesperado por tocarlo, como si estuviese hecho de pura magia.

El recuerdo que había sido vago durante tanto tiempo, que había pensado que solo era un sueño, había regresado, más vívido que nunca.

—Me dijiste que me dejara el pelo suelto.

—Me sigue encantando que lo lleves suelto. Pero ese día... Dios, Ivy... ¿Cómo he podido no recordarlo? ¿No acordarme de *ti*?

—Me estoy haciendo la misma pregunta.

—No, tu *sí* me recordabas. Incluso aunque pensaras que era solo tu imaginación.

Oí que dejaba el cuadro de cristal en una mesa cercana.

—Ven aquí. —Abrió los brazos y me zambullí en su abrazo.

Lo vi. Sabía cómo era. Ya no era solo un sueño, era real.

Mi Stanley era real.

Mi cuerpo se sacudía a causa de las lágrimas. Si hasta ese momento pensaba que la vida ya no podía sorprenderme, estaba equivocada.

—No tengo palabras para expresar lo mucho que te quiero —dije a través de las lágrimas.

Él apretó los labios contra mi mejilla y borró mis lágrimas saladas con besos, una por una.

Resultó que la imagen de su rostro fue lo último que recordaba del día del accidente. No era Kean, ni la boda, ni el momento del accidente. Era Stanley.

Por mucho que intentaba olvidarme de todo lo que me recordaba al peor día de mi vida, había una cosa que se había convertido en parte de ella. Vaya giro del destino...

Stanley

No me extraña que se diga que todo ocurre por una razón.

El haberme topado con Ivy en el aeropuerto no había sido accidental, ahora los dos lo sabíamos.

Aún resultaba difícil de creer, pero era cierto. Ella me había visto y yo la había visto a ella mucho antes de que nos conociéramos en casa de Emery. El destino no nos había podido dar mayor regalo. Aparte del bebé que estábamos esperando, saber que Ivy me había visto era la cosa

más increíble que me había pasado nunca.

El retrato que me dio estaba ahora colgado en la pared del salón. Emery confesó que siempre había sabido que no había sido solo la imaginación de Ivy la que le había ayudado a crear el retrato. Dijo que nunca había dudado que hubiera algo más.

—¿Por qué no me contaste lo del retrato? —pregunté, observando cómo mi hermana peinaba a Ivy. Las tres se iban a la despedida de soltera, y Liz, su bebé Olivia y Kelly se unirían a la fiesta en un par de minutos.

—Quería que fuese una sorpresa —dijo Emery—. Tarde o temprano ibas a verlo.

—¿Y si nunca me lo hubiera enseñado? ¿Qué pasa si hubiéramos roto? Nunca habría sabido que ella era la chica que conocí en el aeropuerto.

—Todavía no me puedo creer que no la reconocieras.

—Fue hace mucho tiempo, y mi vida en Washington era un caos. Estaba casado con mi trabajo, y entonces me invitaste a cenar. Gracias, por cierto. Creo que se me olvidó decírtelo.

—Se te olvidó decirlo más de diez veces al día, teniendo en cuenta que yo fui la persona que se aseguró de que tu vida en la ciudad no se convirtiese en un completo desastre.

—Lo siento. De verdad. Muy en el fondo, estoy agradecido por todo lo que has hecho por mí.

—Será suficiente, ya que vamos a ser parientes.

Me reí y le di un abrazo.

—Vale, chicas, creo que es hora de que me vaya. —Me levanté del sofá y me acerqué a Ivy—. Espero que no hayáis llamado a ningún estríper.

Mi hermana hizo una mueca.

—Por desgracia no.

—¿Y tú? —preguntó Ivy—. ¿Hay algo de lo que debiera preocuparme?

—No. Los chicos han jurado comportarse.

—Conociendo a mi hermano, dudo que debamos fiarnos —espetó Crystal.

—Ha sido un cielo últimamente. ¿Cómo puedes decir esas cosas de él? Es el padre de tu hija, ¿recuerdas?

—Eso no le da carta blanca para hacer todo con lo que yo no estaría de acuerdo.

—¿Hay al menos una cosa de su comportamiento con la que estés de acuerdo?

—Sí. Pero es demasiado íntima, así que no te lo voy a contar.

—Vale. No necesito detalles. —Besé a Ivy una vez más y susurré—: pásatelo bien y nos vemos mañana en el altar.

—Seré la de la barriga enorme y el velo.

—Lo recordaré.

CAPÍTULO VEINTE

Ivy

Había una cosa sobre la ceremonia de mi boda que me tenía aterrorizada.

Y no eran los votos.

Sino caminar hasta el altar...

—¿Estás segura de que quieres hacerlo sola? —Mi padre se detuvo a mi lado mientras mi madre se aseguraba de que mi vestido y el velo estaban bien.

—Sí. —Apreté con fuerza el ramo de rosas.

Puedo hacerlo. ¿No?

Después de todas las cosas que Stanley había hecho por mí, quería sorprenderle caminando sola hasta el altar. Había intentado hacerlo varias veces, y resultó ser mucho más fácil de lo que pensaba. No me choqué con los asientos, lo que fue un éxito por sí solo, teniendo en cuenta que no solía venir a la iglesia a diario como para conocer bien su interior.

Me sudaban las manos. No creo recordar la última vez que había estado tan nerviosa.

El día de mi boda... Si alguien me hubiera dicho hacía tres años que un día me casaría, les habría dicho que estaban locos.

El bebé me dio una patada en la tripa y sonreí.

—Tienes razón, mi niño. No hay tiempo de pensar en “si...”.

—Estás espectacular, cielo. —Mamá me abrazó y me dio un beso en la mejilla.

—Has prometido no llorar hoy, ¿eh?

—Lo siento, se me había olvidado —dijo con voz temblorosa—. Todas las madres lloran cuando sus hijos se casan. No puedo convertirme en la excepción a la norma.

—¿Estás preparada? —preguntó papá.

Asentí.

—Lo estoy. —Oí que abría la pesada puerta de madera que daba a la iglesia. La música de dentro se hizo más clara. Por el ajeteo que escuché dentro, supe que todos se habían puesto de pie para mirarme.

Que Dios me ayude, me dije.

Crystal, Emery y Elizabeth ya estaban en el altar. A pesar de que ya estaban felizmente casadas, dijeron que no podía haber encontrado mejores damas de honor. Y estaba totalmente de acuerdo.

Di unos cautelosos pasos. Se suponía que mamá y papá vendrían detrás.

El corazón me iba a toda pastilla en el pecho, y el bebé sintió inmediatamente mi nerviosismo, dando otra patada.

—No estoy sola, ya lo sé —susurré, acariciándome la tripa a través del vestido. Estaba hecho de encaje blanco y seda. Sin tirantes, llevaba un lazo en la espalda, cuyos extremos caían hasta el suelo. El velo iba a juego con el vestido; era largo, con los extremos de encaje, y me cubría el rostro por delante.

Aunque no podía verme, estaba segura de que Liz había hecho un gran trabajo y que el vestido me quedaba perfecto.

Veinte pasos más hasta el altar... y a la nueva vida que estaba segura de que sería diferente a todo por lo que había pasado.

Pensé en Stanley, mirándome. Su rostro, con los ojos que recordaba y que tanto me gustaban siguiendo todos mis pasos. Sabía que tendría un aspecto deslumbrante. Su traje era negro, con una camisa blanco-nieve, pajarita y una rosa blanca en la solapa. ¿En qué estaría pensando en este momento?

Diez pasos más...

Gracias a Dios, nadie podía verme los zapatos. No cabía duda de que me temblaban.

Stanley y yo queríamos que la ceremonia fuera privada, como todo lo que él y yo compartíamos. A veces, parecía como si estuviésemos solos los dos, viviendo en un pequeño mundo que nos pertenecía únicamente a ambos.

“No pienses en nadie más, piensa en mí” habían sido sus palabras anoche cuando me llamó para darme las buenas noches.

No le había hablado mucho de mi boda fallida o de lo mucho que me aterraba la idea de prepararme para otra boda. Pero me hizo creer que mis miedos eran infundados. Y le creí.

Cuando Stanley me tocó la mano, dejé escapar un suspiro de alivio; el paseo hasta el altar había concluido.

—Estás llena de sorpresas, Ivy Ryan —dijo en un susurro para que solo yo pudiera oírle.

Sonreí, y juntos nos volvimos hacia el cura. Él les dio la bienvenida a los invitados e inició la ceremonia.

—El matrimonio es una bendición que os dais el uno al otro. Cuidadlo, ayudadlo a florecer y a brillar. El matrimonio es como una flor que simboliza el vínculo eterno que hará que vuestros corazones latan como si fueran uno. Sed inseparables, sed fuertes, sed atentos, cariñosos e indulgentes. Tened devoción el uno por el otro y no olvidéis nunca el momento en el que decidisteis unir vuestras vidas para siempre: es cuando el amor verdadero les mostró a vuestros corazones el camino hasta aquí.

Escuché los cortos pasos de Olivia en el suelo de mármol. Iba a llevarle los anillos al cura. Era el momento en el que Stanley y yo teníamos que decir nuestros votos, y no tenía ni idea de cómo calmarme y no olvidar todo lo que quería decirle.

—Novio, coge el anillo por favor.

El oro sonó contra el plato de porcelana. Stanley me cogió la mano izquierda y dijo:

—Ivy Ryan, te doy este anillo como promesa: prometo estar ahí para ti siempre y para siempre. Prometo sostenerte cuando estés cansada, prometo reconfortarte cuando tengas frío, prometo hacerte sonreír cuando llores, prometo ser tus ojos cuando no puedas ver, mostrarte el mundo a tu alrededor a través de mi amor y ayudarte a ver la luz cuando la esperanza se desvanezca en la oscuridad.

Cerré los ojos un instante, intentando evitar que las lágrimas se me encharcaran en los ojos. Sabía cada una de las palabras que Stanley había dicho venían del corazón, un corazón tan grande que dotaba a quienes lo rodeaban de amor y amabilidad.

—En el nombre de Dios, te tomo como esposa, para honrarte cada día que pasemos juntos, para apoyarte e inspirarte y amarte incondicionalmente, desde este momento en adelante, en esta vida y en la próxima que quieras compartir conmigo.

El anillo se deslizó en mi dedo y después unos suaves labios se posaron sobre él.

—Tu turno, señorita Ryan.

—No seas gallina, muñeca —susurró Crystal a mi espalda.

Sonreí y cogí el anillo del plato.

—Stanley Burke, te doy este anillo en señal de mi amor por ti y el coraje que has insuflado en mi corazón. Te tomo a ti como marido, y me ofrezco a ti con todo lo que soy. Prometo ser tu esposa, tu compañera y tu mejor amiga. Prometo honrarte y cuidarte, y prometo atesorar cada uno de los momentos que compartamos como familia. Prometo amarte el resto de mi vida, porque el amor que me has dado va más allá de cualquier cosa que la vida me haya otorgado. Antes pensaba que mi ceguera era física, pero ahora sé que era mi corazón el que nunca había visto un amor tan poderoso. Puedo sentirlo perfectamente, no necesito la vista para verlo. Es suficiente con saber que estás ahí, listo para cogerme cuando caiga y levantarme y hacerme creer que la magia está en todas partes. Gracias a ti soy feliz ahora; sonrío y río y tengo sueños bonitos por la noche. Gracias a ti estoy completa. Gracias por esto, gracias por el mundo que has creado para mí. He encontrado todo lo que necesito en ti, y prometo guardarlo siempre en mi corazón.

Le puse el anillo en el dedo a Stanley y se agachó para besarme en los labios.

—Se suponía que esta parte iba a pasar después —dijo Liam con una sonrisa en sus palabras.

El cura volvió a hablar.

—Novia y novio, habéis dicho vuestros votos y habéis hecho vuestras promesas, y habéis celebrado esta unión dando y recibiendo los anillos. Ahora, yo os declaro marido y mujer. Podéis cerrar esta unión con un beso, *otro* beso.

Los invitados rieron y aplaudieron.

Y mi marido y yo compartimos el beso más sagrado de todos, como si nos estuviéramos prometiendo una vez más amarnos para siempre.

Stanley

Un año después

Miré a mi mujer, que sostenía a nuestro hijo Landon, y sonreí. No había nada que quisiera más que lo que tenía ahora: una familia con la mujer a la que amaba y un hijo que había hecho que nuestras vidas fueran mucho mejores y más felices. Quería resguardarlos de los peligros del mundo, aunque sabía que no podía estar con ellos las veinticuatro horas del día.

Aún recordaba el momento en el que los médicos me dejaron coger a Landon por primera vez. Les había oído decir a Liam y a Kameron que era algo incomparable a cualquier otra cosa en el mundo.

Estaba exhausto después de haber pasado la noche en vela en el hospital, esperando a que Ivy diese a luz a nuestro hijito. Pero aun con todo, sentía que cada fibra de mí estaba llena de adrenalina. Incluso siendo médico y sabiendo mucho sobre el proceso del parto y lo demás, estaba algo asustado por conocer a Landon. Pero todo lo anterior quedó borrado por el abrumador entusiasmo que vino después de que el doctor me hubiera dado permiso para ver a mi bebé. Parte de mí no se creía que realmente estuviese sosteniendo a mi bebé en los brazos, mientras que otra parte sentía como si lo conociera de siempre. Era tan pequeño y frágil... Por un momento, temí

que fuera a romperlo. Pero entonces, cuando lo sostuve contra el pecho, sentí una calidez que me llenaba el corazón. Estaba con nosotros, al fin; sano y salvo y adorable. Todo mi mundo se concentró en ese momento en el pequeño hombrecito que tenía entre mis brazos.

Estábamos solos en la habitación y nada rompía el silencio a parte de su respiración. Ivy aún se estaba recuperando de la cesárea, y no se me permitía ir a verla hasta dentro de una hora. Sabía que estaba bien y daba gracias a Dios por ayudarla a pasar por el parto. Me imaginé dándole las gracias por nuestro hijo, pero cuando por fin pude verla, no me salieron las palabras.

Me senté al borde de la cama y simplemente me quedé mirándola. Parecía algo cansada, pero aparte de eso irradiaba luz y tanto amor que podría inundar el planeta, en el buen sentido.

—Es precioso, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

—Y tanto que sí. —Cogí su mano y la besé—. Lo has hecho muy bien. ¿Cómo te encuentras?

—Como la mujer más feliz del mundo.

—Estoy orgulloso de ti, Ivy. Has sido muy valiente estos días. Incluso cuando no te sentías bien, no te has quejado ni una vez.

—Era porque sabía que estabas ahí para mí, y que pronto acabaría la espera. ¿Les has dado la noticia a nuestras familias?

—Emery ha estado aquí conmigo, así que ha llamado a tus padres justo después de que Judie dijera que había acabado la operación. Y mi hermana, como si tuviera un sexto sentido, me ha llamado poco después. Por cierto, Jesse ha dicho que va a ser el primo perfecto para Landon. Mike y los niños vendrán a verte mañana.

—Vale. Ahora tengo mucho sueño. Si pierdo el sentido sin haberte besado primero, que sepas que no era mi intención.

Reí por lo bajo.

—Te perdonaré. Aunque ya sabes que odio dejar que te vayas a dormir sin un buen beso de buenas noches.

—Nos daremos un montón. Prometí pasar toda la vida contigo, ¿recuerdas?

¿Cómo iba a no acordarme? Después de todo, llamarla señora Burke había sido mi sueño desde que puse los ojos en ella, la chica cuyos defectos la hacen perfecta para mí.

—Te quiero, Ivy. Lo seguiré diciendo todos los días mientras viva y puede que incluso después. No solo por decirlo, sino para recordarme a mí mismo que eres lo mejor que me ha pasado nunca.

Ella sonrió dulcemente y entrelazó los dedos con los míos, diciendo a modo de respuesta:

—Stanley Burke, has sido el mejor capítulo de mi vida. Ahora estoy segura de que una mala página no quiere decir que la historia se haya acabado. Significa que habrá otro libro, uno completamente distinto...

FIN

Acerca de la autora

Diana Nixon es una reconocida escritora de género contemporáneo y romance paranormal. Nació en la ciudad de Minsk Bielorrusia. En 2008 se graduó de la Universidad Estatal de Bielorrusia. Tiene un Máster en Derecho y habla varios idiomas extranjeros, incluyendo inglés, polaco y español.

Visita su sitio web

www.diana-nixon.com